

Cuaderno de Investigación

Nº 15

Cuatro ensayos sobre Franz Tamayo



Blithz Y. Lozada Pereira





FACULTAD DE HUMANIDADES
Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

INSTITUTO DE ESTUDIOS BOLIVIANOS

**CUATRO ENSAYOS SOBRE
FRANZ TAMAYO**

BLITHZ Y. LOZADA PEREIRA

2020

I.E.B.

CUADERNO DE INVESTIGACIÓN

Nº 15

ÁREA DE TEORÍA Y FILOSOFÍA

La Paz – Bolivia

**CUATRO ENSAYOS
SOBRE FRANZ TAMAYO**

Autor: Blithz Lozada Pereira
Depósito legal: 4-1-189-14 P.O.
ISBN: 978-99954-49-37-7

Diseño de la tapa y diagramación: Fernando Diego Pomar Crespo
Editorial: Instituto de Estudios Bolivianos
Colección: Cuadernos de Investigación
Área de investigación: Teoría y filosofía

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Mayor de San Andrés

2020

A la familia del más ilustre pensador boliviano y magnífico poeta.

El pensamiento es una curiosa araña que
a veces se aprisiona en su misma tela.

Franz Tamayo, *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*.

Los grandes hombres y sus obras son como las altas montañas:
nadie las ignora, y, sin embargo, pocos subieron hasta ellas.

Franz Tamayo, *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*.

PRESENTACIÓN

Los cuatro ensayos que ofrece el Dr. Blithz Lozada Pereira a nuestros lectores sobre la personalidad, poesía y pensamiento de Franz Tamayo son, sin duda, una contribución valiosa al conocimiento del polígrafo paceño de quien, una parte del gran público solo conoce el nombre, ignorando su obra. Es justo mencionar que, en la última generación de escritores que han hecho interesantes aportes, después de Alberto Bailey en la parte poética y HCF Mansilla en la pedagógica, se encuentra el Dr. Lozada. Dado que su trabajo abarca la poesía, la política, la filosofía y la sociología, diseñaré en esta presentación, una mirada general sobre el pensador paceño.

La vida de Franz Tamayo es compleja pues la familia y la cultura que atesora provienen de diferentes fuentes. Es posible admitir que el contexto familiar haya dividido a Franz provocándole una escisión bipolar. Por una parte, fue hijo de un padre de alcurnia con amplio poder y reconocimiento, auspicioso para que su hijo conozca y se apropie de la cultura occidental, llegando inclusive a recrearla; y, por otra parte, también fue hijo de una mujer indígena que, como madre, le motivaba a reconocerse e identificarse como “indio”, siendo, por lo tanto, depositario de lo que él hábilmente elaboró, asumiéndolo como preexistente: la energía de la raza.

Como periodista, parlamentario, dramaturgo, sociólogo, filólogo, hacendado, político, intelectual, hombre de leyes, poeta, humanista, pensador, ensayista, diputado, diplomático, asesor jurídico, ministro de Estado, canciller, Presidente electo de la República e hijo de un patricio paceño —don Isaac Tamayo— el contexto social de Franz fue el mundo de privilegios de la clase criolla que otorgaba restringido acceso a algunos mestizos. Para diferenciarse de lo que devaluaba a las razas blanca y mestiza, Tamayo se concebía a sí mismo como heredero de la poderosa e inclaudicable energía india.

Sin duda, la situación social y familiar de Franz Tamayo como hijo de su padre y de su madre fue la causa de su bipolaridad. Es muy probable que haya tenido dos lenguas maternas, el aymara y el español. Que su madre le hubiera enseñado aymara desde su tierna infancia no obstó para que la educación privada que recibiera en sus haciendas, haya estado dirigida a sobrevalorar la cultura occidental. También asistió a la Sorbona de París y a otras universidades europeas de prestigio donde se formó en las humanidades, dominando varias lenguas vivas y conociendo otras lenguas muertas. Siendo profundo admirador de la cultura greco-romana permaneció apegado a ciertas instituciones del país como fueron el ejército y la Iglesia católica.

En Bolivia, Tamayo pertenecía a la burguesía paceña, terrateniente gracias a la enajenación promovida por Mariano Melgarejo con la Ley de Ex-vinculación para la venta de tierras de comunidad que afectó duramente a la masa indígena. Y es probable que, habiendo sido Isaac Tamayo Ministro del régimen melgarejista, hubiese estado entre los beneficiados por esa ley, pues la familia llegó a poseer varias propiedades en el altiplano y los Yungas.

Pese a la desestima en la que se precipitó la figura de Tamayo durante el gobierno de Evo Morales, su figura sigue intrigando mucho a intelectuales de la nueva generación como Lozada. En verdad, el polígrafo paceño era un hato de contradicciones. De joven fundó el Partido Radical (a la francesa)

como un desprendimiento del liberalismo y en un banquete ofrecido en honor de Ismael Montes, lo calificó como “flor de la raza”, pero pronto se alejó del viejo caudillo y también del segundo hombre de su partido, de Tomás Manuel Elío, al extremo de que este lo desafió a duelo como se hacía en la época por temas de honor personal. Tamayo le contestó que él era un caballero y que, por tanto, no se podía batir con un inferior y le invitó a que escogiera para el duelo a uno de sus pongos de Yaurichambi. Pese a su declarado indianismo no encontraba contradicción en tener centenares de siervos indígenas a su servicio y el de su familia. En el Parlamento de 1940, polemizó con el joven Víctor Paz Estenssoro que presentó un tímido proyecto de reforma agraria en el que se planteaba el pago de jornales a los campesinos.

Elegido Presidente de la República en pleno conflicto chaqueño (con la mayoría de los electores en el frente de batalla) su proclamación quedó en el aire pues los militares golpearon primero al Presidente Daniel Salamanca y después a José Luis Tejada Sorzano tomando el poder. Se recluyó diez años entre su casa de la calle Loayza y su hacienda, hasta que los jóvenes del Movimiento Nacionalista Revolucionario lo tentaron con la presidencia de la Asamblea Constituyente que nombró mandatario del país a Gualberto Villarroel. Después, caído otra vez en desgracia, Tamayo se defendió alegando en un folleto escrito para la ocasión, que no había tenido nada que ver en los fusilamientos de noviembre de 1944, un punto negro del gobierno de Villarroel.

En abril de 1952, su casa de hacienda fue asaltada por los comunarios, y él tuvo la amargura de morir cuatro años más tarde, después de las medidas que tomó el MNR para lograr un país más equitativo. Lozada, con mucha razón, deja incólume al Tamayo poeta, pero señala también muchas de las incongruencias que acompañaron el pensamiento de Tamayo, alma dividida entre sus genes aymaras y su educación occidental.

La base del libro *Creación de la pedagogía nacional* es mantener al indio “puro”, sin contaminación de los otros elementos abominables de la nación. El tiempo jugó contra esas ideas pues a partir de la Guerra del Chaco y la Revolución de 1952 se ha producido un mestizaje generalizado y muchos, sean aymaras o de otras etnias, parecen negar su origen (obsérvese, por ejemplo, la cantidad de nombres anglo-americanos que preceden a los apellidos nativos). También los valores han cambiado, muchas personas hoy aspiran a ascender a la clase media y adoptan sus anhelos: consumismo, afán de enriquecimiento, hedonismo e incluso la música de origen estadounidense. Muchos jóvenes alteños pasan una noche a la intemperie cuando se trata de ver a un grupo de rock de Corea del Sur.

Los ensayos de Blithz Lozada contribuyen a situar a Tamayo en un lugar excepcional en la cultura del país por la multiplicidad de miradas a cada una de las facetas del pensamiento tamayano, pero al mismo tiempo, invitan a la crítica y reflexión. Quienes no hayan leído a Tamayo encontrarán en este Cuaderno de Investigación una interpretación muy valiosa.

Dra. Beatriz Rossells Montalvo
DIRECTORA ad ínterin
INSTITUTO DE ESTUDIOS BOLIVIANOS

PRÓLOGO

Dr. José Roberto Arze Arze¹

Expreso mi mayor gratitud al autor del presente número de colección por permitirme exponer “a manera de prólogo”, mis opiniones sobre Franz Tamayo, quien se ubica, por consenso de todos los que han escrito algo sobre él, en la cúspide de la galería de los intelectuales bolivianos de todos los tiempos, casi sin rival. Digo así, porque las discusiones sobre su primacía solo se presentan en pocos ambientes y como notas disonantes.

Hay la propensión marcada en muchas personas a elaborar listas selectivas reducidas a la unidad, o solamente a tres o diez nombres en ciertos ámbitos. Voy a mencionar aquí cuatro nóminas para constatar si en ellas aparece Franz Tamayo y en qué ubicación:

En primer lugar, en poesía, muchas personas consideran que la trilogía poética boliviana fundamental está constituida por los tres grandes poetas modernistas de nuestro país: en orden cronológico, Ricardo Jaimes Freyre, Franz Tamayo y Gregorio Reynolds. Esta trilogía trascendería a su tiempo y nadie podría disputar el sitio de cualquiera de estos tres poetas. Los casos de Óscar Cerruto y Jaime Sáenz también son renombrados, pero es usual que se los ubique después de los tres anteriores. Sin embargo, existen algunas voces aisladas que se pierden sin eco y sin impacto que “prefieren” resaltar a Sáenz en lugar de Tamayo, e inclusive alguien querría eliminar a Reynolds de la trilogía.

En segundo lugar, en relación con el pensamiento sociológico, tenemos la lista que, a mediados del siglo pasado, elaboró José Antonio Arze y Arze de los diez ensayistas sociológicos más importantes de Bolivia: Daniel Sánchez Bustamante, Bautista Saavedra, Manuel Rigoberto Paredes, Alcides Arguedas, Franz Tamayo, Juan Francisco Bedregal, Roberto Zapata Sanjinés, Nataniel Aguirre, Gabriel René Moreno y Jaime Mendoza. La sociología boliviana que hasta hace medio siglo fue cultivada por aficionados y apasionados ensayistas y pensadores, después de siete décadas

¹ Nacido en Cochabamba en 1942, es abogado de profesión, bibliógrafo e historiador autodidacta. Miembro de número de la Academia Boliviana de la Historia y de la Academia Boliviana de la Lengua. Delegado en Bolivia de la Asociación Universal de Esperanto, miembro de la Sociedad Boliviana de Historia y otras asociaciones científicas, sociales y literarias. Especialista en Planeación y desarrollo social por la Universidad Santo Tomás de Bogotá, diplomado en Educación superior y en Gestión de la información en organizaciones por la UMSA. Doctor *honoris causa* por la Universidad Mayor de San Andrés. Asistió a multitud de seminarios, cursos y congresos. Publicó una veintena de libros e innumerables artículos; también tiene textos inéditos sobre información bibliográfica, historia, política, humanidades y ciencias sociales. Fue profesor de castellano y filosofía en el Instituto Eduardo Laredo y el colegio Mejillones de Cochabamba; catedrático en la Universidad Santo Tomás de Bogotá y docente emérito de la UMSA con experiencia en las carreras de Bibliotecología, Ciencias de la Educación, Filosofía, Historia, Sociología, Trabajo Social y Ciencias Políticas. Fue Superintendente Nacional de Seguros y Reaseguros, cumpliendo otras funciones anteriores. Trabajó en el Instituto Nacional de Preinversión, fue director titular e interino de la carrera de Bibliotecología y dirigió la Comisión de selección de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia. Director del Centro Nacional de Documentación Científica y Tecnológica de la UMSA; codirector de la sección literaria de *Prensa libre* y de La cigarra mágica y director de la Revista *Marxismo militante*, siendo también miembro del Consejo de redacción de la Revista Signo. Entre sus obras cabe destacar: *Análisis crítico del Bolívar de Marx*; *Cien años de historia del seguro en Bolivia*; *Malgranda Bolivia antologio (Pequeña antología boliviana en esperanto y español)*; *Cómo leer*; *Antología de documentos fundamentales de la historia de Bolivia* y los diez tomos (seis publicados) del *Diccionario biográfico boliviano*.

de la lista de Arze, es obvio que se modificó. Inclusive en su época, se le criticó al autor la inclusión de Nataniel Aguirre porque pese a ser un gran novelista y literato, no habría tenido relevancia como sociólogo. Por otra parte, actualmente es imprescindible añadir al mismo José Antonio Arze en la nómina. Además, teniendo en cuenta que la disciplina indicada se ha profesionalizado y tecnificado grandemente, podrían añadirse muchos nombres. Sin embargo, con la excepción quizá de Salvador Romero Pittari, lo cierto es que hoy día no se encuentran figuras que ostenten proyección teórica y doctrinal. Pero, pese a todo, nadie ha osado disputar el preeminente sitio ocupado por don Franz Tamayo.

En tercer lugar, entro al campo del pensamiento filosófico. Aquí sí, paradójicamente, hay un caso de exclusión. Aunque la mayor parte de los historiadores de las ideas de Bolivia incluye a Tamayo entre los pensadores filosóficos bolivianos relevantes, Jesús Taborga no lo tomó en cuenta en su antología *El pensamiento filosófico en Bolivia*, donde aparecen en orden cronológico, Mamerto Oyola Cuellar, Guillermo Francovich, José Antonio Arze, Roberto Prudencio Romecín, Augusto Pescador Sarget, Luis Carranza Siles, Manfredo Kempff Mercado, Federico Blanco Catacora, Rubén Carrasco de la Vega y Marvin Sandi. El antólogo no quiso incluir a Tamayo, influido quizá porque quienes comentaron su pensamiento filosófico —por ejemplo, Nicolás Fernández Naranjo— lo analizaron a través de su poesía en lugar de focalizar como objeto de examen al más filosófico de sus libros: sus *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*. En efecto, es en este género donde, como muchos grandes filósofos pre-platónicos y post-aristotélicos, renacentistas, racionalistas y otros que hicieron uso del aforismo como forma predilecta de expresión de sus ideas; Franz Tamayo también las presenta así. Tomo como muestra cuatro botones: “No es estrictamente justo decir que la razón es humana; la razón es cósmica”. “La sabiduría es la economía del alma”. “El orgullo es una de las formas positivas de la vida”. Y: “Algo más importante que el elemento étnico o que el grado geográfico, es tal vez el instante histórico”. Cualquiera de estos aforismos podría dar lugar a la elaboración de un ensayo.

En cuarto lugar, en la oratoria es quizá donde podríamos encontrar a sus rivales más encumbrados. La trilogía aceptada generalmente está formada por Mariano Baptista Caserta, Ismael Vásquez y Daniel Salamanca. En este ámbito descubrimos que Tamayo tuvo innumerables “intervenciones parlamentarias” —como suele decirse en la jerga política— pero, a pesar de la importancia de su actuación política, este ámbito es todavía un terreno inexplorado.

Blihtz Lozada, autor de *Cuatro ensayos sobre Franz Tamayo*, ha examinado varios aspectos del pensamiento de Tamayo; en especial, los que advierte en la *Creación de la pedagogía nacional*, poniendo de relieve, en mi opinión, tres hechos importantes: Primero, el carácter multifacético del pensamiento de Tamayo. Segundo, la gravitación o influencia que sus ideas han tenido en la historia intelectual y en la historia política de Bolivia, pudiendo decirse —con poco riesgo de incurrir en el error— que principalmente acompañan a los dos procesos de cambio político y social más importantes del país en los últimos setenta años. Tercero, la actualidad de su pensamiento se presenta de manera iterativa o, mejor, ininterrumpida hasta el presente; desde que sus ideas fueron formuladas hace más de un siglo (exactamente, hace 110 años cuando publicó los editoriales en *El Diario*). Convengo con Lozada en que estos “impactos” convirtieron a la *Creación de la pedagogía nacional* en uno de los libros principales que transformaron Bolivia. Tamayo aparece como orientador del pensar y del actuar bolivianos. Sus ideas sobre el *orgullo nacional*, la *exaltación positiva* del indio y la incitación a forjar por nosotros mismos nuestra *pedagogía nacional*, se han realizado en parte, pero también persisten como problema. Así se ha mostrado en los últimos treinta años.

Bibliográficamente, Tamayo es —junto con Arguedas— uno de los pocos autores que ha tenido el privilegio de permanecer vigente después de muerto. Según la opinión de Robert Escarpit, después

de la muerte de un autor deben transcurrir de dos a tres decenios para saber si sobrevive en la historia de la literatura. Tamayo y Arguedas son parte de las pocas excepciones; seguramente ellos fueron los autores bolivianos más exaltados, más vituperados y más debatidos en vida; y después de su muerte, se acrecentó el interés de los estudiosos. Habría que incorporar a esta majestuosa lista a Gabriel René Moreno, anterior a ellos, y que tal vez, no fue tan popular en vida como lo es ahora. Me abstengo de referirme a autores posteriores (por ejemplo, a los nombres vinculados con las generaciones del Centenario y de la Autonomía Universitaria, y los relacionados con la Guerra del Chaco y la Revolución Nacional, porque cada uno merece un análisis por separado).

Nuestros amigos Ramiro Duchén Condarco y Raúl de la Quintana Condarco escribieron el artículo “Aproximación bibliográfica a Franz Tamayo”. Es un texto de 65 páginas con cerca de un millar de referencias (Revista *Signo*, publicada en 2006, números 67, 68 y 69). Pareciera, con este texto, que todo está dicho. Sin embargo, no es así. Un personaje intelectual de la talla de Tamayo es “inagotable” y los textos que Blithz Lozada ofrece en la presente publicación constituyen una prueba fehaciente de esto.

Lo más interesante, quizá, radica en que los cuatro ensayos de Lozada son una invitación a debatir sobre y con Tamayo. No es este el lugar para hacerlo, para “desmistificar” —supuesto propósito que está de moda hoy día— a este héroe intelectual de nuestra Bolivia en el sentido carlyleano del término.

La Paz, 1° de julio de 2020

INTRODUCCIÓN

Blithz Lozada Pereira¹

Los periodos de investigación de las gestiones 2018 y 2019 en el Instituto de Estudios Bolivianos —dependiente de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Mayor de San Andrés— han servido para que yo, individualmente, realice dos proyectos sobre el pensamiento de don Franz Tamayo Solares. Los productos, remitidos oportunamente a la Dirección como ensayos, constan en total de cuatro textos que han sido editados por mí mismo para su publicación en la Colección “Cuadernos de Investigación”. Se trata del N° 15 difundido con el título *Cuatro ensayos sobre Franz Tamayo*, siendo una publicación institucional, por ahora, solamente en formato digital.

En la gestión 2018 hubo ocasión para que yo presente junto a varios colegas y estudiantes investigadores, en dos eventos académicos específicos organizados por el IEB y otras entidades, dos ensayos del presente número. Se trata del segundo y el tercer ensayo. De la investigación realizada en la gestión 2019, por una serie de imponderables de carácter mundial, nacional y universitario que se prolongan inclusive hasta hoy, solo fue posible presentar de manera virtual, parte de los resultados del primer ensayo que el lector tiene a disposición. La otra parte y el cuarto texto ahora difundido digitalmente, no han sido expuestos en evento alguno de la entidad a cargo de la investigación multidisciplinaria en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Mi interés por el pensamiento de Franz Tamayo y las temáticas relacionadas a su figura intelectual en la historia de las ideas de Bolivia, se remonta a tres décadas y media. El lector encontrará en la bibliografía al final del presente texto, 15 entradas de mi autoría individual o compartida, que específicamente o de modo referencial, tratan sobre el escritor paceño. Cinco libros y cuatro artículos fueron publicados por el Instituto de Estudios Bolivianos; en tanto que seis textos vieron la luz gracias a instituciones como la UNESCO, la Carrera de Filosofía o la Academia Boliviana de la Lengua, entre otras.

Si bien los cuatro ensayos fueron redactados considerando el contenido autónomo de su objeto de estudio, cabe remarcar que sus contenidos tienen una relación muy estrecha. Precisamente por su independencia, en algunos casos es posible que el lector advierta cierta repetición de ideas; lo cierto es que —se trate de la filosofía de Tamayo, su poesía, el proyecto político nacional que

¹ Nacido en Oruro en 1964, es miembro de Número de la Academia Boliviana de la Lengua y Miembro Correspondiente de la Real Academia Española. Miembro de Número de la Academia Boliviana de Educación Superior. Docente emérito de la Carrera de Ciencia Política y Gestión Pública en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la UMSA; y de las carreras de Historia y Filosofía en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; investigador emérito del Instituto de Estudios Bolivianos. Ha publicado 26 libros y escrito 90 artículos para revistas especializadas incluidos textos periodísticos en formato físico y electrónico. Licenciado en Filosofía con estudios de economía. Cuenta con Maestría en Gestión de la Investigación Científica y Tecnológica y con Maestría en Filosofía y Ciencia Política. Diplomado en Educación Superior y Diplomado Superior en Ciencias Sociales. Es *Philosophical Doctor* en Gestión del Desarrollo y Políticas Públicas. En su larga carrera profesional ha ocupado importantes funciones directivas en instituciones educativas. Obtuvo varios premios y fue miembro de los comités ejecutivos de la Confederación Universitaria Boliviana y de la Central Obrera Boliviana.

sustentó o sus ideas sobre la educación y la raza india— las posiciones que constituyen el núcleo fundamental de sus obras, están vinculados. En este sentido, si bien cualquier ensayo puede ser leído antes que los demás, es recomendable al final, leerlos todos para una mejor comprensión de mi interpretación y valoración de tan insigne pensador y poeta paceño.

El primer ensayo publicado en este número de Cuadernos de Investigación titula: “La filosofía de Franz Tamayo”. Lo destacable de él radica en el esencialismo telúrico del pensador paceño, repetido por escritores y políticos de la época. Tamayo asume que la raza india sería recipiendaria de la energía nacional manteniendo en la tierra y en el lenguaje rasgos indelebles impermeables al devenir histórico. Así, sustentada por contenidos vitalistas, la filosofía de Tamayo contribuyó a definir la “leyenda rosa” que embellece el mundo prehispánico y exalta los valores aborígenes, desplegando una visión maniquea del mundo y una ideología clásica de visión simplista de la historia que aún hoy tiene aceptación e impacto en distintos estratos sociales y estamentos culturales de Bolivia.

Con hipérboles racistas Tamayo hizo una construcción intelectual de alta especulación sin sustento histórico, unilateral y autorreferencial, que argumenta la supuesta superioridad moral de los indios en detrimento de mestizos y blancos. Pero, la metafísica de la energía racial desconoce la complejidad social y las contradicciones de los procesos sociales y culturales, apareciendo apenas como el fundamento de una identidad americana útil para entusiasmar como filosofía política, a concepciones ideológicas y prácticas colectivas que, a título de “la lucha perenne de los pueblos”, “la búsqueda de identidades inmutables” y “el colectivismo”, recae frecuentemente en diversas expresiones totalitarias.

Por lo demás, que Tamayo haya elaborado esta “filosofía” por sus tendencias paternalistas, por sus abstrusas elucubraciones metafísicas sobre “el carácter y la energía nacional”, la “persistencia de la identidad” y la “resistencia india”, denota el estancamiento y deterioro de contenidos, haciendo virulenta su repulsión al mestizaje y la aculturación. También denota su rechazo al intercambio y a adoptar ideas, bienes y costumbres foráneas en procura de la interculturalidad enriqueciendo el modelo civilizatorio. En fin, estos aspectos evidencian el enclaustramiento de su pensamiento ostensivo del temor al cambio cultural, a la discusión plural y a la racionalidad, sobrevalorando el aislamiento político.

El segundo ensayo publicado en este número es más breve que el anterior y titula: “Poesía e historia en Franz Tamayo”. Interpreta los aforismos del pensador paceño —los publicados en 1905 y en 1924 con el título: *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*— explorando sus concepciones filosóficas. Asimismo, valora la lírica y su poesía en general, descifrando la filosofía tamayana. Que la fuerza del bardo en su lírica sea inigualable, que se lo haya llamado el “mejor poeta del modernismo”, guardián de la mitología griega y latina; es motivo suficiente para interesarse en el fondo filosófico de su obra rebosante de absoluta pulcritud formal, plenitud de riqueza léxica, audacia metafórica y profunda emoción existencial. Que adivine el ser de las cosas como vate de lo clásico y lo moderno; que la extraordinaria calidad de su canto mienta la energía eterna de la raza india relampagueando la palabra como flagelo batallador, también justifica el análisis. Por último, que sus ideas rebosen gemas poéticas y semillas de reflexión, aparte del deleite por el esplendor de la belleza, plantea apreciar su contenido filosófico y mensajes de vida.

El tercer ensayo publicado en este número de Cuadernos de Investigación, el más breve de los cuatro, titula: “El proyecto nacional de Franz Tamayo”. El contenido presenta el contexto histórico y político en el que Tamayo pergeñó los aspectos progresistas y regresivos de su pensamiento político. Por una parte, el ensayo valora su relevancia para la construcción de la conciencia nacional, pero también critica los contenidos de su filosofía de la historia, fácilmente dúctiles para

instrumentarse en la realidad boliviana compleja y plural, siguiendo fines políticos inconfesables, tanto ayer como hoy. En este sentido, reivindicar a la raza indígena criticando al liberalismo y destruyendo sus innovaciones, denota un sustrato autoritario proclive al racismo, el irracionalismo y la sustentación de concepciones antidemocráticas contrarias a la civilidad moderna y el humanismo clásico. Peor aún, Tamayo tendría que haber evitado lo que él mismo criticó: mostrar una patología de evasión de la realidad boliviana, ignorando las proyecciones históricas de las etnias aborígenes y proclamando ideas ficticias pletóricas de misticismo y especulación filosófica que no logran diseñar proyecto alguno con alcance y relevancia nacional.

Finalmente, el cuarto ensayo publicado en el presente número titula: “Franz Tamayo: Educación, racismo y cultura política”. El texto argumenta sobre la cultura política de carácter racista subyacente en la filosofía de la educación de Tamayo. A partir de una sinopsis del contexto ideológico y educativo que motivó las críticas de Tamayo a la formación docente urbana implementada como política de Estado por el gobierno liberal a inicios del siglo XX —por la fundación de la Escuela de Maestros y Preceptores de Bolivia en 1909 por el belga George Rouma— el texto evidencia la crítica del escritor paceño como un riesgo, puesto que estimularía una cultura política *racista*. Por otra parte, aquí resulta de interés, el estudio del *bovaysmo* y su empleo político en Latinoamérica y Bolivia. Como otros autores, Tamayo usó el término para criticar ciertas actitudes de políticas educativas en particular y de gestiones de gobierno en general. Mi texto acota que la referencia bibliográfica dada por Tamayo está errada: menciona a Théopile Gautier como creador del término *bovaysmo* y no a Jules de Gaultier, a quien le corresponde la autoría de la palabra en su obra de 1892 titulada: *Le Bovarysme, la psychologie dans l'œuvre de Flaubert*.

Agradezco a la Sra. Directora del IEB, la Dra. Beatriz Rossells Montalvo, por gestionar con celeridad y eficiencia la publicación del presente Cuaderno de Investigación y por haber validado su calidad académica señalando correcciones puntuales muy valiosas. La gestión de la Dra. Rossells se dio tanto para la aprobación de su publicación como primer texto en formato digital exclusivamente, como en lo concerniente a la organización de las tareas administrativas que cumplieron los funcionarios del IEB, en especial, el Lic. Diego Pomar Crespo. Mi agradecimiento final es al Dr. José Roberto Arze Arze que fue mi profesor y colega, siendo hoy cófrade de la Academia Boliviana de la Lengua. Él fue muy gentil en regalarme una entrevista importante para la redacción de un ensayo, además que redactó con generosidad, el “Prólogo” de la presente publicación. Similar agradecimiento hago al Dr. Enrique Ipiña Melgar, cuyas opiniones transmitidas también en una entrevista, fueron muy útiles para la redacción del primer ensayo.

La Paz, junio de 2020

PRIMER ENSAYO

LA FILOSOFÍA DE FRANZ TAMAYO

El grande arte es siempre una aristocracia. No se concibe una plebe de grandes hombres; pero por otra parte, toda aristocracia es una jerarquía¹.

Franz Tamayo, *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*.

Yo fui el orgullo como se es la cumbre
y fue mi juventud el mar que canta.
¿No surge el astro ya sobre la cumbre?
¿Por qué soy como un mar que ya no canta?
No rías, Mevio, de mirar la cumbre
ni escupas sobre el mar que ya no canta
Si el rayo fue, no en vano fui la cumbre
y mi silencio es más que el mar que canta.

Franz Tamayo, *Scherzos*. Scherzo sinfónico N° 59: “Habla Olympio”.

EL MUNDO DE FRANZ TAMAYO

El tema racial es el núcleo de la filosofía de Franz Tamayo. No solo por el contexto ideológico caracterizado, por ejemplo, como “mística de la tierra”; sino por la multivariada realidad de Bolivia —lingüística, histórica, étnica, cultural, física, social, ideológica, económica y política— que habría precipitado ostensiblemente o con cautela, los tópicos concernientes. Antes de él, autores como Gabriel René Moreno, refirieron “razas” de indios, blancos, cholos y cambas; en tanto que el darwinismo social sostuvo diferencias biológicas en el contexto de la Revolución Federal y del liberalismo a inicios del siglo XX.

La transcripción biológica del racismo evidente en Gabriel René Moreno y el darwinismo social, según opina José Roberto Arze Arze², fue superada por la generación de Arguedas, Tamayo y Jaime Mendoza. Según su interpretación, Arze piensa que los autores referidos, si bien pensaron y escribieron dentro del paradigma *racista* con uno u otro signo, lo habrían hecho refiriendo la raza apenas como un factor cultural relativo de su propio contexto histórico. Contrariamente a las expresiones enfáticas de Tamayo respecto de su identidad y respecto de la desvaloración, por ejemplo, de los españoles y sus descendientes, Arze interpreta que, para el pensador paceño, el

¹ Obra publicada en 1905. Compilación de Mariano Baptista Gumucio, *Franz Tamayo: Obra escogida*, p. 112. Tamayo también publicó en 1924, la segunda parte de la misma obra. Escribió: “Guardaos de la canalla: sus miserias afectan y sus alegrías rebajan”, p. 156.

² Entrevista efectuada a principios de julio de 2019.

mestizaje se constituiría contundentemente, en una realidad inevitable o una fatalidad. Se trataría de un destino universal ineluctable para la humanidad entera porque, además, no sería posible encontrar una persona que pertenezca a una raza pura en parte alguna del orbe. En este sentido, Tamayo sería el emblema de pensamiento de la bolivianidad, penosamente limitado por la “mística de la tierra” de Guillermo Francovich y ostensiblemente superior al valor de Alcides Arguedas o Jaime Mendoza; al primero, porque su valentía que le motivó un diagnóstico psicológico no fue suficiente para la creación teórica y, al segundo, porque no rebasó las limitaciones de su sesgo geográfico y telúrico.

Para Francovich la “mística de la tierra” quedó limitada porque supuso que el paisaje y lo telúrico tendrían un espíritu que actuaría “sobre el hombre creando formas de vida individuales y sociales”³. Así, Tamayo fundamentó tal mística al afirmar: “la tierra se estudia en la raza” y la tierra “hace al hombre”⁴. Sin embargo, tal “limitación” solo puede comprenderse en la medida en que se entienda el propósito del filósofo surense por sistematizar las ideas bolivianas en sus dos manuales de texto: *La filosofía en Bolivia* y *El pensamiento boliviano en el siglo XX*. Por lo demás, la simplificación filosófica de Tamayo en tales libros pone en evidencia que los proverbios del pensador paceño no fueron estudiados o, al menos, no suficientemente. En este sentido, pese al valor didáctico de las obras de Francovich, no logran la captación esencial del escritor paceño. Por otra parte, es probable que sea Marvin Sandi quien se haya acercado mejor a la filosofía tamayana, aunque es de lamentar que su aproximación tenga eminentemente un sesgo poético.

Es posible admitir que el contexto familiar haya dividido a Franz provocándole una escisión bipolar. Por una parte, fue hijo de un padre de alcurnia con amplio poder y reconocimiento, auspicioso para que su hijo conozca y se apropie de la cultura occidental, llegando inclusive a recrearla; y, por otra parte, también fue hijo de una india concubina que, como madre, le motivaba a reconocerse e identificarse como “indio”, siendo, por lo tanto, depositario de lo que él hábilmente elaboró asumiéndolo como preexistente: la energía de la raza.

Como periodista, parlamentario, dramaturgo, sociólogo, filólogo, hacendado, político, intelectual, hombre de leyes, poeta, humanista, pensador, ensayista, diputado, diplomático, asesor jurídico, Ministro de Estado, Canciller, Presidente electo de la República e hijo de un patricio paceño, su contexto social fue también el mundo de privilegios de la clase criolla que otorgaba restringido acceso a algunos mestizos; en tanto que, para diferenciarse de lo que devaluaba a ambas razas, Tamayo se concebía a sí mismo como heredero de una poderosa e indeclinable energía india.

Sin duda, la situación social y familiar de Franz Tamayo como hijo de su padre y de su madre fue causa de su bipolaridad. Es muy probable que haya tenido dos lenguas maternas, el aymara y el español. Que su madre le haya enseñado aymara desde su tierna infancia no obstó para que la educación privada que recibiera en sus haciendas, haya estado dirigida a sobrevalorar la cultura occidental. También asistió a la Sorbona de París y a otras universidades europeas de prestigio donde se formó en las humanidades, dominando varias lenguas vivas y conociendo otras muertas. La burguesía paceña, terrateniente gracias a la enajenación promovida por Mariano Melgarejo con la Ley de Ex-vinculación —caudillo a quien Isaac Tamayo encomió⁵— fue la clase social a la que

³ *La filosofía en Bolivia*, p. 227.

⁴ Ambas citas corresponden al Cap. XLIII de la *Creación de la pedagogía nacional*.

⁵ Según Roberto Prudencio Romecín, Isaac Tamayo Sanjinés abofeteó la gazmoñería política y social que presentaba al tirano del sexenio solamente como un monstruo o un caudillo bárbaro. Para él, Mariano Melgarejo expresaba su tiempo siendo el cholo cochabambino arrojado e ignorante en el que corría también sangre india por sus venas. El siglo XIX pletórico de asonadas, turbulencia, luchas y desorden, habría dado lugar a un personaje audaz que, entre sangre y tempestad, llegaba a extremos de temeridad, valentía, violencia, crueldad, osadía, mezquindad, ambición, revanchismo, frialdad, dureza, procacidad, cinismo, embriaguez y erotismo. Pero, aparte

Franz pertenecía y donde se crió, en un contexto de opulencia. Gracias a la fortuna de su padre, viajaba a Europa con relativa facilidad, se educó con gran refinamiento, adquirió los últimos libros publicados en el Viejo Mundo e insistió en la certeza de que él siempre se apropiaría plenamente de lo mejor de las más sobresalientes culturas del orbe.

En el revés de esta situación, la relación afectiva que su madre forjó con él, fue posiblemente el resorte emocional que le motivó a asumir una identidad construida con exageración para que detentara supuestos valores sobre-estimados. Se trata de una imagen de sí que Tamayo forjó para él mismo como miembro de una raza a la que, originaria e invariablemente, visualizara como *superior*, según él, la raza *india*.

Según José Roberto Arze, para comprender a Tamayo en sus propios matices, sería recomendable valorar su artículo “Americanismo o europeísmo”⁶. En este, el escritor reconocería la superioridad cultural de la Europa clásica por su calidad incomparable a escala mundial respecto de cualquier otra cultura; en particular, en lo concerniente a la pujanza de la Europa nórdica, especialmente, inglesa y alemana.

El texto dejaría advertir el conflicto bipolar del autor; es decir, su situación de lucha interna constante y profunda por brillar con luz propia siendo el indio autóctono tal y como se concebía a sí mismo: creador de pensamiento que lo afirmase; hallándose, sin embargo, ante la imposibilidad de lograrlo al margen del reconocimiento occidental, esto es, sin poder prescindir de la realización de estilos, cánones, valores y contenidos de la cultura europea. Consciente de tal dilema y escisión, Tamayo —lo mismo que otros autores de tendencia indianista como José Carlos Mariátegui, por ejemplo— trató de resolver la situación, según Arze, afirmando que sin Europa no sería posible dar el más pequeño paso cultural hacia adelante. De esta manera, cabría comprender, por ejemplo, cómo su perfecta poesía modernista detentora de una rica parafernalia griega y latina que la abruma, mostraría en lo profundo, tópicos de carácter vernáculo expresando inspiraciones andinas.

Así, Tamayo habría explicitado teóricamente las posibilidades del pensamiento indio propio adueñándose de la cultura universal. Pero no *a fortiori*, sino como la consecuencia natural de un proceso que, para el escritor, ya habría comenzado a realizarse en su tiempo. José Roberto Arze, en este sentido, considera que Franz Tamayo supondría que el desarrollo intelectual boliviano y andino, también americano y latinoamericano, se daría necesariamente con la universalización de los problemas locales y con la exposición de soluciones pergeñadas por nosotros mismos. Es decir, Tamayo habría valorado como muy importantes contribuciones al acervo cultural mundial, por ejemplo, la obra *Martín Fierro* de Miguel Hernández que reflejaría la personalidad americana, la literatura de Walt Whitman y la arquitectura de Franklin White —creador norteamericano del paradigma “caja de fósforos” en el edificio de las Naciones Unidas—. Arze agrega a estos ejemplos, la pintura de Diego Rivera y la música de Heitor Villalobos.

La pulsión crítica de Tamayo contra los convencionalismos, restricciones y fatuidad de la clase social a la que su padre pertenecía —y que había desafiado conviviendo con su madre— se realizó en Franz como espasmódicas erupciones de rebeldía. Pareciera que el mensaje enérgico de fondo cada vez que alguna de sus obras era publicada, consistía en enrostrar a los intelectuales y a la sociedad aparente de su tiempo lo siguiente: “yo, indio, soy más culto que todos ustedes blancos juntos”.

de sus defectos, Isaac Tamayo también presenta a Melgarejo como la persona que podía expresar, aunque sea ocasionalmente, rasgos y virtudes como la ausencia de determinación, zalamería, timidez, generosidad, prodigalidad, ingenuidad, solidaridad, ilusión y melancolía. Cfr. *Ensayos literarios*, pp. 26-7.

⁶ Texto recopilado en *Mi silencio es más que el mar que habla. Franz Tamayo: Investigación, introducción y notas de Mariano Baptista Gumucio*. Editorial Khana Cruz, La Paz, 1995.

Sin embargo, en lo que concierne al futuro del hombre latinoamericano, la escisión existencial de Franz Tamayo le motivaba a oponerse a la tendencia latinoamericana advertida, por ejemplo, en el humanismo de José de Vasconcelos⁷ o en el proyecto de integración de Leopoldo Zea recuperando y proyectando el pasado. Por otra parte, no es posible ignorar que la visión histórica de Tamayo sea retrógrada: el futuro estaría en el pasado y el decurso colectivo radicaría en volver a la raíz indígena pura y neta. Tales son las opiniones, por ejemplo, de Enrique Ipiña⁸, que considera sus intenciones carentes de argumentos racionales, pretendiendo ser persuasivos, solo por expresar los sentimientos y la frustración del escritor paceño.

Por otra parte, agrega Ipiña, las convicciones íntimas de Tamayo habrían sido republicanas, liberales y positivistas. A pesar de que el escritor paceño aparentemente haya abogado por el retorno a un pasado incaico idealizado, aunque haya criticado con acritud y desmesura a la misión progresista de Georges Rouma; según Ipiña, en el fondo, Tamayo admiraba la cultura y el progreso europeo. De ninguna manera habría concebido la historia como la supuesta resurrección del Tahuantinsuyo; si bien idealizaba al hombre andino y hablaba de la persistencia y la resistencia como valores supremos, en lo que concierne a la construcción efectiva del futuro de Bolivia, no creyó en un mundo que prescindiría del pasado de la conquista, la colonia y el mestizaje como si nunca hubiesen existido. Aunque pretendió elaborar filosóficamente una metafísica del hombre aymara —sin reparar en otras razas indígenas— no lo habría logrado. Sin embargo, no dejarían de ser sugestivas sus ideas sobre la raza india concebida con características cósmicas y la equiparación del aymara con las rocas, la tierra y los monolitos que ni siquiera la extirpación de idolatrías pudo destruir.

Con todo, como buen hacendado de la primera mitad del siglo XX, Tamayo impartía un trato a los indios en Yaurichambi como cualquier otro latifundista de la época. Según Enrique Ipiña, el mito del profundo amor que habría profesado por su madre india, al parecer no fue suficiente para que dispensara un trato humano a sus pongos de hacienda, ratificándose su carácter oligarca y feudal. Se concebía a sí mismo como un gran señor, un latifundista que amaba más el griego que el aymara, que admiraba más el alemán y el inglés que el español. Alguien que, además, explayaba su pretendida esencia de indio aristócrata, obnubilando su íntima proclividad positivista. Sin embargo, en definitiva, a pesar de la influencia del racismo tamayano, por ejemplo, sobre Fausto Reinaga; en general, no existiría una valoración ideológica profunda ni amplia de su pensamiento de parte de los indianistas. Que haya realizado un escape literario y especulativo del indio originario, ha terminado circunscribiéndose a una estimación apenas romántica, mitológica y poética, carente de una relación distinta a la que ha marcado la opresión secular y menos expresiva de cualquier lucha histórica efectiva.

La bipolaridad tamayana sea, posiblemente, la explicación de la curiosa y a veces contradictoria serie de “mitos” que se crearon en torno al escritor paceño y que se encuentran, sea para ensalzarlo o sea para denigrarlo, inclusive en distintos biógrafos, mostrando evidente admiración o innegables prejuicios. De don Franz se menciona, por ejemplo, que tuvo reacciones bruscas de ira, llegando algunas veces a apalear a sus pongos de Yaurichambi. Asimismo, la obra *Para siempre* se regocija en un ataque inmisericorde contra el autor Fernando Diez de Medina que se atrevió a escribir y publicar una biografía no autorizada. Si bien el libro fue elogioso con don el pensador paceño (publicado en 1942: *Franz Tamayo: Hechicero del Ande*) contenía juicios de valor familiares que disgustaron en extremo al escritor paceño.

De este libro biográfico, Blanche Bouyon —la esposa francesa de Tamayo que le abandonó— escribió una carta a Diez de Medina después de la muerte de don Franz. La misiva indicaba que

⁷ Vasconcelos propugnó un marco metafísico y estético para la realidad mexicana. Sus conceptos de “raza cósmica” “indiológica” y “todología” fueron parte de dicho proyecto que como pensamiento político criticó al racismo, defendió a Hitler y proclamó el mestizaje americano como superior.

⁸ Entrevista efectuada a principios de abril de 2019.

el retrato que el libro ofrecía era fiel, auténtico y objetivo respecto de la verdadera faz de Tamayo. En otra ocasión, inclusive cuando Enrique Finot gozaba de cierto prestigio, que hiciera una crítica a Tamayo, motivó al escritor paceño a que respondiera diciendo que solo gracias a tal escrito insignificante, él se había enterado de la existencia de Finot. Respecto a sus relaciones con autores hispanoamericanos, al parecer, mantuvo cierta correspondencia moderada, mostrando indiferencia y una actitud lacónica, sea ante eventos que le homenajearan o sea en sus relaciones epistolares.

José Roberto Arze acota que, aunque Tamayo habría leído varios libros en distintas lenguas que formaban parte de su biblioteca privada; personalmente, pese a haberla buscado, Arze no encontró la supuesta traducción que hiciera del alemán al español, del libro de Ernst Wilhelm Middendorf sobre la gramática aymara (*Die Aymara Sprache*. F. A. Brockhaus. Leipzig, 1891). El prolífico bibliófilo José Roberto Arze señala también que, pese a sus esfuerzos, nunca conoció un solo libro que Franz Tamayo hubiese escrito en una lengua distinta al español, constatando en cambio que habría usado palabras de idiomas extranjeros tergiversándolas; tal el caso, por ejemplo, de *Scherzos* usada como plural en italiano cuando el término correcto sería *Scherzi*. Sobre las palabras griegas que habría empleado, Federico Blanco Catacora le habría contado a Arze que las anotaciones de Franz Tamayo en los textos griegos que al parecer leía con asiduidad, las hacía efectivamente con letras que correspondían al alfabeto griego; pero se trataba apenas de palabras españolas escritas en dicho alfabeto, no eran palabras griegas con su propio significado.

En suma, Tamayo se sentía con derecho a recibir los elogios de todos, sin embargo, en el contexto paceño, nada era suficiente. Se cuenta que cerró las puertas a José Antonio Arze que pretendía reeditar la *Creación de la pedagogía nacional*⁹. Se dice también que don Franz abrió su balcón y estando frente al Illimani exclamaba: “entre dos cumbres se saludan”. Finalmente, también es evidente que como político, poeta y escritor manifestó una exultante soberbia, atenuada en parte en algunos escritos, sin que exista certidumbre respecto de algunas expresiones como la que supuestamente enunció al enterarse de la Reforma Agraria que el Movimiento Nacionalista Revolucionario realizó en agosto de 1953: “si la tierra es de quien la trabaja, habría que dársela a los bueyes”.

LA SOCIOLOGÍA DE ARGUEDAS Y TAMAYO

Sergio Almaraz Paz considera que los autores más importantes de la historia de Bolivia que ofrecieron interpretaciones *racistas* de la realidad boliviana serían Gabriel René Moreno, Alcides Arguedas y Franz Tamayo. Apreciaciones similares se dan, por ejemplo, por Fausto Reinaga que en su libro *La inteligencia del cholaje boliviano*, considera que René Moreno habría sido el caso extremo que despreció y denigró a las razas indígena y mestiza. Para Almaraz Paz, si bien existirían otros autores *racistas* en Bolivia (Rigoberto Paredes, por ejemplo) se trataría de casos atenuados. Respecto de Alcides Arguedas, habría seguido el mismo camino de Moreno, aunque con cierta mesura; en tanto que el *racismo* de Franz Tamayo, en oposición a la exaltación de la raza blanca, idealizó al indio.

Por su parte, autores como Juan Albarracín Millán valoran la relevancia generacional que se construyó bajo la égida de tres ídolos: Alcides Arguedas, Franz Tamayo y Tristan Marof (Gustavo Navarro). Tal relevancia radicaría en la elección de los símbolos más conspicuos de rebeldía. Es decir, se trataría del deseo particularmente de los jóvenes, de valorar e identificarse con la crítica valiente de Arguedas que desnudó psicológicamente al hombre boliviano; con la fuerza de

⁹ Tamayo escribió 55 editoriales para *El Diario* desde el 3 de julio hasta el 22 de septiembre de 1910. Después fueron publicados con el número de capítulo que le correspondía según la serie de los editoriales en la obra *Creación de la pedagogía nacional*. Tamayo autorizó las ediciones de 1910 y 1944, para las que redactó las presentaciones.

la energía india hipostasiada por Tamayo; o con la proyección trotskista de una sociedad distinta apuntada por Marof. Tales alternativas de identidad marcarían el pensamiento y la acción en Bolivia durante parte considerable del siglo XX.

Las obras señeras de hace poco más de un siglo, *Pueblo enfermo* de Alcides Arguedas —que fue publicada originalmente en Barcelona el año 1909— y la *Creación de la pedagogía nacional* de Franz Tamayo —editoriales publicados en *El Diario* en 1910— muestran la escasa influencia ideológica que la doctrina del liberalismo habría impreso sobre ambos autores respecto de los principios universales de igualdad democrática abogados en la bisagra de dos siglos. Tales obras “racistas”, aunque caracterizadas con signo contrario, serían similares en sus prejuicios. Arguedas fue extremadamente cáustico al considerar que la psicología boliviana sería patológica; peor aún, reproduciría formas denigrantes para la humanidad, sin valoración alguna, en clara oposición al modo de ser, los logros y los rasgos de las razas constructoras de Europa. Por su parte, Franz Tamayo expresó su sentimiento de rechazo al racismo criollo cristalizado, por ejemplo, en el darwinismo social de fines del siglo XIX y de principios del siglo XX. Hacerlo implicó para él generar otro *racismo*: el *indio* como raza *superior*. Aunque inicialmente, el vate encontró en la poesía la mejor forma de expresión sublimada de sus sentimientos; posteriormente, el género ensayístico facilitó que el pensador publicara 55 editoriales durante tres meses en el más importante periódico de La Paz.

Pese al triunfo del Partido Liberal y a la participación de Zárate Willca en la Revolución Federal, la realidad social apenas varió para la amplia mayoría de los indios. Peor aún, en lo concerniente a los resabios conservadores —expresivos del racismo decimonónico exultante— la preeminencia de las mentalidades de larga duración referidas a las relaciones entre las clases sociales no cambió en absoluto. El mundo inaugurado por la Revolución Federal separó la Iglesia del Estado, asfixió el poder de la oligarquía sureña, fomentó la libre empresa y la iniciativa privada, promovió la modernidad bajo la égida paceña europeizada con base en la explotación minera, de la goma y la castaña, y construyó ferrocarriles fortaleciendo la banca. Por otra parte, las ideas liberales se articularon contra el pensamiento conservador, abogando por la educación laica y una sociedad libre de sermones y del poder clerical.

Pero el sustrato ideológico del mundo inaugurado con la Revolución Federal no cambió el desprecio, la opresión y la discriminación que padecían los indios como rasgos invariables de la tesitura social con antecedentes seculares. De esta manera, a pesar de que el triunfo de la Revolución Federal fue posible gracias a la alianza de las clases medias con los campesinos aymaras y quechuas que protagonizaron la acción material decisiva, la *revolución* para ellos apenas representó algunos beneficios —que se proyectarían posteriormente en la educación indígena— sin realizarse cambios cualitativos sustantivos.

La recurrencia del racismo fue consumada con la detallada descripción sociológica que ofrece el libro *Pueblo enfermo* escrito por Alcides Arguedas. A contrahílo, es destacable la relevancia de Franz Tamayo, no por haber modificado la matriz *racista*, sino por haberla invertido en los editoriales de *El Diario*. El análisis filosófico-técnico de ambas obras no permite formalizar sendos sistemas filosóficos para ninguno de los autores. Sin embargo, los contenidos sociológicos a los que se refieren, son indicativos de evidentes —aunque dispersas— ideas *filosóficas* expresadas como parte de la hipérbole racista de la época. Se trata del contenido “positivo”, histórica e ideológicamente recurrente, que logró su culmen con Arguedas; y se trata también del contenido “negativo” manifiesto en el pensamiento de Franz Tamayo. En el primer caso, es la justificación *racista* de las relaciones sociales, condenando a los indios como los responsables de la postración del país; en tanto que la *Creación de la pedagogía nacional* y la obra poética temprana de Tamayo encumbran a los indios como los depositarios de la esencia nacional que “salvaría” al país. Esto último refiere una especulación de cierta profundidad —crítica de la frustración íntima del

autor— indicativa de su deseo de afirmarse por la negativa, ensalzando a los indios y a él mismo como encarnación de una raza *superior*: socialmente, ante los criollos con preferencia; y desde el punto de vista político, eminentemente, ante los mestizos.

Si bien Arguedas realiza una crítica que incluye a los bolivianos en general, establece los rasgos psicológicos del indio que se habrían repetido en la historia del país en contextos de miseria y explotación. Aquí se advierten algunas coincidencias con la descripción de la raza india que efectúa Franz Tamayo: huraña, fría, taciturna y recluida en su cueva cultural. Pero los indios también tendrían cierta imperturbabilidad de identidad. Pese al maltrato que sufrieron secularmente, habrían constelado varias supersticiones de sobrevivencia en un mundo donde la preservación de su propia lengua fue fundamental.

Siendo Arguedas el representante intelectual de la *raza* blanca de Bolivia, expresaría el complejo nacional y latinoamericano de las élites europeizadas que sobrevaloraban a los ingleses y a los franceses soñando con una sociedad exenta de las taras patentes en los indios y mestizos. Solo transformando las características psicológicas de los grupos y de las clases de Bolivia se podría esperar el desarrollo del país; es decir, los ejemplos deplorables de la historia de Bolivia — evidenciados, por ejemplo, en el ensayo histórico *Los caudillos bárbaros*— cambiarían si se tomase conciencia de las “enfermedades” de la sociedad y de la necesidad de tratarlas. Por su parte, Franz Tamayo fue la antípoda del autor de *Pueblo enfermo*, contraponiendo lo que Arguedas denigró como la raza que Tamayo exaltaría. Pero, tal vez en parte por esta oposición simétrica, diez años después, con la publicación de su novela *Raza de bronce*, Arguedas mostró otra imagen distinta a la del sociólogo crítico y del intelectual ácido: apareció como el escritor condescendiente con el indio.

Tamayo no sentía afecto alguno por Arguedas e inclusive le dedicó un *Scherzo* que lo menciona como un “cuenta-cuentos”; es decir, una persona dedicada a narrar historias empleando un castellano de Churubamba. Aunque eran rivales, Arguedas se ocupó muy poco de Tamayo, siempre de pasada; en cambio don Franz fue ponzoñoso y vertió inquina sobre Arguedas, haciendo gala de pasión y perversidad.

Por lo demás, es posible conjeturar que tanto Arguedas como Tamayo proyectarían en los objetos de su crítica y en sus alocuciones de defensa, la conciencia de sus propias limitaciones y defectos, precipitándose en sus textos y discursos la develación invertida de su afectación. Hay críticas al autor de *Pueblo enfermo* en sentido de que, en el fondo, él atribuiría a los bolivianos, los rasgos de su propia personalidad: la mezquindad, la megalomanía y el odio racial entre otros. Pese a su procedencia de la aristocracia criolla por padre, se advierte el complejo de inferioridad de Franz Tamayo por la raza de su madre. Ante esto, él habría enfrentado el desprecio social con el expediente de la auto-exaltación de la pureza de su sangre india y con la presunción de su alcurnia indígena.

Tamayo diferenció dos estratos sociales entre los incas: por una parte, la capa aristocrática —la nobleza y el clero— y, por otra, la capa de los hombres comunes —el *pueblo*—. Se trataría de una sociedad dual con abismales diferencias y que posteriormente, a mediados del siglo XX, fue descrita por el escritor belga Louis Baudin en su obra *La vida cotidiana en el tiempo de los últimos incas*. Que Tamayo abogara varias veces que por sus venas no corría ni una gota de la sangre de la plebe; por otra parte, que se autoproclamara descendiente de la alta aristocracia inca, evidencia, en definitiva, su pensamiento político contrario a cualquier contenido liberal de igualdad y equidad, develando una antropología filosófica con impronta jerárquica y diferencial que concebía a los actores sociales con esencias distintas. Así lo ratifica el texto *12 artículos*, donde Franz Tamayo indica que, tanto en la naturaleza como en la sociedad, existirían *verdaderas* “aristocracias”; es decir, por nacimiento y por esencia, se daría la superioridad de los mejores siendo incuestionable frente el alma sumisa y pobre de la plebe.

El desprecio de Tamayo por los contenidos liberales y democráticos no implicaba que desvalorara las humanidades ni la formación clásica, advirtiéndose una evidente admiración por los contenidos y expresiones excelsas de la cultura europea¹⁰. Más aún, su deseo por formarse y dominar por ejemplo la lengua griega, evidencia su estima íntima por lo que consideraba restringido a su propia identidad social.

Es decir, Tamayo asumió que si algunos indios —los aristócratas por sangre— fuesen educados siguiendo la formación clásica propia de la cultura europea, alcanzarían individualmente alturas inimaginables en la sociedad; en contraste, los indios comunes o del *pueblo* —por los límites de su inteligencia— debían cumplir indefinidamente las funciones establecidas desde antaño. En suma, Tamayo y Arguedas representan las dos caras de la misma moneda: expresan un profundo racismo que se explica paradójicamente por el evidente auto-desprecio de cada uno, combinado con el enorme deseo de auto-afirmarse. Ambos escritores representan la transición hacia la formación del ser nacional de los bolivianos, lamentándose, sin embargo, que el legado de Tamayo haya tenido una deplorable prosecución con el indianismo. Así, por ejemplo, Fausto Reinaga no tuvo reparo alguno en mezclar el pensamiento de Tamayo con contenidos doctrinales del marxismo.

POESÍA, PENSAMIENTO Y FILOSOFÍA

Según el filósofo boliviano, Enrique Ipiña Melgar, a pesar de la finura y exquisitez de Franz Tamayo como poeta, en su caso como en cualquier otro similar, no sería pertinente pretender sistematizar el pensamiento filosófico de un autor de manera que se asuma su obra poética como fuente principal o única para tal propósito. Si bien cualquier poesía permite entrever concepciones sobre la realidad en sentido amplio, no refiere, *prima facie* al menos, la *filosofía* del poeta; sencillamente porque es posible que el escritor no haya explicitado ni siquiera para sí mismo, y menos aún, ordenado ni jerarquizado sus ideas fundamentales sobre distintos tópicos de amplia generalidad.

Para Ipiña, el poeta buscaría eminentemente, realizar expresiones enfáticas de la belleza en el verbo. Así, siendo en Tamayo evidente su deseo de escapar del mundo prosaico, lacerante y deleznable que le rodeaba, sería posible concluir que se habría refugiado en un universo de ideales pletóricos gracias a las palabras que empleaba, siempre revestidas de la hermosura que trasuntaría sus sentimientos y su subjetividad. Independientemente de cuán astuto o ingenuo podría ser considerado el poeta, inclusive cuando denunciaba lo que podría ser detestado y repudiado por él, no es apropiado suponer la existencia de algún discurso político de base en su obra poética. En suma, el contenido *filosófico* y *político* de Tamayo, pese a evidenciar sus sentimientos ante el poder y la sociedad, reeditaría su subjetividad de múltiples formas —inclusive crípticas— develando su actitud frente al racismo prevaleciente de la época.

El racismo que sufrió el poeta habría provenido, según interpreta Enrique Ipiña, no solo de la aristocracia criolla habituada a descalificar a las personas por sus rasgos físicos, su procedencia o sus orígenes; sino incluso se habría patentizado en la *familia Tamayo* que lo consideraba como un “fenómeno”. Se trata de la familia que no estuvo vinculada en línea consanguínea con la madre de don Franz, sino con el padre: Isaac Tamayo Sanjinés. Si bien en los círculos sociales de alcurmia fue frecuente que se diera la admiración por el talento y la calidad poética y literaria del hijo del abogado, político y diplomático, don Isaac; prevalecía en el imaginario de dicho entorno, la censura social porque tal patricio se uniera y conviviera con una indígena aymara —doña Felicidad

¹⁰ Uno de los proverbios de Tamayo publicado en 1905 señala lo siguiente: “La concepción de una humanidad superior se realiza según quienes la conciben: así los franceses dicen *un grand homme*, y hay un sentido de gloria en su concepto; los alemanes dicen un superhombre (*das Übermenschliche*, lo sobrehumano) y en ello hay una intención de sublimidad mental; y en fin los castellanos dicen un *prohombre*, y en su imaginación hay la grandeza moral y el valor del corazón”. *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*, p. 66.

Solares— con quien tuvo ocho hijos, Franz entre ellos. Así, la supuesta rancia procedencia y la “esencia” de una sangre superior auto-asignada, hiperbólicamente representada por las élites, les obligaba a visualizar a don Franz —pese a su talento y a sus inobjetable logros— definitiva e irremediamente, como otro *indio* más de una familia bastarda. En tanto, como otra bofetada a los prejuicios sociales, después de su separación con la esposa francesa, lo mismo que su padre, Franz terminó uniéndose con Luisa Galindo fuera del matrimonio.

Como todo poeta, anota Enrique Ipiña, Franz Tamayo habría sublimado su sufrimiento en la palabra expresada bellamente. La angustia de la execración racista, su existencia escindida, su ser dividido y el trauma de identidad le habrían ocasionado pesar y un profundo temor a vivir debiendo afirmar su propio *yo*. En tal cuadro, la poesía le habría permitido abrir una ventana al misterio de la muerte y la realidad de balanceo incierto del ser y el no-ser, le habría facilitado la huida a una esencia imaginada que le permitía olvidar sus clivajes existenciales y la absurdidad que le corroía. Tal actitud sería típicamente de un latifundista y, pese al resquicio emotivo donde se cobijó, sus gestos serían extraños a los que podría mostrar cualquier indio.

Enrique Ipiña piensa que Tamayo sufrió acremente al ver a su madre cumplir las labores de criada para su padre. Tal abismo existencial le habría inducido a una bipolaridad declarada en la búsqueda de una filosofía que le permita explicarse a sí mismo como hijo dual. Era incapaz de afirmarse plenamente como cualquier joven de la aristocracia o la burguesía paceña o como un indio más de hacienda. Cuestionaba y apreciaba su entorno, amaba e interpelaba su seno familiar, respetaba y odiaba la autoridad, se recluía buscando protección y rechazaba su origen, era y no era, se encontraba y se perdía a sí mismo, se comunicaba y sentía su extrañeza y soledad; en fin, su bipolaridad fue manifiesta y abarcadora.

Desde sus 17 años, Tamayo exteriorizó en sus escritos, la reacción ante la arremetida racista, la realidad de su procedencia materna y el sufrimiento existencial por su origen. En su primera obra, *Odas, verso y prosa* publicada en 1898, expresó su poesía despectiva de las raíces hispanas, en tanto que, con un evidente romanticismo utópico, idealizó a los indios y al imperio incaico. Por ejemplo, su oda escrita en 1896 titulada “Manco Inca XIII”, expresa que el último Inca habría sido consciente de la inevitable derrota que sufriría en la batalla contra los españoles; y que, sin embargo, buscó en la muerte el placer y el reinicio del tiempo que se había perdido. El vate paceño expresa que los caídos en la guerra serían los verdaderos vencedores en la batalla y que el declive histórico ante el imperio ibérico sería en realidad, un nuevo amanecer para los indios americanos.

Ningún hecho histórico que desluciría semejante éxtasis romántico —por ejemplo, que Manco Inca fue un rey títere de Francisco Pizarro, que se coronó con apoyo de los españoles y que defendió a Huáscar— es referido por Tamayo. Su poesía tampoco hace alusión a las traiciones entre los incas, los magnicidios por sus adláteres ni la connivencia de los soberanos con los españoles. Sus apreciaciones maniqueas y utópicas de la historia, le impiden criticar el trámite por bulas papales para que los soberanos pudiesen desposarse con sus hermanas, callan sobre la anuencia de los poderosos nativos con los misioneros aceptando de buen grado el bautizo o promoviendo la evangelización de los indios. Estos aparecen siempre representados como pobres personas sufridas y aplastadas por los malévolos españoles, crueles y feroces. Inclusive, Franz Tamayo corroboró próximo a contar 40 años, que su poesía temprana habría surgido del estudio de la historia que le despertó sentimientos de identidad americana, habida cuenta de que comprendió que su deber poético radicaba en cantar los lamentos de los *hermanos* y *padres* indios, víctimas de la canalla: los verdugos españoles.

Tamayo como poeta idealizó al imperio de los incas como una sociedad perfecta, sabia y pacífica con el mejor sistema político. Es posible que no conociera los sacrificios de niños (*capacocha*) que ignorase la destrucción cultural de pueblos íntegros por la migración masiva coaccionada

(*mitimayazgo*) que no tenga conocimiento de la servidumbre forzosa para la nobleza inca como tributo (*yanaconazgo*) o que no supiese del trabajo obligatorio en un sistema económico despótico —especialmente, en la construcción de caminos, palacios y ciudades y en la explotación de las minas (*mita*)—. Sea como fuere, parecería que aparte de expresar su subjetividad deseosa de afirmar cierta identidad étnica, su poesía temprana se consteló también como un potencial instrumento de adoctrinamiento y como una conveniente expresión de la legitimidad de los soberanos indios.

En este sentido, tal poesía no es solo la expresión de una añorada identidad, bella y modernista, ficticia y romántica; sino la conveniente justificación de que la supremacía india tendría en el propio Tamayo, al más depurado representante, pulido intelectualmente con el perseverante trabajo de los mejores cinceles de la cultura occidental.

Que el vate paceño cantara gustoso el origen sobrenatural del linaje de los gobernantes incas, pareciera que pretende legitimar, en última instancia, cualquier disimetría étnica que se daría involucrándolo a él mismo, de manera que se justifique el abuso totalitario del poder sin límite. Los gobernantes indios del Tahuantinsuyo aparecen así, como la concreción palpable de la descendencia divina: únicos herederos de sus padres y madres epónimos, asociados con los héroes civilizadores y con los fundadores del centro del mundo de un imperio perfecto, destinado en definitiva a dominar el mundo conocido.

Las expresiones poéticas del vate paceño cimentaron variantes del discurso político que aboga por el “regreso al Tahuantinsuyo”; es decir, por un programa de construcción de una idílica sociedad homogénea compuesta solo por indios. Así, la visualización de un pasado imaginado poéticamente, se ha constelado como una representación análoga a la que se da en los discursos utópicos: después de la desorganización y el caos de la conquista, después de los vejámenes de la colonia, se configuraría en los Andes un mundo de ensueño en el que los explotados, parias y subalternos seculares, tendrían el rol mesiánico de crear el mañana, adueñándose de su destino, la historia y el territorio andino.

En suma, independientemente de las intenciones que Tamayo haya podido albergar, es posible que sus expresiones poéticas sean formas motivacionales de instrumentación política e ideológica altamente eficaces. Y en situación extrema, tales expresiones sentimentales radicadas en el viejo odio racial, al margen de los ideales nobles que el vate tal vez tuvo alguna vez, es posible que exacerben el resentimiento como identidad, motiven el fundamentalismo étnico y apañen imágenes de la realidad no atingentes a situaciones fácticas u objetivas, denotativas en cambio, de deseos y aspiraciones que podrían disparar explosiones irracionales de aborrecimiento y destrucción. Así, la visión maniquea del mundo de Tamayo patente en su creación poética es sobrada y ocasionalmente el ingrediente emotivo que podría fundamentar programas ideológicos; filosóficamente, sustentar ideas políticas e inclusive, generar conductas dicotómicas que bifurquen a los indios como *superiores* a los mestizos y blancos en amplio derroche de manipulaciones propagandísticas extremas. En tal sentido, es posible considerar a su poesía como potencialmente violenta.

El racismo tamayano concibe a los españoles como una raza feroz de descastados, una manada de ilotas y chándales desenfrenados, mendigos hambrientos incapaces y perezosos renuentes a la búsqueda de conocimiento por el saber mismo e incapacitados de gozar lo nuevo e ignoto. Serían hombres carentes de proyección cultural de altos ideales para la humanidad, y detentores de una crueldad consciente y helada, expresiva recurrentemente de pasiones ardientes y ciegas que habrían pervertido el buen sentido del súbdito español.

España habría destruido militar, económica y culturalmente todo vestigio vernáculo, convirtiendo a los Andes en una víctima secular incapaz de superar su estupor después del alarido y el pavor que le ocasionó la conquista. El joven poeta Tamayo veía en España el objeto de las maldiciones

de Dios por haber aplastado la gloria americana de lo que habría sido un “mágico imperio”. Se trataría del proceso que aplastó la magnificencia andina y de una sociedad pletórica de grandeza y majestad. España habría reducido magníficos tronos a cenizas y ciudades espléndidas a ruinas; habría cercenado intencional y abruptamente la carrera de los incas por el camino de gloria y habría clavado con crueldad, ferocidad y fatalidad el puñal artero de la conquista: violó, sojuzgó, sometió y depravó siendo, en definitiva, la cultura ibérica el principio y origen de los peores males y vicios americanos. Inclusive Franz Tamayo llegó a responsabilizar a España de la supuesta destrucción de una *libertad* incaica imaginada. Con exageración retórica, el poeta juzga a los conquistadores españoles como una manada de soldados desenfrenados, ignorantes, feroces y crueles; en tanto contrapone a ellos una idealizada pureza andina que supuestamente, preservó los valores ancestrales, la normativa milenaria y los saberes tradicionales. Así, dibuja una ética laboral inexistente, normas familiares y conyugales ideales y el encomio de la honestidad y la frugalidad del indio, además de su supuesta ausencia absoluta de mala fe.

Tanto los españoles de la época colonial como los criollos de la República y su descendencia, a pesar del incontestable proceso de mestizaje en América y particularmente en la región andina; si bien aceptaban retóricamente la supuesta igualdad del indio frente al blanco, mostrando ocasionalmente, cierta valoración de algún rasgo —como su fuerza física, por ejemplo— siempre se sintieron a sí mismos *superiores* al indio. En este contexto, el hecho que Isaac Tamayo desafiara los convencionalismos del siglo XIX conviviendo con una india¹¹ —por lo que fue excluido de los círculos exclusivos de su “estirpe”— dio lugar a que su hijo tuvo que enfrentar como tanto como poeta e intelectual como político y hombre de sociedad, el acre racismo imperante en el medio.

Lo hizo enérgicamente, aunque sin cambiar la matriz ideológica racista. Tamayo revolvió la disposición de los contenidos ideológicos de base, aunque manteniendo el supuesto de que debía existir alguna raza que debía ser *superior* a las demás. Es decir, desarrollando el análisis de Ipiña Melgar, Tamayo habría recaído en una petición de principio justificada en profundas raíces históricas y en posiciones ideológicas inmutables: supuso la superioridad del indio frente al blanco y al mestizo basándose sin crítica, en la necesidad incuestionable de cierta superioridad racial. En este sentido, el pensador paceño no fue original: su pensamiento solo adquirió el signo invertido de la época en la que vivió y a la que reflejó con la versión de cabeza de una imagen de la sociedad ampliamente difundida.

Sin embargo, el valor literario de la poesía de Tamayo es incuestionable. Aparte de las apreciaciones encomiables por el contenido dramático de *La Prometheida*, por ejemplo, resaltan *Scopas* que compite con *Scherzos* y el poema dedicado a su hijo: *Adonais*. También son innumerables los juicios de valor y los análisis sobre la relevancia literaria e inclusive filosófica de la lírica tamayana.

Fuera de Bolivia, destacan las elogiosas valoraciones y expresiones de admiración de Rubén Darío, José Souza Reyli, Carlos García Gual, Harold Osborne, Mario Saielly, Lamberto Lattanzi y Luis Velasco Aragón. Estos y otros enaltecimientos destacan el talento cultísimo del vate y su fuerza lírica inigualable, concibiéndolo como el mejor poeta del modernismo y una veta secreta clásica dueña del futuro.

¹¹ Roberto Prudencio afirma que Isaac Tamayo criticaba la manera cómo la historia oficial de Bolivia, en lugar de explicar los hechos, los juzgaba, y lo hacía injustamente en el caso del indio, desconociendo, por ejemplo, su invaluable protagonismo en la economía del país. Anticipándose a los textos de su hijo, Franz, en *Habla Melgarejo*, don Isaac presenta al indio como alguien que debía ser apreciado no solo por su infatigable labor de labriego en los campos, sino por su trabajo como artesano en los talleres, abogado en los bufetes y múltiple trabajador como banquero, comerciante, parlamentario o administrador. En suma, solo en cuanto se estime el carácter de la raza del indio sin hibridismo y se aprecien los valores autóctonos, la lengua y la cultura aymara, Bolivia tendría expedito el camino para proseguir su historia hacia un futuro auspicioso para la nación. Cfr. *Ensayos literarios*, pp. 23, 30.

Entre los escritores latinoamericanos y de otras latitudes que hacen encomio de la obra de Tamayo, sobresale la expresión laudatoria llamándolo “guardián de la mitología griega y latina”. Y es que, en su lírica, el escritor paceño habría proyectado una trascendencia universal indiscutible, impregnada con su sello propio y original boliviano, expresivo de un evidente orgullo de su raza, gracias a su experiencia cosmopolita y al esmero y excelencia de su formación clásica. El vate paceño destacaría por su absoluta pulcritud formal, por la plenitud de la riqueza de su léxico, por la audacia metafórica recurrente y por la profunda emoción existencial que transmitiría uniendo en prominente belleza, lo clásico y lo moderno. Que en estas hendeduras líricas aparezca la energía eterna de la raza india deslumbraría el firmamento de las letras, evidenciando también posiciones políticas consolidadas por el pensamiento andino, por definición, fuerte, frío y duro. En este sentido, como remarca Alberto Bailey Gutiérrez, el filósofo, literato, ensayista, vate y erudito paceño mostraría en cada una de sus obras, la fuerza de la naturaleza que relampaguea con la palabra, haciendo de ella el flagelo batallador que fortalecería la identidad en un desplazamiento líquido, fresco y puro del alma¹².

Otras opiniones destacadas de críticos bolivianos sobre la obra lírica de Tamayo son las que se señalan a continuación: Roberto Prudencio refiere una profunda intuición en Tamayo que, como poeta, le permitiría “adivinar” el ser de las cosas, teniendo la magnífica capacidad de construir expresiones lingüísticas perfectas para denotarlo. Por su parte, Mario Miranda Pacheco considera que, como vate, Tamayo habitaría en el hogar de los dioses griegos, junto a las egregias divinidades del modernismo; además, como pensador, el escritor paceño tendría el sitial supremo en el Olimpo de las letras bolivianas habiendo alcanzado la mayor calidad y profundidad de ideas. En este sentido, también para Óscar Cerruto, Franz Tamayo sería el autor más descollante de la historia de las ideas en la República de Bolivia. Inclusive para Carlos Medinaceli —pese a que lo criticó en reiteradas ocasiones— el espíritu y la cultura boliviana se regocijarían en una “fiesta áurea” gracias a la pulcritud de la obra poética de Franz Tamayo.

Mariano Baptista Gumucio señala que la belleza y profundidad de sus ideas deberían servir como un legado para que en Bolivia se construyan las más importantes reflexiones y sistemas sobre el ser del hombre andino; así las gemas de su lírica deberían inspirarnos a crear nuestro propio *evangelio* pletórico de identidad y orgullo. *La Prometheida*, según Guillermo Francovich, referiría un canto grandioso, de alcance cósmico y sideral en el que la poética del vate paceño, descollaría gracias a la virtud literaria que diluiría el alma del lector y de quien escuche su lírica en un regocijo supremo que haría patente la magna belleza. En resumen, la mayoría de las opiniones ensalzan al vate y al pensador paceño, considerándolo la cumbre superior del país; sin embargo, durante varias décadas también se lo descalificó, no solamente como político, sino como escritor y poeta, llegando a desestimarse su obra con explosiones subjetivas de odio y envidia que lo desdibujaron y vituperaron sin un mínimo de ecuanimidad, objetividad ni justicia¹³.

Como anota Dora Gómez de Fernández¹⁴, *Epigramas griegos* cumple los cánones del ritmo cuantitativo griego; en tanto que otras publicaciones están escritas en clásicos metros castellanos: endecasílabos, heptasílabos y pentasílabos. Ninguna producción lírica de Tamayo está en verso libre; en tanto que, técnicamente, *La Prometheida* es una tragedia clásica en metro endecasílabo y heptasílabo con retórica poética que integra perfectamente figuras como la aliteración, las derivaciones, la sinonimia, la onomatopeya, la antítesis, las paradojas, las comparaciones, los retruécanos y los epítetos; evidenciándose de modo incontestable, una vigorosa y potente fuerza plástica¹⁵. Sin embargo, es evidente que no existe en la lírica tamayana, un sistema filosófico.

¹² Citado por Alberto Bailey: *Franz Tamayo: Mito y tragedia*, pp. 218 ss.

¹³ Cfr. las referencias de Alberto Bailey, Op. Cit., pp. 220 ss.

¹⁴ “*La Prometheida* de Franz Tamayo”, p. 18.

¹⁵ “*La Prometheida* de Franz Tamayo”, pp. 24 ss.

En cambio, los aforismos del escritor paceño deberían ser objeto eminentemente de atención ideológica e interpretación filosófica, explicitándose sus concepciones implícitas en la obra publicada los años 1905 y 1924 con el título: *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*. Tales aforismos no carecen de formas medidas, construcciones eufónicas, interpretaciones literarias, reflexiones profundas, valoraciones culturales y expresiones de sentimiento, conocimiento y espíritu.

Sin embargo, siguiendo la opinión de intérpretes como José Roberto Arze, por ejemplo, no sería apropiado tratar de construir el pensamiento filosófico de Tamayo a partir de su obra poética. Independientemente de que se articule o no un lenguaje *técnico* referido, por ejemplo, a la filosofía de Platón, Aristóteles, Descartes o Hegel, es evidente que dichos autores sustentan sendos sistemas filosóficos; tal, no es el caso de la obra de don Franz.

La historia de las ideas en Bolivia evidencia que hubo profesores de filosofía que fueron entusiastas epígonos de Tamayo. Tal sería el caso, por ejemplo, de Nicolás Fernández Naranjo; sin embargo, pese a sus intentos de precisar la filosofía del escritor paceño basándose en su poesía, no lo logró. En conclusión, si bien la poesía constituiría una forma verbal para, posiblemente, expresar la visión del mundo, pudiendo interpretarse el pensamiento *filosófico* del poeta, no es dable suponer que, a partir de ella, se deba construir el “sistema” de quien manifiesta sus sentimientos. Más aún, en opinión de Arze, serían los proverbios de Tamayo la fuente más apropiada para interpretar y colegir sus ideas filosóficas. Es decir, sus aforismos manifestarían tales ideas, sin que hasta ahora se los haya sistematizado para contar con una indización que permita leerlos e interpretarlos en orden temático y con visión orgánica del autor. Tal recuento y compilación de lo que Arze Arze calcula serían mil doscientos proverbios aproximadamente, constituiría un significativo aporte para descubrir y organizar el pensamiento de Tamayo sobre diversos tópicos, incluidas las temáticas *filosóficas*.

FILOSOFÍA POLÍTICA DE LA ENERGÍA

Que el joven Franz haya expresado odio y desprecio a España se explica en parte, por la herencia ideológica de Simón Bolívar y por las experiencias de la Guerra de Independencia en las primeras décadas del siglo XIX. En la *Carta de Jamaica*, el Libertador explicitó que la influencia ibérica en América sería despreciable, constituyéndose en la fuente de los males que aquejarían al Nuevo Mundo. Así, si bien existía en las clases dominantes una actitud de sobrevaloración de Europa, la tendencia popular, psicológica y políticamente extendida en el siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX, fue la que concebía la presencia e influencia española como nocivas para los pueblos americanos. Que después se hayan desarrollado las tendencias socialistas, comunistas, anarquistas, populistas o nacionalistas en América Latina, no obstó para que Franz Tamayo continuara concibiendo a la energía india como el reservorio étnico para la plenitud política del país.

Las representaciones políticas de Tamayo refieren luchas sociales invocando el factor *popular* que; sin embargo, debía soportar el advenimiento de la derrota étnica. A diferencia de la conquista y el exterminio de los indígenas de Norte América, en contraste con la imposición racial de los inmigrantes en Argentina, la conquista española en Bolivia, Perú y México fomentó el mestizaje. El propósito del imperio español de enriquecerse desplegando su dominio y explotando a los indígenas requirió, sin embargo, política, lingüística, cultural, social e incluso religiosamente, cierto acuerdo para una convivencia dable. El pacto fue redituándose en distintas coyunturas políticas a lo largo de tres siglos y medio, asimilando las derrotas, aunque manteniendo las reivindicaciones indígenas.

Es un lugar común que Tamayo no abogaba por cambio revolucionario alguno. Al contrario, su ideología política con ribetes populistas adquirió un carácter conservador, siendo crítico, por ejemplo, de la Reforma Agraria de 1953. Sin embargo, que abogara por la energía india inspiró a varias ideologías posteriores, radicales y moderadas, desde el indianismo extremo hasta el

indigenismo sistémico, produciéndose teórica y prácticamente, la sustantivación de los indios como actores políticos. Que Tamayo aceptara de buen grado la adecuada disposición del mundo con los indios como trabajadores, labriegos, mineros, viajeros de a pie, albañiles, soldados o zapadores militares, evidencia su visión estamental de la sociedad. Sin embargo, por excepción, admitió la posibilidad de que un indio —él mismo, por supuesto— llegase a ser Presidente de la República.

Esto plantea el problema referido a si la mentada *energía india* —supuesta su especulativa existencia como concepto filosófico— se distribuiría homogéneamente entre los indios; o si, por el contrario, se densificaría en la alcurnia indígena de los gobernantes incaicos y sus descendientes. Aquí también se presenta el problema de qué sucedería con la plebe aymara sometida al imperio inca, y con los señores aymaras que formaban parte de la pirámide incaica, incluyéndose posteriormente en la cúspide de la pirámide social a los conquistadores españoles y, después, a los blancos, criollos y mestizos de la República.

En opinión de José Roberto Arze, la energía india estaría *in situ* por igual, desde el nacimiento de cualquier indio, sea plebeyo o aristócrata. Es decir, Tamayo tendría una visión racista con transcripción biológica por la que, independientemente se trate del yanacona o del orejón, del *de abajo* o del *de arriba*, la superioridad india en comparación con la raza del blanco y la raza del mestizo sería homogénea para todos los indios, inclusive sin distinciones entre quechuas y aymaras.

La influencia telúrica e indianista de Tamayo se advierte en varios pensadores y filósofos bolivianos de procedencia social privilegiada. Tal es el caso, por ejemplo, de Marvin Sandi, Roberto Prudencio, e inclusive el biógrafo no autorizado de don Franz caído en desgracia por los ataques de los que fuese objeto: don Fernando Diez de Medina. Sin incluir a Sandi, pareciera que existiría cierto regocijo esnob entre ciertos intelectuales que habida cuenta del excelso valor de la lírica tamayana, por extensión —tratando de aplacar sus propios demonios en especial respecto del cerco indio— se ocuparon y escribieron sobre conceptos referidos a lo telúrico, lo indígena y los mitos aymaras. En el caso de Sandi, pese a ser crítico del positivismo y si bien su aproximación tendría cierto contenido *filosófico*, la realizó exclusivamente a través de la focalización y valoración poética.

Aparte de las referencias ocasionales al pensamiento filosófico de Tamayo, realizadas por ejemplo, por Guillermo Francovich que concibe una clara influencia nietzscheana¹⁶, la problematización teórica sobre la existencia y contenido de la supuesta filosofía tamayana se efectuó con cierto detenimiento en las obras de Clara Ferrufino Llanç y de Nicolás Fernández Naranjo. La primera autora, particularmente en su libro *Franz Tamayo, métodos filosóficos latinoamericanos*, destaca como contenidos filosóficos relevantes las ideas ya tratadas por otros escritores respecto de lo telúrico, la energía, la nación, el *ethos* y el Ser¹⁷. Critica al sociólogo Juan Albarracín Millán reprochándole su inadmisibles ausencia de discernimiento de los conceptos de Friedrich Nietzsche diferenciándolos de las ideas de Tamayo¹⁸; afirma también que el poeta paceño tendría una metafísica, una ética y una filosofía de la educación, aunque la explicación o formalización de los contenidos correspondientes no es precisa, siendo en general redundante, críptica y confusa.

Respecto de la influencia de la filosofía de Nietzsche sobre el pensamiento de Tamayo, si bien se encuentran ideas similares en ambos autores, es pertinente considerar sus concepciones como paralelas, y no como si el vate paceño hubiese sido un epígono del escritor alemán. Las principales coincidencias, que no excluyen la posibilidad de que se hayan formulado a partir de cierta influencia de las ideas nietzscheanas, conciernen, por ejemplo, a las aseveraciones de eminente

¹⁶ *La filosofía en Bolivia*, p. 230.

¹⁷ Cfr. *Franz Tamayo, métodos filosóficos latinoamericanos*, p. 134.

¹⁸ La obra de Albarracín Millán que Clara Ferrufino critica es *El pensamiento filosófico de Tamayo y el irracionalismo alemán*. Véase el final de la obra citada de Ferrufino, pp. 169-70.

carácter voluntarista. Relacionada con estas, aparece también la concomitancia *racista*, a pesar de las diversas objeciones referidas a que el filósofo de Röcken deba ser considerado como tal¹⁹. Es decir, sería razonable que las ideas de Tamayo convergieran con una concepción articulada como “germanismo andino”.

El erudito Nicolás Fernández Naranjo y su cónyuge, Dora Gómez de Fernández, se han ocupado también de la filosofía tamayana. En el breve texto *Concepción del mundo e ideas filosóficas de Franz Tamayo*²⁰, Fernández Naranjo reflexiona a partir de la poesía y los proverbios del escritor paceño. Si bien existe una prolífica enumeración de conceptos filosóficos referidos al universo, la verdad, Dios y el hombre, el texto no expone articulada ni sistemáticamente los contenidos genuinos de Tamayo. Cada capítulo, dedicado a los conceptos señalados, ofrece apenas una colección de citas de poemas y de proverbios que carecerían de una concepción fundamental de base. Es decir, es posible considerar que, en sus proverbios, Tamayo habría buscado, en definitiva, generar distintas reacciones a sus ideas, siendo consecuentemente, el objeto de atención privilegiada de la elite intelectual local, en detrimento del propósito de exponer partes sustantivas de un pensamiento filosófico propio, sea que estuviese terminado o se halle en construcción.

En suma, no se preocuparía por la coherencia o porque su sistema de ideas esté completo mostrando una *filosofía* original —en verdad, inexistente— pretendiendo solo constituirse en el foco de atención que genere impacto sensacionalista. En este sentido, sus expresiones poéticas e intelectuales buscarían que la sociedad y el entorno tengan de qué hablar, siendo su persona el centro de mira e interés. Tal es la apreciación expresada de forma extrema por Augusto Céspedes y referida por Javier Sanjinés en su libro *El espejismo del mestizaje*²¹. Para Céspedes, Tamayo sería el hombre de las *poses*, es decir alguien que promovería su propia grandeza, solitaria, distante y alienada, ávida siempre de ser el centro de cuidado intelectual y artístico.

Sea en sus ensayos breves o en artículos publicados en los periódicos *El comercio* de Cochabamba y *La calle* de La Paz, Augusto Céspedes como periodista y militante del Movimiento Nacionalista Revolucionario, buscó destruir el mito de Tamayo, restringiendo cualquier valoración política y estética de su pensamiento y obra. Para Céspedes, el hacendado de Yaurichambi intencionalmente se presentaría a sí mismo como un enigma aymara²², producto de su inestabilidad psíquica y racial, concibiendo al mestizaje con un color aristocrático abrumador: la combinación de la metafísica europea dentro de un organismo indio. La acidez de Céspedes fue extrema, sin límite, al grado que atacó a Tamayo con falacias groseras *ad hominem*. Llegó a descalificar su poesía a la que tildó de ser un conjunto de redundancias rítmicas que no embellecerían idea alguna, ocultando apenas la carencia de Tamayo de cualquier vuelo filosófico propio, entre otras causas, por los conflictos no resueltos del vate consigo mismo, con su tiempo y con su raza.

A pesar de estas críticas, cabe destacarse que la poesía de Tamayo inspiró, por ejemplo, a Marvin Sandi; de manera que el músico y el filósofo potosino arregló contenidos de valor filosófico. Aparte

¹⁹ Respecto de que Nietzsche habría proclamado la superioridad de la “bestia rubia” equiparada con la raza aria, varios autores niegan tal racismo. Georges Bataille, por ejemplo, dice que la regla de conducta de Nietzsche toda su vida fue: “no frecuentar a nadie que esté comprometido en esa farsa desvergonzada de las razas” (“Nietzsche y el nacional-socialismo”, p. 582) Bataille también afirma que “Nietzsche debe ser lavado de la mancha nazi”. Si bien el filósofo alemán consideraba a la guerra como un componente benéfico, si bien glorificaba la belleza, la fuerza corporal, la vida arriesgada y turbulenta, y aunque escarnecía la bondad, la piedad, la ausencia de virilidad y desenmascaraba la hipocresía; no tuvo relación alguna con el régimen de Bismarck, odiaba y despreciaba todo pangermanismo y antisemitismo y para él y su época, el concepto de *raza* denotaba invariablemente un complejo *cruzamiento*, una síntesis tanto fisiológica y psicológica, como política, histórica y social.

²⁰ Folleto de 41 páginas publicado por la Universidad Mayor de San Andrés en 1966.

²¹ Javier Sanjinés refiere el sarcástico ensayo de Céspedes de 1931, “Viaje alrededor de un monolito pensante”. Cfr. *El espejismo del mestizaje*, p. 128.

²² Ídem, pp. 132 ss.

de la influencia de Martín Heidegger que Sandi reconoce explícitamente en su principal obra, *Meditaciones del enigma*, Tamayo, particularmente por sus *Scherzos*, se constituiría mediante una inspiración metafísica. El filósofo potosino considera que el poeta moraría en el pensar y que expresaría el sentir del misterio, en especial, en lo referido al principio o génesis del Ser en el hombre. Frente al hombre occidental, ocupado en el quehacer que lo absorbe (el *homo faber*) Franz Tamayo inspiraría la valoración poética asistemática de la vivencia del hombre que calla (el hombre andino) generando el florecimiento en su ser, del misterio metafísico profundo²³.

Tal es el contenido del duodécimo párrafo de *Meditaciones del enigma*; en tanto que, en los once párrafos precedentes, Sandi refiere seis *scherzos* de Tamayo que le inspiraron sugestivos enunciados metafísicos²⁴. Aparte de los conceptos indicados, las reflexiones filosóficas del escritor potosino se articulan en torno a los siguientes conceptos que permitirían esbozar el pensamiento de Tamayo: el hombre ante el enigma; pensar en el silencio del hombre callado; el verbo, la tierra y el silencio; la poesía como luz del misterio; el pensamiento esencial del “alba del mundo”; la tierra y la conciencia de la temporalidad; las raíces, la libertad y la trascendencia; el misterio, el diálogo y el silencio metafísico; la totalidad del ente y la eternidad del instante; la trascendencia, el progreso y la muerte; y, finalmente, la verdad, la contemplación y el “latido del ser”.

Según José Roberto Arze, habría una lista de alrededor de sesenta autores bolivianos y extranjeros que efectuaron distintos estudios de la obra de Franz Tamayo²⁵. La diversidad es considerable encontrándose sugerencias de interpretación filosófica diversa, por lo general, a partir de la poesía, aunque también desde la ensayística del pensador paceño. Son relevantes, por ejemplo, los libros publicados por Jaime Martínez Salguero y Alberto Bayle Gutiérrez, sendas obras dedicadas al vate con sugestivas referencias sobre la vida y la muerte, la esperanza y el destino, el alma y el misterio, el pensar y la existencia, la tragedia y el mundo, la energía y la raza, el amor y el dolor, la nación y la historia, la realidad y la búsqueda... Finalmente, Tamayo es indiscutiblemente un acápite infaltable en cualquier antología poética boliviana, abundando también publicaciones con análisis y valoraciones líricas de detalle, por ejemplo, de los personajes de su obra, los mitos que refiere, las temáticas que le interesan, las imágenes que prefiere y los símbolos de su predilección²⁶.

La argumentación tamayana que hace gala de cierta elaboración filosófica y que expuso en los editoriales de 1910 en *El Diario*, referida a la superioridad de la raza india respecto del blanco y del mestizo, radica en dos rasgos que se habrían conservado en la historia andina: la *persistencia* y la *resistencia* de la raza. Se trata de lo forjado en el medio telúrico andino constitutivo del cuerpo y de las virtudes del indio. Sin embargo, la especulación filosófica que sustenta tal posición se presenta

²³ *Meditaciones del enigma*, § 12, pp. 115 ss. La inspiración del último párrafo del libro de Marvin Sandi es el *scherzo* N° 53 de Tamayo en el V Interludio (“El penseroso”, *Scherzos*, p. 137):

Porque el mayor enigma
es cada aurora,
Flor de abismo canora
¡y paradigma!
Flor pitagórica
de la tiniebla prístina
¡y categórica!

²⁴ Son objeto de interpretación que motiva la creación filosófica de Marvin Sandi, especialmente, los siguientes versos tamayanos: La tercera estrofa del “Preludio” de *Scherzos* (p. 7); el *scherzo* N° 35 del “Scherzo de Primavera” (p. 49); los *scherzos* señalados como el N° 3 y el N° 13 del V Interludio (“El penseroso”, pp. 120 y 123, respectivamente); el *scherzo* del aire N° 35 (p. 157) y el *scherzo* sinfónico N° 76 titulado “Fatum” (p. 269).

²⁵ Véase la bibliografía al final del presente texto.

²⁶ Cfr. en la bibliografía, por ejemplo, los textos de Augusto Camacho Bernal, Carlos Castañón Barrientos, Carlos Coello Vila, Julio Díaz Arguedas, Enrique Finot, Mario Frías Infante, Tristan Marof, Edmundo Miranda Castañón, Harold Osborne, Roberto Prudencio Romecín, Juan Quiroz, Raúl Rivadeneira Prada, Armando Soriano Badani y Luis Velasco Aragón.

como una petición de principio: la superioridad del indio se daría por la energía de su raza formada gracias a la influencia del hábitat, en tanto el entorno habría forjado en el tiempo la superioridad de su fuerza física y de sus rasgos morales. La tierra se estudiaría en la raza y esta dependería de aquella²⁷.

Que la raza indígena *persista* en la historia haría del indio un conservador²⁸: defensor de una idealizada identidad incommovible, y libre para erigir y cumplir sus normas. Como guardián de sus costumbres, métodos, tradiciones, lengua y dieta, sería dueño y señor de sí mismo. El indio *persistiría* física y moralmente como raza poderosa pese a la hostilidad y la destrucción. Físicamente, habría una persistencia morfológica y corporal incólume pese al cruzamiento hasta la tercera o cuarta generación híbrida²⁹. Facciones, estatura, color y proporciones de los hijos de un blanco y una india significarían la derrota del blanco por la persistencia de los rasgos indios hasta nietos y biznietos. Moralmente, Tamayo afirmó que perduraría la dinámica cultural, la práctica de la voluntad y la genuinidad de las intenciones y acciones indias³⁰. En suma, la *persistencia* sería el rasgo positivo individual y colectivo de una poderosa afirmación y conservación de la energía racial, concluyéndose que el destino biológico de las razas sería invariablemente que unas “reinen” sobre otras: la más *fuerte* (la raza india, por supuesto) sobre las más *débiles*³¹ (mestizos y blancos).

La segunda característica de la superioridad de la raza india sería su *resistencia*. Se trata de la impermeabilidad cultural que replegaría el alma del indio como individuo y como colectividad repeliendo lo de afuera. Al respecto, Tamayo afirmó que en las modestas ocupaciones del indio desplegaría invariablemente sus hábitos de consumo frugal, de persona que se basta a sí misma y de quien ayuda a los demás, produciendo todo para la nación. Es decir, su inquebrantable moral y su salud espléndida permitirían que el indio esté libre de enfermedades europeas, pese inclusive a la falta de atención del Estado para prevenir enfermedades con vacunas³².

Que el indio sea *persistente* respecto a sí mismo y *resistente* respecto al entorno y los demás; suponer que existan leyes históricas y biológicas que sustenten la acción de enfrentamiento realzando la preeminencia de rasgos físicos y morales entre las razas; en fin, ver una como “superior” gracias a su energía frente a otras “inferiores”, evidencia la filosofía de Tamayo como claramente *racista*. Peor aún, que estas especulaciones se orienten a definir el “carácter nacional” como eminentemente indio, determinando toda *política educativa* y fundamentando el *porvenir* del país gracias al posible despliegue de la raza india; hace de la *filosofía de la energía* el pensamiento potencialmente instigador del resentimiento, el revanchismo, el odio y las acciones violentas concomitantes en una *guerra de razas*.

En suma, pese al desarrollo conceptual o a la inspiración poética, sería desproporcionado suponer que, por ejemplo, exista una *metafísica* original en la obra de Tamayo. Insistir en algunos conceptos racistas no implica inferencia lógica alguna que motive reflexionar sobre el Ser. En lugar de cualquier esfuerzo deductivo sobre los contenidos metafísicos profundos que siguen agujijoneando las mentes más brillantes de la humanidad, el pensamiento del hacendado de Yaurichambi e inclusive la verbalización poética de su obra, tienen como última referencia a su madre y a su identidad escindida forjada como indio. Como señala Enrique Ipiña, al verse don Franz en el espejo, aparecía el aymara neto con toda la carga de resentimiento ante la raza blanca y los españoles de quienes no tenía rasgo alguno. Tal vez para edulcorar su propia situación, creó

²⁷ *La filosofía en Bolivia*, p. 229.

²⁸ *Creación de la pedagogía nacional*, Cap. XLIX, p. 169.

²⁹ Ídem. Cap. XLVIII, pp. 166-7.

³⁰ Ídem. Cap. XLIX, p.170

³¹ Ídem. Cap. XLVIII, p. 167.

³² *Creación de la pedagogía nacional*, Cap. XXXV, pp. 118-9.

el mito de que la educación de los aymaras podría orientar la energía racial superior para conducir al país hacia el florecimiento y el progreso, cultivando valores y cualidades. Aquí radicaría solo en ciernes una metafísica rudimentaria.

INFLUENCIA FILOSÓFICA DE TAMAYO

Hugo Celso Felipe Mansilla señala que, como el mismo Franz Tamayo lo indicara, existe en la *Creación de la pedagogía nacional*, al menos en germen, cierta “filosofía de la historia boliviana” en la que se encontraría a la luz de la sistematización teórica actual, tanto aspectos progresistas como regresivos, en lo concerniente a la construcción colectiva de la conciencia nacional para una realidad compleja y plural como la boliviana³³.

Como otros pensadores de la primera mitad del siglo XX, Tamayo supuso un esencialismo telúrico especulativo que sobrevaloraba en exceso las nociones de tierra y raza, a las que otorgaba rasgos permanentes e indelebles. En esta concepción, la lengua indígena se habría refugiado en un “castillo de piedra” impenetrable y enigmático, en tanto que el indio hablaría solamente a sí mismo y a sus congéneres étnicos, extraña y solitariamente, reconcentrado sobre sí y amurallado en su geografía, fiel a su tradición terca y firme con una comprensión recta, directa y sana de los fenómenos.

Que la visión de Tamayo fuese maniquea y simplista se confirma con la argumentación que visualiza a la colonia española y a la república no solamente como la confluencia de elementos de carácter negativo. Tampoco es dable reducir a los indígenas a la encarnación de un cúmulo de virtudes que embellecerían el mundo prehispánico exaltando los valores aborígenes. Asimismo, minimizar el enfrentamiento social al que se generaría entre pobres y ricos resulta estéril. En suma, en cuanto Tamayo banaliza la realidad y su “filosofía de la historia boliviana” dibuja un horizonte con la raza india como fundamento y figura central³⁴, pergeña una ideología clásica con impronta reduccionista. Por estas características es comprensible también que tales contenidos, independientemente de las intenciones del autor, habrían tenido hasta hoy una amplia valoración e inclusive impacto en distintos estratos sociales y estamentos culturales del país.

Tamayo no propuso jamás reforma agraria alguna, ni siquiera tuvo en ciernes programa revolucionario alguno que favoreciera a los indígenas. Solo cantó sus glorias idealizadas dejando deslizar sus prerrogativas intelectuales, políticas y étnicas como indio. Hugo Celso Felipe Mansilla, anota finalmente, que después de más de un siglo, los aymaras modernos, los exitosos colonizadores, comerciantes y políticos, aparecen como personas o grupos que apenas velan por sus propios intereses, utilizando los valores ancestrales, las esencias telúricas y las identidades esencialistas como propaganda política para atraer a los incautos y para manipular a masas de ignorantes.

De ningún modo, que Tamayo haya detestado el mestizaje y la aculturación, que haya repelido el intercambio y la adopción de ideas, bienes y costumbres para el desarrollo de la interculturalidad, justifica que esté exento a la crítica. Su pensamiento filosófico debería ser juzgado como contrario al modelo civilizatorio y como una vía expedita que conduce tarde o temprano al precipicio del estancamiento y la decadencia.

³³ Prólogo al libro de mi autoría, *La educación del indio en el pensamiento filosófico de Franz Tamayo*, Página 16. Las referencias al Prólogo son de la página 16 a la 23.

³⁴ Mariano Baptista Gumucio cita un texto de la obra de don Isaac Tamayo Sanjinés, *Habla Melgarejo*, que dice: “El indio, sea que lo encontréis haraposo e inculto, en los campos o en las selvas, sea que lo encontréis en mangas de camisa en los talleres de la ciudad, bajo el nombre de artesano, sea que lo admiréis en el bufete del abogado, en el escritorio del banquero, en el mostrador del comerciante, o en las oficinas de la administración, es el mismo indio que construyó Tiahuanacu, el mismo que formó la más rica, la más noble, la más expresiva, la más portentosa lengua, el aymara, lengua madre de todas las lenguas vivas y muertas”. Cfr. “Prólogo” a *Franz Tamayo: Obra escogida*, p. XI.

SEGUNDO ENSAYO

POESÍA E HISTORIA EN FRANZ TAMAYO

En el presente texto analizo cómo Franz Tamayo, desde muy joven puso en evidencia su sensibilidad y calidad poética al componer varios versos en su temprana publicación de 1898, *Odas, verso y prosa*; como también lo hizo casi tres décadas y media después, en 1932, en *Scherzos*. Pero, no se trata de crítica literaria alguna, sino de puntualizaciones filosóficas sobre el impacto de su poesía en la visión recurrente de determinadas ideologías todavía presentes hoy día. Son apreciaciones sobre las ideas y las valoraciones recurrentes acerca del mundo prehispánico, del sinsentido de la conquista y del desprecio por España. Sostengo que se trata de una poesía de ingenuidad, cuyo plectro deforma las visiones comprensivas de la realidad y que, longitudinalmente, aún hoy se encuentra en la base de las representaciones y el imaginario colectivo de amplios sectores sociales subalternos.

Dado que es parte de mi interés intelectual sistematizar la filosofía de Franz Tamayo, permítanme en primer lugar, hacer referencia a las posibles relaciones que se establecen entre el pensamiento filosófico y la creación poética. Al respecto, es sin duda conocida la posición de Platón: Sócrates como interlocutor de varios diálogos platónicos sostiene que prefiere alejarse de los poetas porque si bien expresan bellas construcciones, no las comprenden, no las reflexionan siendo apenas bastimentos lingüísticos fruto de la inspiración y no del pensamiento; es decir, como otras artes, la poesía sería mera realización del entusiasmo —esto es de la posibilidad de parecerse con los dioses— similar a la actividad que se advertiría en adivinos y profetas¹.

Considerando someramente la teoría de las ideas de Platón, existen varios pasajes de *La República* que muestran la desvaloración del filósofo ateniense por quienes crearían solo sombras en este mundo que ya es de apariencias. Los poetas no ayudarían a la adecuada formación de la juventud porque no ofrecerían visiones esenciales para entender las cosas, dispersarían el intelecto y fomentarían concepciones falsas, ficticias e imaginativas de la realidad. Sócrates como interlocutor en un pasaje de *La República* expresa enfáticamente:

- ...debemos supervisar a los forjadores de mitos, y admitirlos cuando estén bien hechos y rechazarlos en caso contrario (...)
- Aquellos que nos cuentan Hesíodo y Homero, y también otros poetas pues son ellos quienes han compuesto los falsos mitos que se han narrado y aún se narran a los hombres (...)
- Lo que en primer lugar hay que censurar... es sobre todo el caso de las mentiras innobles².

Sin embargo, Platón emplea también los mitos y las alegorías como imágenes metafóricas para expresar profundos contenidos de su propio pensamiento filosófico. Respecto del mundo de las ideas, tanto su metafísica como su epistemología; tanto su ética, como su filosofía política y el

¹ *Apología de Sócrates*, Platón. En *Diálogos*, 22b-22c, p. 156.

² *La República*, Platón. En *Diálogos*, 377e, pp. 135-6.

conjunto de su sistema, están directa o indirectamente relacionados con los mitos, con narraciones fantásticas, cuentos e imágenes alegóricas; es decir, son parte en sentido amplio, de una creación *poética* original válida por sí misma para transmitir contenidos abstractos de la mayor importancia³.

Al ser “forjador de mitos”, Platón no solo muestra que los valoró, sino que descubrió en las imágenes intensas, subjetivas, cómplices y cálidamente emocionales, convenientes vehículos para presentar *historias* “verdaderas”; se trata de contenidos sustantivos que solo con la imaginación y la alegoría sería posible concebirlos en su más abisal profundidad y extendidas consecuencias.

Por lo demás, que Ernst Cassirer haya mostrado que Platón reuniera sistemáticamente los componentes conceptuales elaborados antes que él, que ofreciera una visión racional plerónica, articulada y completa develando la esencia de las cosas; es decir, que haya cultivado el pensamiento *filosófico*⁴; no implica por necesidad que carezca de *ποίησις* (*poiesis*) es decir, no implica que el pensamiento racional no contenga alguna creatividad, eventualmente poética.

En Platón mismo y en todo vate cuya musa de inspiración sean los acontecimientos del pasado a los que les diese alguna vivencia histórica emotiva; es posible visualizar elementos que serían el primer alimento de la filosofía y de la cultura; sin que se tenga que concebirlos como un lastre de la razón. De esta manera en los pensadores presocráticos de la Grecia antigua, en medio de insistentes imágenes míticas, creaciones poéticas, recurrencias emblemáticas y prácticas simbólicas diversas, entre bullentes estilos analógicos, metafóricos, evocativos, referenciales, místicos, elocuentes y artísticos; surgiría la *filosofía*. Así, descubro en Franz Tamayo una brillante filosofía propia, latente de pensamiento abstracto; un sistema que crece robusteciéndose y adquiriendo madurez desde las primeras expresiones poéticas que manifestó.

No es propósito de este texto evaluar el valor pedagógico de la poesía de Tamayo siendo muy joven y cuando contaba más de medio siglo de edad; tampoco pretendo evaluar su relevancia didáctica para formar a la juventud boliviana. Sin embargo, ha sido inevitable para mí, verter interpretaciones sobre el impacto de sus ideas en la ideología y el imaginario colectivo todavía hoy operante en la cultura boliviana.

Contando solamente 19 años, Tamayo dio gran ímpetu a la visión romántica y excelsa que idealiza y, por lo tanto, deforma los hechos del pasado. El poeta cantó el esplendor de los palacios incaicos que subrepticamente habrían sido quebrantados y destruidos por la vorágine hispánica. Deja advertir su pesar por el oprobio que España habría vertido sobre la libertad sagrada de los incas precipitando la caída del Cusco a la que llamó “augusta ciudad del Sol”. El bardo paceño se otorgó una licencia poética absolutamente legítima: el mundo conquistado de América y particularmente del Perú sería dicotómico, presentando, por una parte, nobles aborígenes y, por otra, despreciables invasores. Víctimas del infortunio en una mano y perpetradores del mal en la otra, mostraría que se habría cercenado abruptamente el camino de la gloria que comenzaron a transitar los pueblos prehispánicos con los incas como arquetipo.

Pero, el poeta presenta la magnificencia de los monumentos incaicos sin siquiera sugerir que fueron producto del trabajo obligatorio impuesto indefinidamente a un tercio de la población por un sistema político despótico forzoso: la *mita*. Turno tanto para la construcción de caminos, palacios y ciudades como para servicios personales y para la explotación de las minas que reportaban riquezas ingentes destinadas al deleite del Inca, sus parientes y allegados.

En la hipérbole poética tamayana desaparecen los centros ceremoniales como lo que también fueron: receptáculos de sacrificios humanos que, en el caso extremo de la *capacocha*, tuvieron a

³ Véase de Josef Pieper, *Sobre los mitos platónicos*, pp. 13 ss.

⁴ Véase *El mito del Estado*, p. 64.

centenares de niños como víctimas propiciatorias. Tampoco la poesía del vate deja entrever que el costo de palacios y de las fortalezas haya sido posible solamente por la destrucción cultural de pueblos íntegros ocasionada por el *mitimayazgo* gestionado gracias a la migración masiva coaccionada; sin que tampoco sugiera ni siquiera la existencia del *yanaconazgo* —es decir, de la servidumbre forzosa en beneficio de la nobleza inca—. Estas carencias lamentables deforman la imagen histórica de los pueblos prehispánicos, evidenciándose tales ausencias como una necesidad ineludible para crear cualquier cuadro idílico. Canta el poeta:

Diga yo cuales fueron los regios monumentos,
de tus soberbias plazas, del arte honra y blasón
morada de los dioses, ciudad cuyos cimientos
fueron lechos de plata, vetas de oro en filón.

Allí fueron palacios, templos y fortalezas,
divinos santuarios y alcázar imperial.
Torres que entre las nubes hundían las cabezas,
¡mientras la raíz clavaban al tártaro eternal.

Murallas de granito, artesones y ojivas,
selvajes y jardines de oro y rosicler;
imágenes y estatuas de reyes y de divas,
¡símbolos misteriosos de gloria o de placer!

Pórticos, atrios, muros, sombría columnata,
dó marcaron sus glorias el cincel y el buril;
frontis que se adornaron de armiño y escarlata,
de esmeralda y topacio, de azur y de marfil⁵.

Cabe preguntarse el efecto ideológico y social que expresiones poéticas como la precedente darían ha lugar. Es presumible esperar que quienes se sientan identificados étnicamente con cualquier pueblo indígena, no necesariamente el quechua; pierdan de vista las relaciones efectivas que se dieron en el interior de las culturas y entre los pueblos prehispánicos. Pareciera que, con el propósito de no evidenciar viejas huellas de dominio, subsidiariedad y sometimiento interétnico, pareciera que con la finalidad de ocultar los deplorables factores de constitución de la estructura social, política y económica inca es mejor callar. Así, la poesía que no mienta las condiciones reales de la vida socioeconómica, la poesía que idealiza un solo factor de la falsa y absoluta dicotomía auto-validada; aplastaría el espíritu crítico, motivaría a reproducir *clichés* sin sustento histórico y promovería actitudes destinadas a reproducir los efectos deplorables de una visión despótica y autócrata.

El relato idílico de los incas sueña con gobiernos magnánimos y civilizatorios que habrían ofrecido leyes sabias, que habrían consumado conquistas gloriosas sin dejar de ser piadosos, y que enseñarían a trabajar a un pueblo laborioso y alegre con paternas motivaciones para la fruición colectiva. Que los incas hayan aplastado las costumbres de las colectividades sometidas, impuesto su religión y su lengua, fijando tributos indefinidamente, permanece en la sombra del silencio para la expresión idílica. Tampoco Tamayo critica las prerrogativas de los *hatunrunas*, por ejemplo, respecto a sus “derechos exclusivos” de tener varias mujeres, ostentar adornos preciosos y vestir lujosamente, gozar de servidumbre personal, vivir en palacios y recibir educación militar.

La consecuencia ulterior es el fomento fácil de una variedad amplia de chauvinismo étnico, atribuyendo por ejemplo al “destino”, que la *raza* ibérica invariablemente esclavizaría a América imponiéndole un yugo infame. Resulta palmario que la sociedad imaginada de felicidad perpetua que nunca existió, habría sido sorpresiva y dramáticamente dañada por la irrupción ibérica. Canta el poeta la profecía de Hayna Capac:

⁵ Véase *Odas, verso y prosa*. “La ciudad del Sol” de 1895, pp. 27-8.

Reclinado el monarca soberano
en áurco lecho de vicuña y grana,
y débil ya la vencedora mano;
juzgando el día de su fin cercano
así hablaba a la turba cortesana:

*Pueblo nunca vencido
que con mi alma he querido;
cuelga en mi frente, viva todavía,
la roja borla del poder emblema.
Antes de verme por la muerte fría
en las regiones del eterno día
oíd mi voluntad, mi voz suprema.
Leyes mi mano os dio y al par grandeza.*

*Doquiera vuestra planta vencedora
llevó la piedad junto a la fiereza;
y esta borla que pende en mi cabeza
fue un sol de gloria en perpetua aurora.*

*Mas oíd: allá, hacia oriente,
donde nace esplendente
el Sol, mi padre y vuestro Dios sagrado,
vive una raza poderosa y brava.
Escrito está: su brazo no domado
pondrá a su planta nuestro cetro hollado
¡y un yugo infame a vuestra frente esclava!⁶.*

Aparte de que es inverosímil de que la mano de Huayna Capac haya dado leyes a su pueblo debido a que los incas no conocieron la escritura, se advierte una alabanza inveterada a la sociedad de los incas. La visión romántica de Tamayo, muy joven sin duda, concibe que la teocracia que encumbraba al Inca por encima de la aristocracia subalterna inmediata —los “orejones”— justificaba en última instancia, que el poder de su linaje se fundase en el derecho divino y natural. Para la sensibilidad poética del pensador, el Inca no podía ser un déspota despiadado que sometía y destruía pueblos íntegros. El propósito de presentar el mundo prehispánico en un inequívoco cuadro claroscuro contrastado con la conquista de España, implicaba idealizar al Inca como un soberano benevolente y bienhechor, garante de la paz; un dios entre los hombres que organizaría y controlaría el trabajo, el comercio y los bienes, con el derecho inequívoco de que lo más precioso y sagrado del imperio —los adornos de oro— sean de *su* exclusiva potestad.

Pero, cuando lo disponía, el Inca aplicaba el *mitimayazgo*, consistente en trasladar a pueblos enteros a territorios distintos de su origen. Los emigrantes se dispersaban, después de su derrota militar no continuaban ninguna forma de resistencia al imperio y sus peculiaridades eran abatidas, no solo por la imposición cultural quechua, sino por el contacto con los resabios de otros pueblos ya sometidos. Tamayo ha contribuido a forjar la fábula del Inca como un soberano con linaje superior y divino, reconocido y admirado por los súbditos y cuya sabiduría estaría implícita en sus decisiones siempre asumidas como el orden cósmico sancionado por los dioses.

Pareciera que el poeta no podía concebir que las relaciones de poder que los incas ejercieron; por ejemplo, sobre los señoríos aymaras del Collasuyo, fueron cabalmente, relaciones opresivas y feroces con dominio político y militar, incluyendo imposiciones tributarias de productos y servicios personales. Para completar el cuadro dicotómico del maniqueísmo tamayano, se advierte que el poeta cantó en sus *Scherzos* que el destino de los europeos implicaba descubrir el “mágico imperio” del Nuevo Mundo:

⁶ *Odas, verso y prosa*, “La profecía de Huaina-Capac” escrita en 1896, pp. 18-9.

A humanizar la piedra
fue el hombre nuevo.
El neomundo es un huevo
que al diablo arredra.
Allí en misterio
lo imposible es posible,
mágico imperio⁷.

Ciertamente, el plectro poético del vate estaba exento de concebir y referir, por ejemplo, la ocupación militar que los incas realizaron del Tahuantinsuyo con ferocidad bélica. Así, Tamayo contribuyó a forjar un imaginario étnico que sin crítica alguna asume al Inca y a la Coya como sabios y benévolos descendientes del Sol y de la Luna, héroes epónimos de esencia divina incuestionable; herederos de los dioses cosmológicos emparentados con Wiracocha, el Mar y la Tierra; y para quienes los abundantes tributos en trabajo y especie que colectaba el imperio eran ofrendas naturales *para* los dioses.

¿Es posible demandar un mínimo de sentido común y de visión política realista al plectro poético? Al parecer, en el caso del bardo paceño, no. Más, si su inspiración forjaría un imaginario colectivo romántico étnicamente vindicativo que forja el auto-convencimiento y la propaganda de un mundo caprichoso que nunca existió. Por otra parte, que las vírgenes consagradas del harén del Inca, los artesanos talentosos exclusivos para las elites o los trabajadores para la comunicación, la vertebración y el transporte hayan creído que servir a los poderosos haya sido un *honor*, no deja de ser un alegato *a posteriori* que no repara en que la propaganda —que sin duda existió— fue una justificación ideológica del orden político opresivo que valida cualesquier formas de coerción extra-económica.

Los excesos ideológicos de Tamayo, por otra parte, se inscriben en una larga lista de autores que desplegaron una visión *utópica* de los pueblos prehispánicos y, particularmente, de los incas. Además de Bartolomé de las Casas en México en el siglo XVI, por ejemplo, a inicios del siglo XVII, destaca el Inca Garcilaso de la Vega que sobrevaloró en extremo la organización política, social y cultural de los incas⁸. Así es comprensible que dicho cronista ofrezca una fuente etnohistórica relevante a Tamayo que lo cita varias veces en las “Notas” de su obra temprana *Odas*.

Por su parte, el cacique Guamán Poma de Ayala también sobrevaloró en extremo a los pueblos prehispánicos, particularmente a los señoríos locales del Collasuyo aun en detrimento del imperio incaico. Finalmente, cabe remarcarse que tanto Garcilaso de la Vega como Poma de Ayala asociaron las culturas prehispánicas con el Paitití, pintándolo imaginariamente como un espacio simbólico de refugio para los indios que debían hacer frente a la vorágine ibérica; es decir, un paraíso selvático sin explotación y un habitáculo dorado sin sometimiento. Así surgió la “utopía andina”.

Desde el *locus* utópico, consecuente con las concomitancias ideológicas respectivas, Franz Tamayo cantó la exuberancia de la riqueza americana comparándola con oasis de ensueño y sociedades idílicas. Su sensibilidad representa la continuación de una larga tradición de pensamiento utópico donde no extraña la existencia de cualquier hipérbole referida al escenario natural, la cultura material, los procesos históricos o la filosofía esencialista y étnica expresada por pensadores y poetas. Lo preocupante ante esto surge cuando dichas hipérboles son asumidas como aseveraciones verdaderas o como expresiones esenciales de carácter absoluto. Canta el poeta:

⁷ Scherzos. *Fatum*, estrofa 76 de “Scherzo sinfónico”, p. 269.

⁸ Véase la obra de 1609, *Comentarios reales de los incas*, pp. 174 ss.

En minas de diamante
y ríos de oro,
amasó su tesoro
el rey atlante.
En sangre hespérica
lo que sorbió el océano
!devuelve América!⁹.

Guillermo Francovich ha estudiado varios mitos de Bolivia, entre los que destaca el viejo y enraizado prejuicio de la ingente riqueza natural de América y de Bolivia. Tamayo reiteraría tal presunción que se remonta al imaginario del conquistador ibérico, por ejemplo, en torno al mito de El Dorado¹⁰. Al respecto, dos estrofas de *Scherzos* cantan:

La fábula no miente,
y yo he tocado
más real que lo presente
¡ese Eldorado!
Al pecho ávido
allí el cáliz florido
¡y el fruto grávido!

No mintió allí la fábula,
fama de rábula,
ni los dioses matreros
fueron fulleros.
Canes y Oriones
velan sobre Eldorado
¡de corazones!¹¹.

Según Francovich, los mitos profundos expresarían actitudes vitales, vivencias subjetivas compartidas y certidumbres sagradas de fácil reproducción; además, estarían exentos a la crítica racional e influirían sobre el pensamiento y el comportamiento colectivo¹². En suma, la versión idílica de Franz Tamayo habría contribuido a fortalecer el mito de la ingente riqueza americana.

Más acá de las modernas interpretaciones económicas que refieren la “maldición de los recursos naturales”, el imaginario colectivo, por ejemplo, respecto del Cerro Rico de Potosí y los paradisiacos e ignotos entornos de La Florida, conjetura riquezas económicas y naturales ingentes e incomparables con cualquier otro lugar del planeta.

Es decir, complementaria a la visualización idealista de los incas, Tamayo expresa una concepción romántica del paisaje como escenario *natural* de una supuesta existencia social excepcional. Relacionado con esto se hace evidente no solamente un complemento escenográfico de su vena poética, sino la fuerza filosófica pétreo de la llamada “mística de la tierra”. Canta el poeta:

Floridas y Eldorados,
¡oasis soñados!
Aquí lo real zahareño
¡es más que sueño!
Floran abriles
so la eterna galaxia
¡bienes a miles!¹³.

En la obra *Scherzos* publicada en 1932, el bardo paceño completa su sensibilidad del paisaje altiplánico con una profunda visión de la tierra como habitáculo del indio, concibiendo a este como intrínsecamente unido en su ser y pensamiento, a las montañas:

Dintorno cordiforme
¡del virgen suelo!
Dio en horóscopo el cielo.
rúbrica enorme.
Délfico y pindio
será el compás de Apolo
¡en puño indio!¹⁴.

El alma de estos montes
se hace hombre y piensa.
Tramonta un ansia inmensa
los horizontes,
y en luz huraña
más de una sien transflora
¡una montaña!¹⁵.

⁹ *Scherzos*. Estrofa 105 de “Scherzo sinfónico”: *Atlas*, p. 279.

¹⁰ Véase *Los mitos profundos de Bolivia*, pp. 75 ss.

¹¹ Se trata, respectivamente, de las estrofas 116 y 10 de “Scherzo sinfónico”. Ambas titulan *Eldorado*, pp. 283 y 246.

¹² *Los mitos profundos de Bolivia*, p. 6.

¹³ *Scherzos*. estrofa 72 de “Scherzo sinfónico”: *Magna parens*, p. 268.

¹⁴ *Scherzos*. estrofa 55 de “Scherzo sinfónico”: *Signum vitæ* (“Signo de vida”) p. 262.

¹⁵ Ídem, *Metangismo*, estrofa 88 de “Scherzo sinfónico”, p. 273.

Como argumenta el destacado estudioso sucrense, Guillermo Francovich, una tendencia importante del pensamiento filosófico boliviano en el siglo XX fue la “mística de la tierra”, donde incluye a Franz Tamayo. Además de las frecuentes referencias de la *Creación de la pedagogía nacional* que dan consistencia teórica a dicha *mística*, especialmente en la obra poética madura del poeta se advierten similares contenidos:

Es el Sol, dios y padre. A él se rinde bajo el azul sin linde la Tierra Madre. Como a su centro va a él la raza porque ¡lo lleva dentro! ¹⁶ .	Sabanas como mares qu'hinchen sin velos almas como pleamares ¡de altos anhelos! Sacro y materno ese suelo es promesa ¡del hombre eterno! ¹⁷ .
--	--

Como se advirtió recurrentemente en pensadores de la primera mitad del siglo XX, la “mística de la tierra” de Tamayo supone un esencialismo telúrico. Tal tendencia, en general, asume la existencia de rasgos permanentes e indelebles influidos por la tierra, impenetrables por el devenir histórico y que caracterizarían a la población de indios. Para Francovich, el paisaje y lo telúrico específicamente, tendrían alguna forma de espíritu poderoso que obraría “sobre el hombre creando formas de vida individuales y sociales”¹⁸. Por su parte, Marvin Sandi, que fuera un filósofo boliviano desaparecido tempranamente, afirmó que el hombre andino tendría una actitud metafísica ante el ser que le obligaría a callar. A diferencia del hombre occidental, siempre ocupado en hacer algo, utilizando y transformando la naturaleza; la existencia del hombre andino aprehendería el enigma del ser siendo uno con él plenamente en su mundo de *silencio*¹⁹.

En la *Creación de la pedagogía nacional* se encuentra una cantidad considerable de citas que permiten a Francovich interpretar cómo Tamayo desarrolló la “mística de la tierra”. Expresiones como que “la tierra se estudia en la raza”, que la tierra constituiría al hombre y que no sería solamente “el polvo que se huella, sino el aire que se respira y el círculo físico en que se vive”²⁰, evidencian el pensamiento telúrico del insigne intelectual paceño.

La *raza* del indio mostraría, según Tamayo, *persistencia* y *resistencia* propias. El medio telúrico habría moldeado la raza indígena como superior a la blanca, formando el cuerpo del indio y forjando sus virtudes morales e intelectuales. Sería una raza enérgica y fuerte, *superior* en el tiempo y la historia, persistente respecto de sí misma y resistente del contexto y de los demás.

La perseverancia histórica de la raza india estaría expresada en la unión perenne de su alma al ser de las montañas inexpugnables levantadas alrededor del Altiplano, forjando su carácter frugal y lacónico; su radiante energía física y sus magníficas condiciones morales, pese a las escasas aptitudes filosóficas y políticas que le caracterizarían. El indio defendería una idealizada identidad incommovible, su libertad para erigir normas y su obligación para cumplirlas. Sería un guardián de sus costumbres, métodos, tradiciones, lengua y dieta, constituyéndose pese a la hostilidad histórica, en dueño y señor de sí mismo. Persistiría como raza poderosa, superior física y moralmente. Tendría una persistencia morfológica y corporal evidenciada en la supremacía del cruzamiento. Moralmente, el indio promovería que perdure la práctica de su voluntad y la genuinidad de sus intenciones y acciones, permitiendo la persistencia de una poderosa afirmación cultural y la conservación de la energía racial propia.

¹⁶ Scherzos, estrofa 90 de “Scherzo sinfónico”: *Willka*, p. 274.

¹⁷ Ídem, estrofa 47, *Gaia*, p. 259.

¹⁸ *La filosofía en Bolivia*, pp. 227 ss.

¹⁹ Cfr. *Meditaciones del enigma*, 1966, pp. 10 ss.

²⁰ Cfr. *Creación de la pedagogía nacional*, Cap. XLIII, p. 82. En *Franz Tamayo: Obra escogida*, pp. 3-107.

Para Tamayo, gracias a que compartiría su lengua plenamente solo con sus congéneres étnicos, el indio se habría refugiado en un “castillo de piedra”, impenetrable y enigmático. Habría cultivado un alma grande y asombrosa, extraña y solitaria, reconcentrada sobre sí misma y amurallada por la geografía. Se trataría del rasgo cultural de la *persistencia* de la raza: fiel a su tradición, terca y firme, poseedora de una inteligencia específica capaz de brindar una comprensión recta, directa y sana de los fenómenos. Complementada por las virtudes ancestrales de sobriedad, paciencia y trabajo; la visión del pensador paceño concibe el yo interior del indio como hermético, fuente distante del misterio, pero también como un ser previsor capaz de domeñar la naturaleza de una forma genuina.

Respecto de la *resistencia* de la raza india, se trataría de lo que la haría culturalmente compacto: su alma se replegaría sin asimilar lo exógeno. Los indios, sean mineros, labradores, viajeros de a pie, albañiles, zapadores militares o sean soldados de encomiables hábitos de sobriedad, se bastarían a sí mismos. Ellos habrían producido todo para la nación, ostentando una moral y una salud corporal inquebrantables, diez veces superior a la moral y la salud del blanco²¹.

Siendo muy joven, Franz Tamayo cantó la culpa de España destruyendo la magnificencia andina, condenó al país ibérico por conculcar la *libertad* incaica y por hollar la majestad de una sociedad pletórica de grandeza. Escribe el bardo su séptima oda, *A España*:

¡La América! Su nombre debía ser tu gloria,
su grandeza la tuya, tuyo su porvenir.
Su historia de gigante debía ser tu historia,
y junto a ella, (otra reina), ¡debías tú vivir! (...)
La patria de Atahuallpa te impreca por mi boca,
¿qué hiciste de sus tronos, qué de su majestad?
Embriagada de triunfos y de victorias loca,
¿qué hiciste de ese mundo, qué de su libertad? (...)

Sus tronos en cenizas, sus ciudades en ruinas,
sus glorias en olvido y en su pecho un puñal;
como una tempestad sobre un bosque de encinas.
¡Tal pasaste sobre ella, cruel, feroz, fatal! (...)
Donde hallaste un palacio dejaste tú un sepulcro;
donde encontraste glorias dejaste esclavitud.
No le valió a la virgen ni su semblante pulcro,
¡ni al guerrero el valor, ni al viejo la virtud! (...)

¡Víctima inmensa! España, la inmolaste en tres siglos,
Si los muertos surgieran a correr de ti en pos,
apenas te dijera la tropa de vestiglos:
¡La gloria te cobija; más te rechaza Dios! (...)

Si es su musa un espectro jamás será un demonio;
ese espectro es la patria; ¡sus duelos legó-nos!
¡Oh! España, escucha el eco del triste patrimonio:
¡La gloria te proclama; más te maldice Dios!²².

El joven Franz Tamayo cantó la maldición de Dios a España por aplastar la gloria incaica y por reducir magníficos tronos a cenizas y ciudades espléndidas a ruinas. Canta el poeta que la crueldad, ferocidad y fatalidad del artero puñal ibero de la conquista, violó, sojuzgó, sometió y depravó. España habría destruido militar, económica y culturalmente todo vestigio anterior, haciendo del mundo andino la víctima secular que no sería capaz de superar el estupor y las consecuencias después del alarido y el pavor que le ocasionó la conquista. Canta el poeta paceño:

²¹ Véase la *Creación de la pedagogía nacional*. Cap. XXXV, pp. 118-9.

²² *Odas, verso y prosa*, pp. 58 ss. La composición lírica es de 1896.

Cuando el puñal ibero
 l'hubo transido,
 ese mundo agorero
 ¡dio un alarido!
 Después, papura,
 y un estupor de siglos
 ¡que aun dura, aun dura!²³

Más aún, Tamayo sintió que el origen de los peores males americanos tendría procedencia ibérica. En sus *Proverbios* de 1924 escribió: “La decadencia prematura de la América española viene de indisciplina. La América indígena no la afectaba, ya que pudo edificar los imperios más regulares. La indisciplina es pues de origen español”²⁴. Es decir, la visión idílica del mundo prehispánico responsabiliza a España de los males y vicios de América.

Un cuarto de siglo antes, el vate paceño contando solo 19 años, publicó *Odas* expresando con contundencia su visión maniquea respecto de lo ibérico e indio. La oda titulada: “El apostolado”, es un encomio continuo de fray Bartolomé de las Casas, quien habría sido un español excepcional, hombre grande y celestial, profeta del infortunio, consolador del martirio de los indios y voz acusadora de los crímenes ibéricos dando incansable esperanza del cielo. En 1896 el poeta cantó su novena oda dedicada al fraile dominico:

En nombre de mi Dios, hermanos míos,
 vengo a deciros que os espera el cielo.
 Yo he clamado sin tregua a los impíos
 por vos, y ahora los acentos míos
 vienen también a hablaros de consuelo.
 ¡Oh! que fuera de España
 si a su terrible saña
 no escudara la cruz! En nombre de ella
 ¡aceptad resignados el martirio!
 Clavada en los cadalsos es más bella;
 y una perpetua claridad destella
 ¡salpicada de sangre como un lirio!²⁵

En este caso, la relación de los hechos históricos con el plectro lírico privilegia el énfasis que el obispo de Chiapas habría motivado, dando consuelo a los indios y orientándolos a la resignación. Aunque la oda de Tamayo alaba el combate de las Casas a la maldad ibérica, no realza que el fraile denunció la conquista como “injusta”, que trató de suprimir la encomienda, que intentó una evangelización pacífica y que entre sus logros se cuentan las leyes que gestionó limitando el abuso de los indios. Tampoco la poesía mienta que el cura dominico cuestionó la Bula papal de 1493 otorgada por Alejandro VI a los reyes católicos autorizándoles a conquistar nuevas tierras; y que llevó labradores españoles al Nuevo Mundo para que “enseñaran” a los indios a cultivar la tierra y para que les mostraran cómo deberían vivir “en policía”²⁶.

El poeta paceño no aprecia que Bartolomé de las Casas argumentara teológicamente a favor de los derechos de los americanos sustentando que los indios eran seres humanos con razón y alma; quedando implícita la defensa de los naturales como personas de altas virtudes superiores a los españoles²⁷. Sin embargo, es posible asumir que la suposición de las Casas sobre la superioridad de los indios haya influido ideológicamente sobre Tamayo; tanto en lo referido a la profecía del

²³ *Scherzos*. La estrofa señalada como N° 103 del “Scherzo sinfónico” titula *Stupet*, p. 279.

²⁴ *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*. Segundo grupo de fascículos de 1924. Cfr. la compilación de Mariano Baptista Gumucio *Franz Tamayo: Obra escogida*, p. 176.

²⁵ Véase el texto de Tamayo publicado en 1898 *Odas, verso y prosa*, pp. 72 ss.

²⁶ Cfr. de Lewis Hanke, *La lucha por la justicia en la conquista de América*, pp. 38 ss. También véase la selección de textos de Bartolomé de las Casas en *Obra indigenista*.

²⁷ Ídem, pp. 27 ss. Acerca de las opiniones políticas de las Casas, véanse las pp. 383 ss.

dominico sobre la ruina de España por la destrucción cultural, cuanto por el pecado mortal que habrían cometido los conquistadores dada su ambición criminal.

Presumiblemente, que las Casas haya denunciado que la evangelización pacífica y civilizatoria no se realizó y que prevaleció el imperativo de intereses económicos y el empeño por ampliar el poder monárquico; haya influido también en que Tamayo pintara la imagen de la conquista y de la colonia temprana con tonos maniqueos. Pero, fue imposible que alguien de una familia latifundista como la de Yauritambo, hubiese recomendado a los pongos de hacienda —como lo hizo las Casas a los indios— que escondieran sus riquezas y que evitasen a toda costa el saqueo y la destrucción cultural.

Cabe, finalmente, referir que en su *oda* de 1896 titulada: “Manco Inca XIII”, Franz Tamayo acentuó su idealización de los incas, afirmando que el último soberano, consciente de la inevitable derrota en la batalla contra los españoles, habría procurado placer en la muerte y el reinicio del tiempo perdido. Aquí, Tamayo alaba que los incas caídos en el combate serían los verdaderos vencedores de la guerra y que el declive histórico representaría, en verdad, un nuevo amanecer. Canta el poeta a Manco Inca XIII:

Entraba a las batallas ignorante de todo;
pues él solo sabía que las iba a perder.
Y buscaba la lid sin esperanza, a modo
de hallar en la muerte un placer.

Así, él enumeraba por triunfos sus derrotas,
y juzgaba, en sus huestes rotas,
a cada muerto un vencedor.
Tal las almas sublimes creen que es, en su delirio,
la muerte un despertar, la gloria un gran martirio
¡y el crepúsculo un gran albor!²⁸.

La lírica de Tamayo hace varias referencias históricas concernientes a Manco Inca XIII, aunque aspectos importantes que tal vez desconocía, no son referidos. Por ejemplo, el poeta sugiere que Manco se coronó gracias al apoyo de los españoles, aunque no menciona que fue tempranamente un rey títere de Francisco Pizarro. El bardo llama al soberano “un león y un titán” ensalzando su grandeza militar, su valentía, su entereza ante la vida atormentada y el deseo de vengar a Atahualpa que lo embargaba; sin embargo, no menciona que Manco defendiera a Huáscar.

Tamayo habla de la última batalla protagonizada por el último inca, encomia poéticamente que el símbolo postrero de Vilcambamba haya liderado varios grupos étnicos y que asestara golpes efectivos a los españoles; aunque no menciona que reinstaurara el culto al Sol ni que dirigió el sitio al Cusco por más de un año. Por otra parte, aunque mienta el infortunio de Manco y canta el dolor de su muerte; no menciona la traición de un súbdito de su misma raza. Así, no existe en la lírica tamayana, la traición campante y recurrente entre los indios, también entre quienes descendieron de Manco Inca XIII, pese a que claudicaron en enfrentarse a los españoles, mostrando complacencia y connivencia con el nuevo mundo colonial que se anunciaba.

En este sentido, en la estrofa de 1932, “El último huayño”, pareciera que el poeta maduro descubrió el destino indio anunciado en el viento altiplánico. Es el destino de que la gloria idealizada del antiguo mundo prehispánico, se habría consumado definitivamente en el último canto lírico:

Guarda la tierra larvas
y el aire giros.
Pasan leves suspiros
y sombras parvas.
Así al destino
canta el último huayño
¡el cierzo andino!²⁹.

²⁸ Véase de Tamayo, *Odas, verso y prosa*, Op. Cit., p. 94.

²⁹ *Scherzos*. estrofa 26 de “Scherzo sinfónico”: *El último huayño*, p. 252.

Los claroscuros de la conquista, las traiciones, las paradojas, las contradicciones y las bajezas humanas —demasiado humanas— deberían evitar apreciaciones maniqueas de la historia. Es lícito como licencia literaria, que el joven Tamayo desde sus 18 años haya expresado una lírica de ingenuo maniqueísmo utópico sobre los procesos; es legítimo que el vate empleara la poesía para expresar sentimientos de identidad americana asumiendo un supuesto deber artístico respecto de los lamentos de los *hermanos* y los *padres* indios, víctimas de la canalla: los verdugos españoles. Es comprensible también que el contenido de la creación poética temprana de Franz Tamayo haya sido ratificado varias veces en su lírica madura, pero también en sus ensayos, epigramas, proverbios, artículos y discursos. Sin embargo, creer que esta *filosofía* exprese la verdad de la historia como enfrentamiento de los *buenos* indios, pobres, sufridos, persistentes y resistentes contra los *malvados* españoles, malévolos, crueles, canallas y feroces; es sin duda un despropósito y un riesgo. Se trata del peligro de convertir a la voz lírica en la palabra que asevere la verdad del pasado y del presente. Que por desconocimiento no se haya explotado la veta lírica de Tamayo para prosaicos fines ideológicos y políticos, no exime a su *filosofía* y a su vasta obra poética del riesgo de inspirar deformaciones históricas.

TERCER ENSAYO

EL PROYECTO NACIONAL DE FRANZ TAMAYO

El presente texto analiza cómo, especialmente en los 55 editoriales de Franz Tamayo publicados en 1910 por *El Diario* y conocidos posteriormente en conjunto como *Creación de la pedagogía nacional*, se encuentra una concepción del escritor paceño de la realidad boliviana y una proyección de su futuro. Es decir, se encuentra con propiedad, el proyecto político *nacional* del pensador.

EL CONTEXTO POLÍTICO DEL LIBERALISMO

En las dos primeras décadas del siglo XX se produjeron hechos sociales, políticos y culturales en Bolivia que tuvieron notable incidencia cambiando el mundo anterior y cuyo impacto se prolongó por largo tiempo. Los veinte años del Partido Liberal consumaron la derrota del conservadurismo, la debacle del poder oligárquico del sur del país, la pérdida del poder de la Iglesia y el cuestionamiento a que se continúe ignorando las contradicciones profundas de la sociedad tradicional. La Revolución Federal concentró el poder en la ciudad de La Paz constituyendo un nuevo núcleo de decisión de la vida nacional, fue la victoria ideológica y política del liberalismo que marcaría el destino del país, influyendo de varias formas sobre los intelectuales de la época, incluido Franz Tamayo.

A fines del siglo XIX, era evidente en Bolivia una ideología liberal con enfoque positivista del hombre, la política y la historia. Sostenía que el Estado debía abandonar la función de vigilante del orden que favorecía a la oligarquía sureña, se separaría de la Iglesia e impulsaría en las ciudades, la libre empresa y la iniciativa privada. El discurso liberal proyectaba un mundo moderno con características específicas: la ilimitada explotación de los recursos naturales y el fortalecimiento de las clases que emergían con poder, permitiéndoles satisfacer sus demandas y sus caprichos europeizados. Pero, en lo que concierne al mundo rural, el orden social debía preservarse sin modificar la estructura creada por la colonia española.

El viejo mundo colonial y conservador creó un país sin manufactura, caminos ni actividades económicas de auto-sustento. Bolivia tenía a inicios del siglo XX, un millón setecientos mil habitantes, de los que el 60% eran indios que vivían en las haciendas en condición de “pongos” (más de un millón de personas), siendo víctimas de un régimen semi-feudal que los explotaba y humillaba. Solo el 7% de la población (120 mil personas) tenía instrucción primaria y la base de sustentación de la oligarquía se daba gracias a la explotación intensiva de la plata, la goma y la castaña, aun en condiciones precarias. Pese a que las clases dominantes del sur fueron desplazadas por la oligarquía paceña emergente, no hubo cambios significativos en la organización del trabajo ni en el uso de la tecnología; siendo recurrente la sobre-explotación de los indios en las minas, antes de plata y después, en los enclaves que formarían las baronías del estaño.

El liberalismo arremetió contra el pensamiento conservador y contra las supuestas rémoras ideológicas decimonónicas. Según su programa, Bolivia se encaminaría hacia la construcción de una sociedad libre de los sermones y del poder clerical, promovería un vigoroso pensamiento capitalista y una educación laica. Los gobiernos liberales resquebrajaron la hegemonía católica, dieron amplias libertades al culto protestante, suprimieron las penas por delitos contra el catolicismo, establecieron el matrimonio civil obligatorio y anularon el servicio doméstico de los indios en las parroquias. También suprimieron el “fuero eclesiástico”, establecieron las bases para el divorcio absoluto y dieron voto a militares y sacerdotes. A pesar de que el triunfo de la Revolución de 1899 fue posible por la alianza de las clases medias con los campesinos aymaras y quechuas que tuvieron protagonismo, el beneficio político se restringió solamente para las elites paceñas, teniendo el país que pagar el mayor costo de la visión liberal.

Pregonando la noción positivista de “armonía social y política”, los liberales llevaron a cabo una política exterior de soberanía absurda denominada “redefinición geográfica de Bolivia”. Buscaban “consolidar” con tratados internacionales, las pérdidas territoriales especialmente de la Guerra del Pacífico de 1879 y de la Guerra del Acre de 1902.

Gracias a la “redefinición geográfica de la República”, Bolivia legalizó diplomáticamente la pérdida de más de 720 mil Km² equivalente a casi la mitad de su territorio respecto a su extensión verificada en 1825. En 1903, José Manuel Pando suscribió el Tratado de Petrópolis por el que, a cambio de dos millones de libras esterlinas, Bolivia cedió a Brasil 190 mil Km² del Acre. En 1904, Ismael Montes suscribió el Tratado de Paz y Amistad que reconoció la soberanía chilena sobre 120 mil Km² del Litoral a cambio de un ferrocarril y trescientas mil libras esterlinas. En 1909, Eliodoro Villazón selló la pérdida de 250 mil Km² de territorio a favor de Perú tanto de la cuenca amazónica como del norte del lago Titicaca. Finalmente, en 1904 y 1911, las pérdidas con Argentina sumaron 160 Km² gracias a la Convención de Rectificación de Fronteras.

La política exterior liberal favoreció para que especialmente en la tercera década del siglo XX el imperialismo británico fuese desplazado por el imperialismo norteamericano, supuestamente para generar nuevas inversiones mediante la adquisición de materias primas baratas, la ampliación del mercado de consumo, la colocación de empréstitos con altos intereses, el dominio del crédito y el control de los servicios.

Franz Tamayo vivió un tiempo de acontecimientos críticos de la historia de Bolivia con situaciones políticas y sociales intensas, definiciones ideológicas importantes y cambios culturales significativos. Nació en 1879, año de la confrontación bélica con Chile, y a lo largo de sus 77 años de vida, mostró el talante de un protagonismo político, intelectual y literario incomparable que le permitió brillar con soltura y profundidad, con intensidad y magnificencia en cada escenario donde desplegó una personalidad multifacética y una cultura enorme, también en escenarios con cuadros de la historia contemporánea de Bolivia como fueron la Revolución Federal, la Guerra del Chaco y la Revolución Nacional.

INTERPRETACIONES CRÍTICAS DEL PENSAMIENTO TAMAYANO

Hugo Celso Felipe Mansilla remarca que Franz Tamayo reivindicó a la raza indígena criticando al liberalismo y destruyendo sus innovaciones educativas. La crítica del pensador paceño descalificaría los deseos de los reformadores de inicios del siglo XX, tendientes a dotar a la educación boliviana de un espíritu de civilidad moderna y de humanismo clásico. En breve, la crítica al “*bovarysismo pedagógico*” privaría a las nuevas generaciones para que dispusiesen de los conocimientos científicos y cultivasen valores éticos, mejorando su sensibilidad estética y emulando los niveles

educativos de las naciones europeas a las que, curiosamente, el pensador paceño admiraba¹. En este sentido, su pensamiento sería contradictorio y regresivo mostrando una tendencia patológica de evasión de la realidad. Tal crítica, además, según Mansilla, ignoraría las necesidades de las etnias aborígenes proclamando ideas ficticias y una retórica carente de identidad nacional.

Mansilla indica el esencialismo telúrico como un problema mayor de la filosofía de Tamayo, posición que fue coincidente con la tendencia de los pensadores y los políticos de la época. Se trata de una visión eminentemente originaria que considera a la tierra, el lenguaje y la raza con rasgos permanentes e indelebles impermeables al devenir histórico, uniendo el alma india al ser de las montañas inexpugnables alrededor del Altiplano. El *yo indio* sería hermético, misterioso y distante, pero también valiente, previsor y capaz de entablar diálogo con la naturaleza². Tales son los límites de la “mística de la tierra” que fue conceptualizada por Guillermo Francovich³ atendiendo, en parte, a los mitos sociales relacionados con los indios y a la recreación que tuvo lugar históricamente en el transcurso de más de cuatro siglos.

Sin embargo, desde una perspectiva crítica, la colonia española ni la república fueron solo la reunión de elementos negativos, en tanto tampoco los indígenas encarnarían la “leyenda rosa” que embellecería el mundo prehispánico y exaltaría los valores aborígenes. Tamayo contribuyó a delinear tal mito todavía operante en la cultura política boliviana, viendo a los pobres indios como las personas buenas, explotadas, oprimidas y dominadas inicua y cruelmente. Así, inclusive sin intención, estimularía el adoctrinamiento de posiciones ideológicas para identificar a los malvados descendientes de los españoles como parásitos, taimados e hipócritas, incapaces de contribuir al progreso de la nación. Se trata de una reducción evidente de la historia y que todavía hoy tendría aceptación e impacto en distintos estratos sociales y estamentos culturales del país, paliando la mala conciencia de algunos y los anhelos de expiación subconsciente de determinados segmentos sociales.

Otro impacto todavía actual en la cultura boliviana, radicaría según señala Mansilla, en la influencia del pensamiento de Tamayo sobre la mentalidad boliviana. La constitución de dicho imaginario en la larga duración mostraría un sustrato autoritario proclive al racismo, el irracionalismo y la sustentación de concepciones antidemocráticas. El vitalismo tamayano habría servido para oscurecer tendencias místicas, gestos románticos y anhelos mesiánicos con un aura intelectual y científica, manipulando las ideas según prosaicas metas políticas. A esto se sumaría el victimismo, el desdén de la tradición occidental evidenciado en la crítica al “*bovarysismo pedagógico*”, la sobrevaloración de lo autóctono y el culto de los orígenes con alarmante carencia de racionalidad y pluralismo. La visión racista de la sociedad y de la historia argumentada con una supuesta superioridad moral de los indios en detrimento de los mestizos y de los blancos, sería en definitiva, la base de una identidad americana que entusiasmaría a varias concepciones actuales proclives a condenar con prestancia a los verdugos españoles y a sus descendientes, incurriendo en un vitalismo que durante la primera mitad del siglo XX relievó la lucha perenne de los pueblos, las identidades nacionales inmutables y el colectivismo, de manera tal que fue inevitable que política y socialmente recayera invariablemente en diversas expresiones totalitarias.

¹ En el Cap. V de la *Creación de la pedagogía nacional* Tamayo escribió: “...poseen todos los demás talentos, sobre todo uno, el de calco y el de plagio, que son los talentos *bovárycos* por excelencia. Saben servirse admirablemente de las bibliotecas; y ellos mismos son bibliotecas semovientes y farragos ambulantes... de ideas ajenas. Pedid una idea propia, en la especie -una idea luminosa y fecunda que hubiese brotado de la experiencia y de la observación, por ejemplo, sobre el niño boliviano-; eso no lo encontraréis jamás, porque eso jamás ha existido. Entre tanto siguen procediendo en su labor de *bovarysismo pedagógico*, y esto con un arte y una oportunidad admirables”, pp. 19-20.

² Cfr. el libro *Una mirada crítica sobre el indianismo y la descolonización: El potencial conservador bajo el manto revolucionario*, pp. 24 ss. También el Prólogo escrito por HCF Mansilla al libro de Blithz Lozada *La educación del indio en el pensamiento filosófico de Franz Tamayo*, p. 16-23.

³ Véase al respecto, *La filosofía en Bolivia*, pp. 227 ss.

También es criticable la supuesta pureza de las etnias aborígenes, asociada mecánicamente con la frugalidad y el laconismo anotados por Tamayo. Se trata apenas de especulaciones con un notorio sesgo ideológico, referencias vacuas a una radiante energía física y a magníficas condiciones morales. Por otra parte, Tamayo excluye a los indios de la satisfacción de condiciones, por ejemplo, para la reflexión filosófica, evidenciando un claro paternalismo que auto-justifica al propio Tamayo como el único indio apto para pensar. Sus recursos metafísicos que señalan “nuestra alma colectiva” y “el carácter nacional”, evocan cualidades esenciales inmunes al tiempo en un idealizado contexto de aislamiento cultural y político. Son las virtudes de persistencia de la identidad y de la resistencia india, tanto al medio natural como a los avatares históricos. En suma, las interpelaciones de Tamayo, por ejemplo, respecto del despertar de la energía dormida de la raza india, apenas se basarían en prejuicios colectivos y en hipérboles raciales.

Los descendientes de los conquistadores españoles son juzgados con exageración en un discurso que muestra solo validez retórica. Se trataría de personas cuyos ascendientes fueron una manada de soldados desenfundados, ignorantes, feroces y crueles, incapaces de superar la mentalidad ventajista de corto plazo y de una religiosidad fanática y dogmática. En contraposición, las jerarquías privilegiadas y los abusos de las élites y los poderosos del imperio incaico Tamayo las asume como “naturales”, ignorando el sometimiento y la explotación que ejercieron sobre otros pueblos aborígenes. Así, una idealizada pureza andina habría preservado los valores ancestrales, las normativas milenarias y los saberes tradicionales en un contexto sin mezcla donde la “leyenda rosa” dibuja una ética laboral que nunca existió, normativas familiares y conyugales ficticias y un discurso heroico de hiperbólica honestidad, frugalidad y ausencia de mala fe.

Pero las hipérboles racistas de una etnia inmutable en el tiempo e impermeable al desarrollo cultural, son apenas meras construcciones intelectuales de alto alcance especulativo y de innegable contenido polémico, elaboradas para imaginarios populares que no demandan sustento histórico. Como anota Mansilla, incurren en el peligro de sostener cualquier superioridad moral étnica con visión unilateral y autorreferencial, desconociendo la complejidad social y las contradicciones patentes en procesos sociales y culturales.

FILOSOFÍA Y POLÍTICA EN TAMAYO

El padre de Franz Tamayo, don Isaac Tamayo Sanjinés, miembro prominente del Partido Conservador, defendió la fe y el pensamiento de la Iglesia católica. Fue un apologeta del latifundismo hegemónico que en su programa político ensalzaba a los indios de hacienda porque los consideraba la base social sólida de un régimen de tenencia de la tierra que establecía la propiedad de la mitad cultivable concentrada en pocas familias. El entorno latifundista de Franz Tamayo tuvo fuerte encono contra el liberalismo, predominando una actitud paternal de la clase gamonal hacia los indios.

Para la comprensión adecuada del programa político de Franz Tamayo es recomendable tener en cuenta la afinidad ideológica de su padre con el conservadurismo, el encono que su familia latifundista sentía contra el liberalismo y la actitud paternal de la clase gamonal hacia los indios, que políticamente podría haberse expresado inclusive con los rasgos de cierto elitismo indianista.

Los editoriales de Tamayo publicados por *El Diario* en 1910 conocidos como *Creación de la pedagogía nacional*, son la base para interpretar el proyecto *nacional* del pensador paceño; en especial, por la profundidad de sus afirmaciones y porque él mismo indica que mostrarían su “filosofía de la historia”. Naturalmente, existen otros escritos de Tamayo que podrían interpretarse para colegir su concepción política y las proyecciones de su pensamiento, sin embargo, es suficiente la comprensión de los algunos editoriales publicados en la obra referida.

Que el indio sea *persistente* respecto de sí mismo y *resistente* a su contexto y a los otros, es la argumentación tamayana de su “superioridad” racial. Su visión de la historia es unilateral y autorreferencial con frecuentes alusiones a la energía india y a ejemplos rebosantes de prejuicios sobre héroes y villanos; haciendo radicar el “carácter nacional” en la supuesta energía racial presente también, aunque impura, en el mestizaje. De tan prolíficas especulaciones filosóficas enunciar que existan leyes históricas y biológicas que relieves histórica y política alguna raza, fue el siguiente paso en el camino del pensador paceño alisado por un programa político elitista, racista, retrógrada, paternal, inviable e idealista.

La *persistencia* del indio implicaría, por otra parte, su carácter conservador. Siendo parte de la “mística de la tierra” —según Guillermo Francovich— Tamayo defendió una idealizada identidad inmovible, afirmando el núcleo duro de la supuesta energía atribuida cómodamente a “su” raza, con descripciones pretendidamente *sociológicas*.

El indio aparece en la *Creación de la pedagogía nacional* como el principal guardián de sus costumbres, métodos, tradiciones, lengua y dieta. Constructor libre de sus normas, se regiría por ellas espontánea y plenamente. Dueño y señor de sí mismo, soportaría la hostilidad y las amenazas seculares indeclinables de su destrucción; pero *persistiría* como raza poderosa, superior en lo corporal y moral. Morfológica y corporalmente *persistiría* en la prueba racial más dura: el cruzamiento. Desde el punto de vista moral, Tamayo creía en la perennidad de la dinámica cultural aymara, la práctica de su voluntad y la genuinidad de sus intenciones y acciones; de modo que la *persistencia* permitiría la poderosa afirmación y conservación de la energía india.

Cruzándose con cualquier otra raza, según el pensador paceño, *persistirían* los rasgos físicos del indio hasta la tercera o cuarta generación híbrida —es decir, nietos y biznietos—. Las facciones, la estatura, el color y las proporciones de los hijos de un blanco y una india, por ejemplo, evidenciarían la “perfecta derrota del blanco”, serían rasgos indios mostrando en último término, el destino biológico de las razas: Unas destinadas a “reinar” sobre otras, las *fuertes* sobre las *débiles*.

La imagen idealizada del indio motivó a Tamayo a especular sobre la *resistencia* como segundo rasgo racial. El indio sería culturalmente impermeable permaneciendo encuevado ante cualquier influencia foránea. Su alma se replegaría fortaleciendo la identidad del modesto minero, labrador, viajero de a pie, albañil, zapador militar y soldado. La *resistencia* se advertiría también en su inquebrantable moral, su salud espléndida —diez veces superior a la del blanco— y en la ausencia de enfermedades como la tuberculosis, la escrofulosis y las artritis polimorfas que aquejarían a los europeos.

Gracias a la *resistencia* y pese a que el Estado boliviano no haría absolutamente nada a favor del indio —ni siquiera vacunar a los niños contra la viruela o la difteria— el indio habría dado todo de sí por la nación boliviana en medio de su intemperie y pobreza. Su fuerza física y moral, sus hábitos de consumidor frugal, de persona que se basta a sí misma ayudando a los demás, le habría permitido soportar a los blancos siendo testigo de su decaimiento. En suma, en el extremo de la visión política tamayana, en cuanto prevaleciese en el mestizo el mayor vigor indio —pese a la disipación y empobrecimiento de la energía original— sería auspicioso esperar un futuro político expectable para la nación boliviana.

En los editoriales del 26 y 27 de agosto de 1910⁴, el pensador paceño con énfasis aseveró que el indio tendría una moral superior a la del mestizo y del blanco. La raza indígena sería incomparable con cualquier otra: por ejemplo, jamás perjudicaría al prójimo. A diferencia de mestizos y blancos, el indio acentuaría su personalidad coordinando sus actos con el pensamiento, obraría

⁴ *Creación de la pedagogía nacional*, Cap. XXXV, p. 119.

siguiendo principios racionales, motivado por sentimientos profundos de justicia, equidad y amor: sería su propio amo, negando recurrentemente el interés personal y afirmando el beneficio para los otros. Es evidente que tal idealización romántica que hace Tamayo para definir a la *raza* india sigue una trayectoria circular⁵.

Finalmente, las virtudes morales del indio, su ordenada salud corporal y su trabajo desde infante hasta muy viejo, lo harían incapaz de mentir. Erradicarían toda maldad de su cargada existencia, respeto mutuo entre padres e hijos, fidelidad conyugal, sobriedad para comer, medida en los discursos, paciencia secular, heroica seriedad en tratos y contratos, respeto a la palabra y la ley, reverencia a la tradición y repudio al espíritu de chacota en un deslumbrante despliegue de veracidad, mansedumbre e inocencia.

El paternalismo idealista de Tamayo hace de su proyecto nacional un programa elitista desde arriba, justificado en la supuesta inteligencia inferior y restringida del indio⁶. A diferencia de los blancos “parásitos” —diputados, ministros, jueces, poetas, profesores, curas e intelectuales— las virtudes del intelecto indio lo harían un ser simple, recto y exacto. A la pregunta: ¿cómo justifica Tamayo su propia *raza* india si la considera intelectualmente limitada? el pensador paceño dice que, frente al populacho blanco y mestizo, habría centenares de “pruebas” de la superioridad racial del indio. Por ejemplo, su increíble honestidad, la ausencia de policía para que cumpla su palabra y el entorno de seguridad y paz que brindaría al blanco en la campiña. Recíprocamente, respondiendo a ideas oligárquicas como las expresadas en *Pueblo enfermo* de Alcides Arguedas —obra que se publicó por primera vez en 1909 en Barcelona— Tamayo dice que sería una vil calumnia acusar al indio de alcohólico⁷.

El pensador paceño asevera que los blancos y mestizos habrían *inducido* a los indios urbanos a beber “como bestias”, contagiándoles la cobardía, la mala fe, la malicia y la pereza. Según su visión romántica e idealista, los indios del campo mantendrían su frugalidad con casi ninguna satisfacción, haciendo gala de gran despliegue de vigor a pesar de la desproporción inédita entre su

⁵ “El indio, como no sabe leer ni escribir, no presume nada, no tiene ciudadanía de qué envanecerse, ni posee el signo civilizador (...). Su naturaleza está intacta de la influencia de la letradura, que... no lo ha hecho aún más fuerte; pero tampoco lo ha hecho aún más vicioso. Conserva sus virtudes ingenuas y limitadas (...). El indio vive en un exilio ideal. Trata con todos, pasa por las ciudades, se codea con las leyes que lo lastiman siempre, con los hombres, que lo explotan siempre; pero en el fondo, a pesar de esa comunicación aparente, queda su yo interior eternamente incomunicado (...). ¿Y la instrucción primaria? Cuando el indio la adquiere, es el primer paso que da hacia la comunidad nacional. Pero... el indio letrándose, pierde gran parte de sus virtudes fundiales en cambio de las ventajas personales y sociales que adquiere... El indio que ha pasado por la escuela, ha sufrido... la pérdida de las virtudes características de la raza: la sobriedad, la paciencia, el trabajo..., luego acepta el nuevo régimen; y luego se hace del ser infinitamente grave y respetable que era a los ojos del sabio, el jimio vicioso, ambicioso e insustancial que es el elector boliviano en su gran mayoría”. Ídem, Cap. XX, pp. 68-9.

⁶ “¿Qué se debe hacer del indio? Su tradición y su natural inclinación le llaman hacia la tierra. Será siempre un agricultor de buena voluntad, mucho más si llega a conocer los modernos procedimientos. La fortaleza de su cuerpo lo capacita para ser un excelente minero. Su gran sentido de régimen y de disciplina, su profunda e incomparable moralidad hacen del indio un soldado ideal, probablemente como no existe superior en Europa. Soldado, minero, labrador, esto es ya el indio, y lo es de manera inmejorable, en cuanto puede serlo alguien que lo ignora todo, y de quien nadie se cura sino para explotarlo. Una educación sabia debería desarrollar estos tres tipos de hombre en el indio”. Ídem. Cap. LII, pp. 180-1.

⁷ “El indio urbano, incontestablemente inferior como costumbres, al indio campesino, y ya vicioso de un alcoholismo suficientemente acentuado, sin embargo, decimos, no acusa aún la degeneración física y visible del blanco, el cual sigue siendo inferior a aquél en todo cuanto toca a la resistencia física y corporal. En este punto, por borracho que sea el indio, vale siempre más que cualquier blanco nativo... es absurdo pretender encontrar huellas de degeneración alcohólica en ningún indio boliviano. Basta preguntarse dónde están las enfermedades mentales y nerviosas entre los indios; cuántos casos de locuras, de imbecilidad, de atrofia muscular... de degeneraciones grasosas en los tejidos internos, de parálisis y neurosis multiformes, etc., etc., se presentan en individuos nativamente indios. Eso no existe. Que el indio se emborracha como una bestia, es verdad, lo mismo que nuestro blanco”. *Creación de la pedagogía nacional*, Cap. XLVII, pp. 164-5.

pobre alimentación y el trabajo desplegado siempre mal recompensado. Aquí el proyecto nacional tamayo fundamenta una cultura política regresiva: añora volver a un pasado idílico que nunca existió en el que el indio viviría con pocos placeres y sin vicios.

En suma, tal proyecto nacional focaliza en el indio la voluntad originaria y la energía vital que el mestizo proyectaría y que el blanco reconduciría reparando parcialmente el contagio moral nocivo que provocó. En su expresión romántica máxima, Tamayo dice que el blanco debería impregnarse de las virtudes morales e intelectuales de los indios y consolidar una “conciencia nacional” que despierte la energía dormida de la raza realizando sus potencialidades con la certeza consciente de querer hacerlo.

Que el pensador crea que la identidad boliviana deba construirse contra un perfil individual y colectivo de enclaustramiento, inferioridad y victimismo, producto de las conquistas y las usurpaciones sucesivas desde la Colonia española hasta la tragedia del Chaco; no carece de interés social, político e ideológico. Así, todavía hoy resuena el imperativo de que el boliviano sea una persona que sepa lo que quiere y que sea capaz de juzgarse.

¿Cómo es posible comprender el racismo de Franz Tamayo y cómo cabría valorarlo? Que la influencia de su proyecto nacional sea una filosofía *de la historia* dedicada a *formar* la conciencia nacional, solamente adquiere sentido en la medida en que los indios sean considerados como los legítimos depositarios de una energía invencible. Solo con una fuerte dosis de prejuicios es posible representarse el pasado como una retro-visión idealizada plena de romanticismo. Solamente partiendo de una actitud mística postmoderna cabe creer en la utopía de regresión volviendo a un mundo que nunca existió. Tal *proyecto* podría parecer inocuo, pero habiendo personas que crean en tales ilusiones, el riesgo de una “guerra de razas” no es imposible, en tanto que la manipulación de los reclutas entusiastas en la “lucha mesiánica de sangres” se ha convertido en una provechosa instrumentalización política para el crimen y la delincuencia.

Aunque Franz Tamayo no haya tenido ninguna *mala* intención, sus palabras no fueron inocentes. A pesar de su actitud paternal como formador de los indios, pese a su propósito de conducir a los mestizos para beneficio de la patria, sus ideas contuvieron de modo muy temprano, el germen de la furia racial. Aunque refiera la simplicidad de la vida del pescador, del apacentador de rebaños y del eterno servidor personal, a pesar de que idealice su autosuficiencia, autonomía y carácter autodidacta, el discurso del escritor despertó el odio y la retaliación; más cuanto se mantendría la ley biológica del indio: irrumpir con un proyecto nacional de corte *racista* proyectando la fuerza real, primitiva y material de la raza que dé sentido a la *nación*⁸.

El indio es un deprimido aparente y un comprimido real. Guardaos de un desdoblamiento de fuerzas y un despliegue de actividad en el indio. No se puede poseer, entre otras cosas, la paciencia y la musculatura aymaras sin ser algo verdaderamente superior y extraordinario. La tierra excepcional ha hecho también una raza excepcional. Pero el indio calla, y este callar engaña a los necios⁹.

⁸ “Son las revanchas como subterráneas de la historia. Id a nuestros parlamentos, a nuestras universidades, a nuestros cuarteles, y examinad las pocas cabezas que realmente dan o prometen dar algún positivo, y no un simulado esfuerzo biótico; examinad su color, sus rasgos fisonómicos: es la sangre india que estalla en la mirada y en la palabra; es la sangre india que es realidad escasa y promesa opima; y es como la resurrección del genio de la raza, encaminándose lenta y seguramente al porvenir. Donde esta verificación se manifiesta más y mejor, es en aquellos terrenos históricos que no demandan la manifestación de una superioridad intelectual para probar la superioridad positiva de una sangre: me refiero a la guerra.... Esto es el indio; y el resto... degeneración irremediable y fatalmente condenada a perecer, por lo menos en el sentido de las hegemonías étnicas”. *Creación de la pedagogía nacional*, Cap. XXXIII, p. 112.

⁹ Ídem. Cap. XLVI, p. 160.

CUARTO ENSAYO

FRANZ TAMAYO: EDUCACIÓN, RACISMO Y CULTURA POLÍTICA

...por mucho que se escupa sobre la montaña, el Illimani es inmaculable¹.

Franz Tamayo, *Para siempre*.

EDUCACIÓN E IMAGINARIO POLÍTICO

El año 1909 fue fundada por el pedagogo belga Georges Rouma en Sucre, la primera entidad boliviana creada para la formación de profesores: la Escuela de Maestros y Preceptores de Bolivia. El hecho fue parte de la política liberal del gobierno de Ismael Montes y de un proceso regional latinoamericano de formación de las identidades nacionales en el que la educación jugaría un rol decisivo.

El discurso ideológico regional enfatizaba el modelo francés de la *École Normal* sin excluirse, no obstante, al liberalismo anglosajón dadas las ideas educativas de John Dewey, y valorándose las concepciones de Domingo Faustino Sarmiento. El propósito de fundar las Escuelas Normales fue organizar y reproducir la educación como la más importante función del Estado, incrementando la oferta de servicios con profesionales que formen a los futuros docentes. Estratégicamente, cada escuela forjaría la identidad de las naciones, creando en los niños y jóvenes el sentido de pertenencia nacional, valorando la historia propia como épico proceso, y fortaleciendo al Estado, cultural, económica, política y socialmente. Tal, la “ideología normalista” que valoró la labor docente como la más noble y plétórica del espíritu y la vocación del maestro.

Según Rouma, que dirigió la reforma educativa en el país por el contrato firmado con Ismael Montes en 1905, la Escuela Normal tenía la finalidad de ofrecer una formación integrada con preeminencia científica y técnica. Así, los liberales comenzaron a constituir un sistema educativo urbano que promovía la libertad de conciencia, la enseñanza laica y la autonomía de los contenidos; autorizando al pedagogo belga a fundar en su primera misión, las Escuelas Normales de Sucre y de La Paz en 1909 y 1917, respectivamente.

La misión belga abogaba por planificar racionalmente objetivos factibles a partir de estudios específicos de la realidad del niño. Expresaba el darwinismo social de Europa, suponiendo que la inteligencia limitada del niño boliviano no le permitiría razonar ni hacer inferencias. No obstante, tendría una prolífica imaginación que, sin embargo, le llevaría con frecuencia a perder el sentido de realidad. Ante tal cuadro, los futuros maestros debían insistir en una pedagogía activa y disciplinaria.

¹ Cfr. *Para siempre*, p. 47. En la obra de 1924, *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*, Tamayo escribió: “La palabra más profunda de todas las lenguas, yo”. Cfr. *Franz Tamayo: Obra escogida*, p. 162.

Herbert Spencer, filósofo inglés evolucionista, desarrolló el darwinismo social dando lugar a que, a ultranza, justificara el imperialismo, el racismo y el nacionalsocialismo. Dicha ideología concebía que los seres humanos y las sociedades evolucionarían por selección natural y competencia por sobrevivir dada la superioridad del más fuerte. Inclusive antes de Darwin, Spencer formuló el principio de la “supervivencia de los más aptos”. Asumiendo las teorías biológicas de Lamarck sobre la herencia de rasgos, la trasladó al mundo social. Para el filósofo inglés, los rasgos individuales se darían gradualmente por evolución social encaminados a la prosperidad y la libertad, con dominio de la naturaleza y supremacía en la lucha por la vida de quienes tengan mayor riqueza y poder.

Los maestros debían vigorizar y encauzar las disposiciones y energías de los educandos, considerando su especificidad psicológica, social, biológica y volitiva. Dominarían los contenidos y los transmitirían a los estudiantes bolivianos mediante una pedagogía del orden, basada en la disciplina rígida con orientación a la acción y a la producción. Georges Rouma buscaba que los futuros profesores tengan espíritu científico, aprendan a observar, experimentar, comparar y analizar para poder juzgar e inferir. Procuró erradicar el escolasticismo, el verbalismo y la teorización memorística contraria a la valoración de la experiencia. Esperaba que los maestros aplicaran con propiedad y oportunidad, “la ciencia y el arte de la enseñanza” forjando el esfuerzo y la perseverancia, y valorando las tareas prácticas y la experimentación.

Pero, debido a su deficiente preparación académica, de los 28 postulantes a la Escuela Normal de Sucre, se graduaron solo seis en 1911. Rouma gestionó entonces que la selección se hiciera en todas las capitales del país, contrató a catedráticos belgas y adquirió recursos y materiales pedagógicos. Debido al enfoque co-educativo, los sucrenses se opusieron a la entidad inclusive con violencia, obligando a la separación de sexos durante doce años. La élite conservadora por su parte, combatió tanto la libertad religiosa de los estudiantes como la libertad del docente para enseñar². Así, desde 1909 se sucedieron críticas de diversa índole, a veces con argumentos razonables, pero también solo porque la entidad expresaba la política liberal implementada desde La Paz. En 1917, el sacerdote español Joan Bardina³ rechazó el enfoque darwinista de Rouma, descalificó al pedagogo belga porque pretendía que el niño lograra resultados cuantificables, considerándolo “malo” por naturaleza, poco inteligente y pasible a una disciplina rígida y aprendizaje por dictado. Por la crítica de varios intelectuales, Franz Tamayo entre ellos, y debido a la presión de la idiosincrasia sucrense, Rouma no terminó el proyecto de reforma educativa, sin que se hubiese operado cambio alguno en la educación indígena ni universitaria.

La Escuela Normal de Maestros y Preceptores de la República⁴ funcionó como un internado para jóvenes y señoritas que serían los futuros maestros de Bolivia. El Estado los seleccionaba y les ofrecía los medios que requieran para culminar su formación de cuatro años (alimentación, vestido, textos, aseo, salud y alojamiento) con una dedicación de 35 horas de clase semanales. Comenzó a funcionar solamente para el nivel de primaria, y en la década de los treinta, cuando Rouma volvió al país para evaluar el desarrollo institucional, advirtió que las bases que estableció: exigencia, tiempo de dedicación, coeducación, autoridad moral, disciplina, orden y rigor, sencillamente habían desaparecido.

² Véase la ponencia de 1953 de Humberto Quezada Arce: “Las Escuelas Normales, la formación y el mejoramiento docente”, p. 16. También el libro de mi autoría, publicado en 2005 por la UNESCO: *La formación docente en Bolivia*, pp. 23 ss.

³ Cfr. *Arcaísmo de la misión belga*, La Paz, 1917.

⁴ Ese fue el primer nombre de la Escuela de Sucre desde su fundación en 1909 hasta 1938, año que adoptó el nombre de “Escuela Nacional de Maestros”. Después, en 1975 se llamó “Escuela Normal Integrada Mariscal Sucre”; en 1997 se la nombró “Instituto Normal Superior Mariscal Sucre”, y desde 1999 se la conoce como “Universidad Pedagógica Nacional”. Cfr. de Mario Yapu, *En tiempos de Reforma Educativa*, Vol. II, “Estudio de dos centros de formación docente”, p. 75.

La Escuela Normal forjó un ideal del maestro boliviano por décadas. Debía ser una entidad de élite con jóvenes de auténtica “vocación”, estudiantes de alto rendimiento en secundaria con amplios conocimientos, excelente redacción, corrección en el uso del lenguaje, rapidez mental, memoria, elocuencia, sensibilidad lírica y, sobre todo, una buena estatura, voz estentórea y prestancia en el porte. El último momento en la selección era una entrevista que evaluaba la apariencia y la “calidad moral” de los candidatos. El ideal del maestro desde los años dorados de la Escuela⁵ hacía del profesor un “apóstol”, ejemplo de esfuerzo y sacrificio por el país, la juventud y por la sociedad a la que dedicaba su vida. La vocación era el elemento central del discurso, destinado a generar una determinada representación colectiva y simbólica cargada de contenido humanista.

El maestro expresaba el proyecto liberal, reunía la cultura moderna de las clases dominantes de las primeras décadas del siglo XX, expresaba el cosmopolitismo elegante, siendo solvente conocedor del saber científico de la época y transmisor del humanismo clásico. Formaba a las clases medias pudientes como apóstol desinteresado de nobles ideales, educador de colegios de prestigio en las ciudades y ejemplo para las nuevas generaciones de niños y jóvenes que debían mostrar un inquebrantable espíritu de superación, una incorruptible moralidad y un profundo respeto por la figura carismática y atemorizante del profesor.

La ideología liberal vio la educación como una labor estratégica de responsabilidad del Estado. Implementarla y proyectarla implicó capacitar a los maestros que se especializarían para desempeñar su vocación. Al liberalismo le tocó la tarea histórica de reencauzar los enfoques y contenidos de enseñanza del conservadurismo decimonónico, orientar métodos de enseñanza gradual, concéntrica, intuitiva y activa que, con enfoque positivista, se volvieron experimentales. El programa liberal buscaba “redimir” al pueblo con la educación física, remodelar su conciencia e influir en su virtud. Se exaltó el intelecto y las actividades empíricas, la enseñanza de la civilidad moderna y las buenas costumbres, la “esbeltez” como condición docente y los *tests* como índice de científicidad⁶.

CRÍTICA A LA POLÍTICA EDUCATIVA LIBERAL

En 1857, Gustave Flaubert publicó *Madame Bovary*, identificándose con el personaje central. La trama dio lugar a que se creara el término “bovarysismo”, entendido como la insatisfacción ficcional en medio de la represión y el convencionalismo. La novela muestra la ciega, tenaz y desesperada rebelión de madame Bovary contra la sociedad que le negaba a la mujer el derecho al placer y la felicidad. Pero, Emma Bovary también creó situaciones que la satisficieran; la campesina que estudió en un convento muy estricto, buscaba una identidad incierta una y otra vez, distinta a la que pergeñaba. De este modo, recayó en la disconformidad: nada la satisfizo, destruía situaciones logradas y arremetía contra las ficciones que su propio *yo* había fabulado. Terminó suicidándose.

Jules de Gaultier creó en 1892, el término “bovarysismo” en *Le Bovarysme, la psychologie dans l'œuvre de Flaubert* publicado en París. Aunque no figura en el *Diccionario de la Real Academia Española*, la palabra se usa en ensayos y aparece en diccionarios de psicología. Hay dos nociones del *bovarysismo*: la primera es concreta, empírica y exótica. Se trata de concebirse a sí mismo como uno no es, creando personalidades ficticias con imprevisibles consecuencias. Emma Bovary es el prototipo de la insatisfacción conyugal.

La segunda noción, enfatizada por Gaultier, es abstracta, metafísica y esotérica. Es el extremo de la ilusión individual o compartida sobre el mundo o los demás, creándose imágenes oníricas

⁵ La “edad de oro”, según Mario Yapu, se dio en las décadas de los años cuarenta, cincuenta y sesenta. *En tiempos de Reforma Educativa*, Vol. II, Op. Cit., p. 78.

⁶ Véase de Mario Yapu, *En tiempos de Reforma Educativa*. Op. Cit., pp. 23-4.

de la identidad o el destino de júbilo o desgracia de las personas o las colectividades. Abunda la insatisfacción radical en un contexto convencional represivo. Nada fue suficiente para Emma Bovary que creó identidades por su disconformidad hasta que se suicidó. Desde el punto de vista psiquiátrico, el “bovarysismo” altera la realidad. El sujeto produce una imagen ficticia, fabula y comienza a jugar roles insostenibles con su situación y los hechos del entorno refugiándose en la imaginación y en la satisfacción de sus sensaciones inmediatas. Su imaginación bulle, sus nervios se agitan, su corazón se acelera, sube la adrenalina y las identificaciones de su *yo* se multiplican, precipitándose en la persona una confusión embriagadora.

En Latinoamérica, Antonio Caso y Leopoldo Zea usaron “bovarysismo” para señalar la conflictiva identidad cultural de quienes buscan construir algo propio y estable en medio de la insatisfacción y el desasosiego. Como la protagonista de la novela, el hombre y la sociedad estarían en permanente búsqueda, rehaciéndose culturalmente. A veces, de modo lamentable, sobrevalorarían lo extranjero creyendo que lo foráneo es mejor a lo propio. Respecto de las ideas, la dependencia del pensamiento latinoamericano de Europa tendría una larga historia desde la imposición religiosa en el siglo XVI hasta el atiborrado escenario intelectual, ecléctico y anárquico con múltiples expresiones recientes. Pareciera que, por la dependencia, la creatividad de sociedades híbridas se limitaría a la imposición pragmática que escarba contenidos por requerimiento instantáneo.

En educación, algunos autores han relacionado el “bovarysismo” con la “colonización pedagógica”. A mediados del siglo XX, la mentalidad de los intelectuales latinoamericanos que pensaban la cultura, la sociedad y el ser nacional adaptándolos a clichés europeos estaría colonizada. El argentino Arturo Jauretche asumió que el liberalismo en América Latina contribuyó a difundir la colonización adoptando modelos foráneos, desplegando una cultura de imitación y desvalorando las creaciones propias. A esto habría contribuido la caracterización de las culturas nativas como “bárbaras”.

A contrahílo del “bovarysismo”, contra la valoración de lo foráneo como lo mejor, se dan las reacciones folkloristas y culturalistas que pretenden radicar lo “auténtico” en signos de identidad de supuestas culturas materiales impolutas. Pero, inmediatamente surge la pregunta “¿qué es lo *propio*?”. Las ideas religiosas ni la vestimenta son *originarias* de América; los ritos animistas ni la música son auténticos; las costumbres populares ni los hábitos sociales son invariables; en tanto que la comida no es exclusiva y los símbolos y nombres no son *propios*. Los sentimientos, las creencias, los afectos, las tendencias, los hábitos y los productos culturales tampoco deben considerarse *puros*; tanto aquí como en cualquier otra parte del mundo, ahora y siempre. Es decir, nada es elusivo al irrefrenable movimiento cultural y al cambio social que recrea, transforma y renueva las expresiones múltiples de la vida, haciendo que agregados e individuos lleguen a ser sujetos diferentes, distintos y nuevos respecto de ellos mismos.

En Bolivia, Franz Tamayo escribió que “el excelente Gautier” criticó la “simulación de la ciencia pedagógica”. Dice que empleó el concepto de “bovarysismo pedagógico”⁷ tanto en una dimensión objetiva como subjetiva. Objetivamente, el “bovarysismo” se evidenciaría en los pedagogos latinoamericanos y bolivianos, según Tamayo, al mostrar actitudes de “artistas” o “juglares”⁸. Los

⁷ Si Tamayo se refiriese a Théophile Gautier hay que tener en cuenta que el poeta, crítico y novelista francés murió en 1872; es decir, veinte años antes del ensayo de Jules de Gaultier. Véase *Creación de la pedagogía nacional*, Cap. V, p. 12 (en *Franz Tamayo: Obra escogida*. Selección, prólogo y cronología de Mariano Baptista Gumucio).

⁸ Tamayo refiriéndose a artistas y juglares escribió: “Todas estas ridículas universidades y liceos de que estamos plagados en Bolivia, no son otra cosa que traslaciones y trasplantes de similares europeos a nuestro país. Atiéndase: son métodos, organizaciones y planes europeos aplicados por bolivianos, desde hace decenas de años... ¿Qué es lo que pretenden nuestros pedantes de hoy? Pues hacer lo mismo que los pedantes de ayer: plagiar y trasplantar las novedades europeas de hoy, y aplicarlas e interpretarlas, como siempre, por manos bolivianas. La experiencia está hecha ya; y sabemos lo que, en estas condiciones, las semillas europeas son capaces de dar en terreno boliviano. Pero esto no lo entiende el *bovarysismo pedagógico*”. Cap. XV de la *Creación de la pedagogía nacional*, Op. Cit., p. 52.

“artistas” de la educación se ocuparían de apariencias y ficciones; los “juglares”, harían de la educación algo mezquino y despreciable⁹. Se trata de quienes transformarían a la ciencia en algo equivoco, elástico, impreciso y útil a cualquier impostura ideológica, mostrando solo grandilocuencia gracias a la ignorancia del medio y a la osadía de quienes hablan y repiten lo que no entiende.

Subjetivamente, el “bovarysismo” pedagógico carecería de inteligencia científica, suplida con un enorme apetito por tener vida placentera. Aquí abundaría la copia de índices de libros, la fatuidad en los discursos, la búsqueda de epígonos y clientes; además del placer por el reconocimiento y el prestigio y la falta de escrúpulos al lucrar con la educación.

Según Tamayo, en el *bovarysismo pedagógico* prevalecería la copia, el plagio, la simulación para que una obra extraña aparezca como propia. Los libros se impondrían sobre la inteligencia y la vida. Los nombres célebres, los sistemas y las teorías aparecerían con grandilocuencia de artistas y juglares. Al *bovarysismo* le faltaría creación y descubrimiento; solo expresaría retórica y recursos estilísticos para que el auditorio crea que el discurso con giros del lenguaje, sutilezas, metáforas, formas, simetrías y adornos, es serio y verdadero.

Franz Tamayo criticó a los liberales que contrataron la misión belga, estuvo disconforme con la fundación y organización de la primera Escuela Normal según el modelo francés, y criticó la designación de Rouma como el primer director de la entidad. Señaló que el gobierno liberal remozó sus prejuicios creyendo que las ideas extranjeras eran mejores que las nacionales, suponiendo que la aplicación de modelos importados a la educación boliviana sería la solución infalible a los problemas específicos¹⁰.

No obstante, hoy cabe afirmar que, si bien hubo las actitudes criticadas por Tamayo en políticos de la época, también es innegable que, a pesar de la aceptación prevaleciente del darwinismo social, la política liberal, el trabajo de Rouma y el carácter que le imprimió a la formación docente urbana a principios del siglo XX, tuvieron valor pedagógico y una proyección estratégica para dicha formación y la educación boliviana. Si bien Tamayo suponía que la moralidad pedagógica extranjera era diez veces mayor a la nacional y aunque asumía que la incapacidad del docente boliviano estaba fuera de duda, argüía que importar profesores extranjeros no resolvía la problemática educativa nacional¹¹.

⁹ Tamayo escribió en un editorial de *El Diario*: “Son inteligencias pobres y perezosas, incapaces de hacer un verdadero trabajo científico, que, como todo trabajo honesto, demanda un verdadero esfuerzo y no simples apariencias de esfuerzo. Su papel, tratándose de las ciencias, es completamente pasivo... Pero poseen todos los demás talentos, sobre todo uno, el de calco y el de plagio, que son los talentos *bovárycos* por excelencia. Saben servirse admirablemente de las bibliotecas; y ellos mismos son bibliotecas semovientes y farragos ambulantes... de ideas ajenas. Pedid una idea propia, en la especie -una idea luminosa y fecunda que hubiese brotado de la experiencia y de la observación, por ejemplo, sobre el niño boliviano-; eso no lo encontraréis jamás, porque eso jamás ha existido. Entre tanto siguen procediendo en su labor de *bovarysismo* pedagógico, y esto con un arte y una oportunidad admirables”. Cfr. Op. Cit., Cap. V, pp. 19-20.

¹⁰ Tamayo fustigó acremente al liberalismo: “...guardémonos de esta otra forma de *bovarysismo*, esto es, de la ilusión histórica, tratándose de aplicaciones prácticas, y en materia tan importante como la pedagógica. Volvemos siempre a nuestra idea fundamental y maestra: una justa evaluación de todas las cosas e ideas, en la medida máximamente posible, podrá sólo garantizarnos contra toda suerte de fiascos. Una justa ponderación de nuestros materiales de vida y de nosotros mismos; la desconfianza *a priori* de toda novedad no siempre eficaz; tener en cuenta más de lo que tenemos, nuestra tradición y nuestro pasado, y apartarnos un poco de este ridículo llamado liberalismo, que nadie sabría definir precisamente en Bolivia, y que sólo consta de palabras pomposas y vanas, y ni siquiera son novedades que trajesen el prestigio de tales, y que en el fondo no consiste en otra cosa que en una *debauche* de ideas desorbitadas, románticas, infecundas y casi siempre incomprendidas por la grande masa que es la que más vocifera con ellas”. Editorial del 20 de septiembre de 1910, *Creación de la pedagogía nacional*, Cap. LIII, pp. 186-7.

¹¹ En el editorial del 9 de agosto de 1910, Tamayo escribió: “...los que han creído (ingenuos *bovarystas*) que toda nuestra orientación pedagógica consiste en traer profesores extranjeros, se engañan demasiado. Sería hacer como ellos. Sería confiar en medios extraños y no en nosotros mismos. Sería buscar expedientes objetivos y

Además, no habría razón para esperar que los maestros egresados de la capital del país cambien el perfil psicológico del *cholo*, civilicen a los indios o dejen de reproducir la educación alienada del blanco como caricatura. Pese a los esfuerzos y el optimismo liberal, las escuelas, los colegios y las universidades, siendo instituciones de carencia absoluta de conocimientos relevantes entre estudiantes y profesores, seguirían siendo entidades donde se enseñaba de todo y no se aprendía nada.

Considerando la realidad boliviana, Tamayo extremó el concepto de *bovarysimo* refiriendo el “cretinismo pedagógico”. Clínicamente, el cretinismo es un retraso físico y mental. Físicamente, el enfermo tiene estatura corta, facciones toscas, escoliosis, extremidades deformadas y el pelo escaso y áspero. Mentalmente, el cretino adulto solo alcanza la edad de un niño de cuatro años, careciendo de inteligencia: es estúpido, idiota y sin talento. Para Tamayo, los gobernantes liberales de la primera década del siglo XX eran cretinos por sus decisiones políticas que no tenían en cuenta las *razas* de los destinatarios ni las pedagogías diferenciadas que debían aplicar. Así, pese a que la educación era central para construir la nación, coadyuvaba en los hechos a que Bolivia siga a la deriva.

Por lo demás, curiosamente, en la *Creación de la Pedagogía Nacional* también se advierte la elocuencia histriónica criticada por Tamayo, la exageración maniquea y los artilugios para evidenciar verdades por la forma y no por el fondo. La reiteración de ideas pareciera que, ante todo, pretendiese convencer haciendo que descuelle el hablante.

SENTIMIENTO Y PENSAMIENTO EN TAMAYO

Las posiciones políticas e ideológicas de Franz Tamayo fueron inquebrantables; la calidad de su pensamiento erudito, inverosímil; la claridad y energía de sus posiciones, envidiable; y su estilo polemista y de confrontación, devastador; en tanto que sus intereses personales estuvieron siempre comprometidos incondicionalmente con la visión romántica del país que expresó de varias formas. Por lo demás, el valor de su lírica ostenta el máximo esplendor de nuestra literatura, teniendo la versatilidad de su obra un valor inigualable con un resplandor indeclinable, más aún por la formación autodidacta que desplegó desde su niñez.

Pese a que Franz Tamayo colaboró con el liberalismo, a lo largo de su vida expresó críticas, propugnó reformas y mostró una actitud de condena a las prácticas de los políticos bolivianos. Residiendo en París fue nombrado a los 22 años, representante de Bolivia ante el Comité Internacional de Estudiantes. El liberalismo le delegó para que gestionara un arbitraje internacional que permitiría al país enfrentar el cercenamiento marítimo por la Guerra del Litoral. Posteriormente en 1919, fue candidato a la Presidencia de la República por el Partido Radical fundado por él mismo. Tanto en sus actuaciones parlamentarias como en la labor de periodista, sea en los dos periódicos que creó y dirigió, *El figaro* y *El hombre libre*, o sea en otros medios de comunicación, invariablemente criticó a todos: a los liberales y “puritanos”, a los “doctrinarios” y a los “unionistas”.

La intensidad de sus posiciones generó inevitablemente críticas que tendían a minimizar su valor y a demeritar sus expresiones. Estas reacciones se dieron, sin duda, por la autoridad moral de sus manifestaciones, la fundamentación erudita de sus visiones ideológicas, el estilo *sui generis* de su personalidad y por la energía evidenciada en los gestos de sus actuaciones públicas. También

exóticos, nunca del todo seguros, y no ir a la fuente eterna: la propia energía, la energía nacional. El profesorado extranjero no significa para nosotros más que: 1º una manera más inteligente de gastar el dinero; 2º una manera más honrada de parte del estado, de gastarlo, puesto que al fin se gasta siempre (...). No basta ser ministro y pedir profesores. Hay que saber cómo se pide. En el caso concreto, en esto consiste, y no en otra cosa, el arte de gobernar. Y éste es otro punto en que de nuevo hemos tropezado con la eterna incomprensión pedantesca”. Ídem, Cap. XXI, pp. 73-4.

el carácter radical de sus tesis y cómo Tamayo presentaba y defendía sus juicios dieron lugar a ataques en su contra. Sin embargo, persistentemente, él mantuvo un lenguaje recio, maniqueo, absoluto e impertérrito, sea sobre temas políticos polémicos que asumía que se habrían dilucidado gracias a su discurso, o sea sobre temas que su lenguaje expresase con inspiraciones líricas de innegable valor estético.

En lo que concierne a la reivindicación de la raza indígena, las posiciones políticas de Tamayo en contra del liberalismo y su rechazo a las innovaciones educativas que se dieron durante la primera década del siglo XX, evidencian su crítica al proyecto modernizador de la educación boliviana con humanismo clásico y la incapacidad de crearse políticas de Estado centradas en la energía del indio¹².

Tamayo tuvo una personalidad poliédrica y una cultura oceánica que le permitieron desplegar nociones filosóficas profundas y posiciones político-ideológicas inquebrantables. Es incontestable la calidad y profundidad de su pensamiento de invaluable erudición pese a las críticas y los intentos por devaluarlo. La descalificación ciega, injustificada y no carente de ruindad, se desploma ante la visión desprejuiciada de su obra que la constela con claridad, articulando la energía de sus ideas con su capital cultural codiciado. Además, el estilo polemista y devastador, los intereses personales y el compromiso incondicional con el país se unen con la versatilidad de su producción.

Con relación a su lírica y poesía en general; los aforismos y ensayos de Tamayo fueron constelados en un tiempo de acontecimientos decisivos de la historia de Bolivia, logrando cierto pensamiento filosófico peculiar. Así, las ideas del pensador paceño explicitan contenidos que aun hoy influyen en la cultura política, la ideología y la filosofía en el país.

Siguen motivando interés las ideas metafísicas de Tamayo sobre la “mística de la tierra” conducentes a una especulación ontológica; sus concepciones semi-milenaristas con fuerte contenido racista que instituyen una visión *utópica* de la historia; su concepción irracionalista y antiliberal de una educación paternal basada en los supuestos de una notoria especulación¹³; sus ideas acerca de la sociedad, la cultura y el hombre que exhiben una recurrente oscilación entre la crítica profunda y el encomio incondicional de la civilización occidental; además de su ética implícita constelada en medio de exageraciones étnicas e incertidumbres de identidad. Así lo evidencian los conflictos señalados por intérpretes y críticos de Franz Tamayo que anotan las tensiones mestizas y sus conflictos existenciales como primogénito natural de un patricio paceño dedicado a la política como fue su padre, don Isaac Tamayo Sanjinés, y de una mujer indígena, doña Felicidad Solares, en un mundo de prejuicios raciales¹⁴, donde su descollante y extraordinaria luminosidad lírica fue

¹² Tamayo enfatiza la actitud parasitaria y cretina de los políticos como gobernantes: “¡considerad también nuestro clásico cretinismo pedagógico con todo su aparato de universidades, escritores, leyes, métodos, comisiones al extranjero, con más los millones que todo este parasitismo ha devorado desde hace un siglo!” (*Creación de la pedagogía nacional*, Cap. IL, p. 172). “Queda, pues, establecido que en la paz como en la guerra, la república vive del indio, o muy poco menos. ¡Y es en esta raza que el cretinismo pedagógico, que los imbéciles constituidos en orientadores de la pedagogía nacional, no ven otra cosa que vicios, alcoholismo, egoísmo y el resto! Se habla de civilizar al indio...y este es otro de los lugares comunes que se repite por los *bovarystas* que saben de todo menos de la realidad y de la verdad, y que se repite sin saberse cómo ni por qué”. *Creación de la pedagogía nacional*, Cap. XVII, p. 58.

¹³ “La inteligencia no es la facultad eminente y dominadora del indio. En vano se buscará en la raza los matices típicos de una inteligencia superior, como se la encuentra en otras estirpes (...). Lo que se podrá encontrar en el indio retrospectivamente, son tal vez estrategos, legisladores, ingenieros..., profetas tal vez edificadores de imperios, rectores de razas, y nada más, o poco más. Buscad en el alma primitiva del indio algo de la simplicidad y grandeza romanas, algo del espíritu sesóstrico; pero nunca el histrionismo del gréculo decadente o el hedonismo del muelle bizantino. Eso no existe en el indio de hoy ni en el de ayer, y es en esto justamente que se diferencia su humanidad de la histórica civilización desarrollada en la taza del Mediterráneo... Una extraña rigidez y una superior severidad ha debido ser siempre el fondo de la naturaleza interior del indio”. Ídem. Cap. XXXI, pp. 104 y 106.

¹⁴ Por ejemplo, Alberto Bailey hace referencia a la tragedia que vivió Tamayo en medio del orgullo y superioridad que sentía por sí mismo y la problemática situación de su mestizaje en sus difíciles circunstancias sociales e

innegable. En Tamayo se une el pensamiento vigoroso expresado por ejemplo en sus *Proverbios* y en la *Creación de la Pedagogía Nacional* y, por otra parte, en el canto del poeta de sentimiento profundo con distintas inspiraciones de su existencia.

En la magna obra poética de Tamayo, pese a que eminentemente, son sus sentimientos los que afloran y expresados con perfecta cadencia, se encuentran también claros contenidos de orden ideológico y filosófico. Así, no es impertinente efectuar una lectura “teórica”, tanto de su primera publicación, *Odas* —que vio la luz cuando el vate contaba apenas 20 años de edad en 1899— como de los demás textos que publicó. Todos de innegable calidad literaria: *La Prometheida* de 1917, *Nuevos Rabayat* de 1927, *Scherzos* de 1932, *Scopas* de 1939 y su última obra publicada a los 66 años de edad, *Epigramas griegos*.

La lírica de Tamayo ha motivado varios estudios y juicios de valor literario que la consideran una veta de extraordinaria riqueza. Fuera de Bolivia, hubo valoraciones de admiración como el mejor poeta del modernismo: las formularon Rubén Darío, José Souza Reyli, Carlos García Gual, Harold Osborne, Mario Saielly, Lamberto Lattanzi y Luis Velasco Aragón; siempre destacando el talento cultísimo del poeta y su fuerza lírica inigualable. Lo llaman guardián de la mitología griega y latina con trascendencia universal y sello original boliviano, de su raza y experiencia. Poeta de lo clásico y moderno, con absoluta pulcritud formal, plenitud de riqueza léxica, audacia metafórica y profunda emoción existencial. Pese a su hermetismo, cantaría a viva voz la energía eterna de la raza india deslumbrando en el firmamento de las letras con un pensamiento andino fuerte, frío y duro; como la fuerza de la naturaleza: relampagueando con la palabra como flagelo batallador que sería también fortaleza líquida, fresca y pura para el alma¹⁵.

Pese a que hubo una época que descalificó la obra de Franz Tamayo, desdibujándola y vituperándola; en general, los críticos nacionales la ensalzan, reconociendo la síntesis de la elocuencia, la lógica y la cultura en sus sustentaciones orales y concibiendo al escritor como la cumbre excelsa del país¹⁶. Roberto Prudencio Romecín afirmó que el poeta adivinaba el ser de las cosas mediante expresiones perfectas; para Mario Miranda Pacheco se trataría del pensador y poeta de la más alta y extraordinaria calidad en Bolivia. Óscar Cerruto lo considera la figura intelectual más elevada de la historia republicana; y, en medio de sus críticas, Carlos Medinaceli valoró la lírica tamayana calificándola como una fiesta áurea para el espíritu. Mariano Baptista Gumucio por su parte, afirmó que la belleza y profundidad de sus ideas deberían inspirar la elaboración del *evangelio* del hombre andino, porque su obra sería el más grande legado para Bolivia, rebotante de gemas poéticas y de semillas para la reflexión. Por último, Guillermo Francovich, refiriéndose a la lírica de *La Prometheida*, dijo que el canto grandioso, cósmico y sideral de la poética del vate paceño diluiría el alma del lector o de quien le escuche en el esplendor de la belleza.

Por otra parte, el libro de Fernando Diez de Medina, *Franz Tamayo: Hechicero del Ande*, pese a los elogios, ocasionó una eruptiva y gigantesca ira del poeta por las referencias familiares no autorizadas. Diez de Medina escribió que Tamayo fue un sabio amauta milenario, voluntarioso artista y pensador que descollaría como la montaña más alta de Bolivia; que fue un filósofo y filólogo, humanista y crítico; un investigador, cientista, jurista y sociólogo que representaría el

ideológicas. Al respecto, véase *Franz Tamayo: Mito y tragedia*, pp. 218 *passim*. Por su parte, Fernando Diez de Medina explicita en su obra *Franz Tamayo: Hechicero del Ande*, un conjunto de aseveraciones (pp. 32 ss.) ante las que Tamayo reaccionó con acritud. El pensador paceño en un folleto publicado pocos días después de la edición en Buenos Aires del libro de Diez de Medina, escribió que dicho autor habría juntado una serie inaceptable de mentiras, calumnias e injurias contra él, sus padres, su estirpe y su raza. El folleto de 1942 se titula *Para siempre* y en él Tamayo rechaza vehementemente la biografía no autorizada de Diez de Medina validando su réplica con lo siguiente: “Don Franz Tamayo no miente, no ha mentado nunca: la nación lo sabe” (p. 48).

¹⁵ Cfr. de Alberto Bayle Gutiérrez, *Franz Tamayo: Mito y tragedia*, pp. 218 ss.

¹⁶ Ídem, pp. 220 ss.

mañana intelectual del país y a quien el futuro le saludaría remarcando su gloria. En contraposición a semejante encomio, varios críticos observaron sin buenas intenciones, su “elitismo” y escasa accesibilidad para el lector promedio, la densidad y aspereza de sus textos, la frecuencia de neologismos latinos y griegos en la mayor parte de sus obras, la oscuridad de sus expresiones y la recargada cantidad y pesantez de referencias míticas clásicas. Pero, pese a tales aspectos multiformes de su obra, apreciarla sin prejuicios mostraría —según anota Augusto Céspedes— al más conspicuo y sobresaliente pensador andino, en quien se habría fundido la excelsa cultura europea y las primigenias tendencias del indio con expresiones de profunda melancolía.

LA NACIÓN Y UNA CULTURA POLÍTICA RACISTA

Pese a que existen otros escritos de Franz Tamayo, los editoriales que escribió cuando contaba 31 años de edad, en siete semanas desde julio hasta septiembre de 1910, permiten deducir el concepto de *nación* en el pensador paceño; tanto por la profundidad de sus ideas como por lo que él mismo indica que evidenciaría su “filosofía de la historia”.

El primer tema es sin duda, el *racismo* de Tamayo. En varios editoriales, el autor afirma que la Colonia “demostraría” de modo incontestable que la *raza ibérica* nunca fue superior a las razas americanas que conquistó y colonizó. Aparte de las objeciones respecto del contenido sesgado de la noción de *raza*, resulta curioso el empleo del concepto de “superioridad racial” en Tamayo. Al contrario de la noción usual de que las colectividades que triunfarían en el brutal enfrentamiento de conquista serían las *razas* “superiores”, contra la idea de que tener poder implicará someter y dominar en la historia, Tamayo establece la relación al revés. Si es que Friedrich Nietzsche¹⁷ habría influido en el pensamiento de Tamayo, en este punto lo habría hecho de forma invertida. La crítica del filósofo alemán a que el cristianismo transmutó los valores otorgando a los débiles, sometidos y pobres, la superioridad moral solo por su sufrimiento, se trataría cabalmente lo que hizo Tamayo. Los perdedores, los conquistados, los colonizados, los sometidos, los explotados, los oprimidos, los humillados, los vencidos y *los de abajo* serían “superiores” a quienes les habrían sometido; “superiores” a los vencedores, a los conquistadores, los colonizadores, los explotadores, los dominadores y a *los de arriba*.

Es curioso que la “raza ibérica”, conquistadora y colonizadora —la que sometió a los imperios de centro y sud América— sea para Tamayo, “inferior” a la *raza* del indio. *Inferior* por crear sufrimiento y destruir la vida, por no resistir físicamente al mestizaje que sobrevino durante la Colonia, porque no impulsó rasgo intelectual ni moral alguno de los pueblos conquistados, y porque en lugar de reconocer y auspiciar, aplastó sañudamente la calidad del pensamiento indígena, su radiante energía física y sus supuestas condiciones morales magníficas. De aquí se colige que la visión que Tamayo tuvo del país se tejió a contrahílo de la “moral de señores”, en procura de la transmutación de los valores y en pos de la reivindicación de la “moral de esclavos”. Se trata de la retaliación: la reacción por la negativa de la raza de los humillados.

Pero, discursivamente, ni las derrotas históricas ni la ignominia secular que mordieron los indios, tendrían relevancia para Tamayo. En su concepción del poder no estaría en juego el dominio, la guerra, la muerte, la explotación ni la sangre; sino quién triunfaría “en” el *mestizaje*. Pese a

¹⁷ La recta influencia de Nietzsche en Tamayo se advierte en sus *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia* de 1910 y 1924: “La vida sólo se aprende en medio de la vida”. “La vida consta de esfuerzo y resistencia” (1º Fasc., pp. 131 y 110). “Para todo aquello que el cristianismo no enseña debe un espíritu libre y sano buscar en otra parte. Así el forjamiento y disciplina de la inteligencia, la audacia mental tan necesaria para la ciencia y el arte, el amor a la vida y su complemento, el sabio desprecio de la muerte; la libertad mental con todos sus peligros, éstas y otras cosas más sutiles sólo puede aprenderse en la India, en Grecia o en Roma, pues el cristianismo las ignora o necesita ignorarlas” (2º Fasc., p. 143).

los gritos de pavor y el reino de muerte en los campos de batalla, pese a la imposición de leyes coloniales para el placer, la riqueza y la servidumbre del vencedor; con una alta dosis de abstracción metafísica, el pensador paceño afirmó que el *cruzamiento* convertiría al vencido, al ultrajado, al explotado y al *pongo* en el nuevo “vencedor” de la historia. La emergencia del mestizo, fruto de la violación y condenado también a la servidumbre, anunciaría la “revancha histórica” del indio, tanto mayor cuanto más prevaleciese en el mestizo la sangre no contaminada del indio.

En suma, es inocultable que, en verdad, en la visión del país de Tamayo, resuena también el terror oligárquico a los excesos de los indios cuando la memoria se enfoca en la Revolución Federal; paradójicamente, también es críptico el regocijo del pensador porque en la bisagra de dos siglos la clase sureña poderosa y expoliadora fue acorralada y humillada. Por otra parte, es incontestable que se esconda la revancha del intelectual ignorado, anhelante de reconocimiento social, y su profunda frustración por la imposibilidad material de dirigir a las huestes de las que se proclamaba hijo suyo. Así, el programa político del pensador paceño se desplaza de las derrotas en el campo de batalla, de la raza vejada y sojuzgada, a una verdad oculta y metafísica: una victoria excelsa por tratarse de la raza *más* fuerte, la *más* enérgica, la *más* vital, la *más* poderosa y, en definitiva, la raza *superior* a la raza que la venció. En medio de los *impasses* de un discurso poco coherente emergería una filosofía de la historia reivindicativa políticamente del *triunfo de los vencidos*, añorando el deseo imposible del doble reconocimiento negado: Franz Tamayo no pudo constituirse ni en portavoz de la oligarquía emergente ni en líder de los indios.

El grado mayor de especulación tamayana lo alcanzó con sus reflexiones filosóficas sobre el núcleo de su filosofía de la historia, y, por lo tanto, del programa político concomitante implícito en su obra. Se trata de los rasgos raciales de la *persistencia* y la *resistencia* que, obviamente, el pensador paceño atribuye de manera potente e inequívoca a los indios. Ambos componentes serían la fuerza propia que el medio telúrico habría generado en una raza con rasgos corporales propios, con virtudes morales indeclinables y con virtudes intelectuales inequívocas. El grado alto de especulación filosófica se constata en la argumentación a la que recurre el pensador con una irresuelta petición de principio: Justifica la superioridad del indio refiriendo su supuesta alta energía racial formada, al parecer, por la influencia del medio ambiente; en tanto que el entorno perfecto de tal raza privilegiada, aunque derrotada, sería *superior* a cualquier otro.

Sin embargo, hoy no son aceptables las especulaciones filosóficas del pensador paceño. Es poco verosímil que la *energía* de la raza india sea la base de una concepción política nacional con proyección inclusiva. La propia noción de “raza” es arbitraria y sesgada, no solo por los procesos de mestizaje desde hace poco menos de 500 años, sino más por las múltiples y eclécticas formas plagadas de contenidos místicos, gestos románticos y ademanes estéticos muy trabajados. Pese a la notoria fuerza teórica, la influencia clásica y las reputadas intenciones de supuesto valor *científico*, hoy más que nunca se conocen los riesgos y los efectos nefastos de los discursos racistas. Por lo demás, pese a su temperamento, personalidad, condiciones sociales, contenidos ideológicos, experiencia personal, prejuicios de clase y motivaciones subjetivas, no se puede prescindir de la notable influencia ideológica y cultural sobre la actualidad, que la visión *racista* de Franz Tamayo insufló sobre Bolivia.

BIBLIOGRAFÍA

ALBARRACÍN MILLÁN, Juan.

El gran debate: Positivismo e irracionalismo en el estudio de la sociedad boliviana. Editorial Universo, La Paz, 1978.

El pensamiento filosófico de Tamayo y el irracionalismo alemán. Akapana, La Paz, 1981.

ARGUEDAS, Alcides.

Pueblo enfermo [1909]. Librería Editorial GUM. La Paz, 2008.

ARZE ARZE, José Roberto.

“El pensamiento sociológico de Franz Tamayo”. En *Anales de la Academia Boliviana de la Lengua* N° 21. La Paz, 2006, pp. 73-104.

ARZE Y ARZE, José Antonio.

Sociografía del incario: ¿Fue socialista o comunista el imperio incaico? En anexo de Georges Rouma: *El imperio incaico: Breve esquema de su organización económica, política y social*. Trad. del francés de José A. Arze. Editorial Fénix, La Paz, 1952.

BAILEY GUTIÉRREZ, Alberto.

“Del *Prometeo* de Esquilo a *La Prometheida* de Tamayo”. Discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua. En *Anales* N° 23. La Paz, 2008, pp. 17-49.

Franz Tamayo: Mito y tragedia. Plural Ediciones. La Paz, 2010.

BAPTISTA GUMUCIO, Mariano.

“Prólogo” y “Cronología”. En *Franz Tamayo: Obra escogida*. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1979. Respectivamente, pp. IX-LIV y 257-347. La cronología fue ampliada por el Departamento Técnico de la Biblioteca Ayacucho.

Franz Tamayo: El pensador. Editorial Khana Cruz. La Paz, 1980.

Yo fui el orgullo: Vida y pensamiento de Franz Tamayo. Los Amigos del Libro. 2ª edición, La Paz y Cochabamba, 1983.

Mi silencio es más que el mar que habla. Franz Tamayo: Investigación, introducción y notas de Mariano Baptista Gumucio. Editorial Khana Cruz, La Paz, 1995.

Cartas para comprender la historia de Bolivia: Selección, prólogo y notas de Mariano Baptista Gumucio. Fundación Cultural Zofro. Oruro, 2013.

BARDINA, Joan.

Arcaísmo de la misión belga. 1ª edición, sin editorial. La Paz, 1917.

BARRAL, Rolando.

Franz Tamayo. Ensayos críticos a cien años de la Creación de la pedagogía nacional. Contiene artículos de Rolando Barral, Blithz Lozada, Víctor Prado y Jesús Taborga. Ediciones Brecha, Comunidad Ayni Ruway. La Paz, 2010.

BATAILLE, Georges.

“Nietzsche y el nacionalsocialismo”. En *Revista de la Cultura de Occidente* N° 113-5. Bogotá, 1969, pp. 578-83.

BAUDIN, Louis.

El imperio socialista de los incas. Librería Editorial Juventud. La Paz, 1993.

- BLANCO CATAFORA, Federico.
 “Tamayo y la pedagogía nacional”. En *Signo: Una revista boliviana de cultura*. Dirigida por Juan Quiroz. La Paz, enero-febrero de 1957. N° 2, pp. 56-66.
- BOUYSSÉ-CASSAGNE, Thérèse.
La identidad aymara: Una aproximación histórica. Siglos XV y XVI. HISBOL. La Paz, 1987.
- CAMACHO BERNAL, Augusto.
Franz Tamayo en la poesía boliviana: Ofrendas líricas consagradas al pensador paceño. Publicado en La Paz, 1998.
- CASSIRER, Ernst.
El mito del Estado. Trad. Eduardo Nicol. Fondo de Cultura Económica. México, 1992.
- CASTAÑÓN BARRIENTOS, Carlos.
 “La balada de Clarivel”. En *Anales de la Academia Boliviana de la Lengua* N° 18. La Paz, 2003, pp. 85-8.
- CHÁVEZ TABORGA, César.
 “A medio siglo de una polémica pedagógica”. *Minkha*. La Paz, de enero a junio de 1961.
 “La antropología pedagógica de Franz Tamayo”. En *Anales de la Academia Boliviana de la Lengua* N° 21. La Paz, 2006, pp. 41-56.
- COELLO VILA, Carlos.
 “Cosmovisión en el *Scherzo matinal* de Franz Tamayo”. En *Anales de la Academia Boliviana de la Lengua* N° 21. La Paz, 2006, pp. 57-72.
- CONDARCO MORALES, Ramiro.
Historia del saber y de la ciencia en Bolivia. Edición de la Academia Nacional de Ciencias de Bolivia. La Paz, 1978.
Zárate, el temible Willka: Historia de la rebelión indígena de 1899 en la República de Bolivia. Imprenta Renovación. 2ª ed. La Paz, 1983.
Franz Tamayo, el pensador. Editorial e imprenta San José. La Paz, 1989.
- DE LAS CASAS, Bartolomé.
Obra indigenista. Edición de José Alcina Franch. Alianza Editorial. Madrid, 1985.
- DÍAZ ARGUEDAS, Julio.
Franz Tamayo: Poeta filósofo. Bio-bibliografía. Editorial Isla. La Paz, 1967.
- DIEZ DE MEDINA, Fernando.
Franz Tamayo: Hechicero del Ande, retrato al modo fantástico [1942]. Editorial Juventud. 4ª edición. La Paz, 1986.
- DUCHÉN CONDARCO, Ramiro & DE LA QUINTANA CONDARCO, Raúl.
 “Aproximación bibliográfica a Franz Tamayo”. Revista *Signo: Cuadernos Bolivianos de Cultura*. Edición de 2004 y 2005, números 67, 68 y 69. La Paz, 2006, pp. 394-462.
- ESCOBARI CUSICANQUI, Jorge.
Historia diplomática de Bolivia. Dos volúmenes. Editorial del Consejo Nacional de Educación Superior. La Paz, 1978.
- ESTERMANN, Josef.
Filosofía andina: Sabiduría indígena para un mundo nuevo. Instituto Superior Ecuménico Andino de Teología. Colección Teología y Filosofía Andinas. La Paz, 1978.

- FELLMANN VELARDE, José.
Historia de la cultura boliviana: Fundamentos socio-políticos. Editorial Los Amigos del Libro. Cochabamba, 1976.
Historia de Bolivia. Tres volúmenes. Los Amigos del Libro, Cochabamba, 1981.
- FERNÁNDEZ NARANJO, Nicolás.
Concepción del mundo e ideas filosóficas de Franz Tamayo. Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Mayor de San Andrés. La Paz, 1966.
- FERRUFINO LLACH, Clara.
El pensamiento filosófico de Franz Tamayo. Producciones CIMA, La Paz, 1995.
Franz Tamayo, métodos filosóficos latinoamericano. Consejo del Gobierno Autónomo Municipal de La Paz, Fondo Editorial Municipal: Pensamiento Paceño. CIMA, La Paz, 2014.
- FINOT, Enrique.
Historia de la instrucción pública en Bolivia, sin datos. La Paz, 1917.
Historia de la literatura boliviana. Editorial Gisbert, 5ª edición. La Paz, 1981.
- FLAUBERT, Gustave.
Madame Bovary. Trad. Carmen Martín Gaité. Hyspamérica, Orbis S.A. Buenos Aires, 1982.
- FOUCAULT, Michel.
Genealogía del racismo. (Once lecciones en el *Collège de France* en 1976). Trad. Alfredo Tzveibely. La Piqueta. Madrid, 1992.
- FRANCOVICH, Guillermo.
Tres filósofos modernistas en Bolivia. Librería Editorial Juventud. La Paz, 1971.
Pachamama: Diálogo sobre la cultura boliviana. Editorial Juventud. La Paz, 1973.
Correspondencias. Librería Editorial Juventud. La Paz, 1983.
Los mitos profundos de Bolivia. Los Amigos del Libro. La Paz, Cochabamba. 1987.
El pensamiento boliviano en el siglo XX. Editoriales Latinas. Oruro, 1994.
La filosofía en Bolivia. Librería Editorial Juventud. 4ª ed. La Paz, 1998.
- FRÍAS INFANTE, Mario.
 “Misteriosa palabra en un poema de Franz Tamayo: ¿Quién era Mevio?”. En *Anales de la Academia Boliviana de la Lengua* N° 18. La Paz, 2003, pp. 89—94.
 “Respuesta al discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua de don Alberto Bailey”. En *Anales* N° 23. La Paz, 2008, pp. 50—61.
- GARCILASO DE LA VEGA, Inca.
Comentarios reales de los Incas [1609]. Editorial José Cajica. 2 Vol. Puebla, 1953.
Historia general del Perú. Universidad Mayor de San Marcos. 4 Vol. Lima, 1962.
- GAULTIER, Jules de.
Le Bovarysme, la psychologie dans l'œuvre de Flaubert. Paris, 1892.
- GÓMEZ DE FERNÁNDEZ, Dora.
 “La Prometheida de Franz Tamayo: Estudio técnico, literario, crítico y filosófico”. En *Nóesis (Pensamiento)* N° 3, Revista de la UMSA. Editorial universitaria, La Paz, 1964, pp. 17-88.
La poesía lírica de Franz Tamayo: Estudio y antología. Editorial Los amigos del libro. Cochabamba, 1980.
- GUILLÉN PINTO, Alfredo.
La educación del indio. González y Medina editores. 1ª ed. La Paz, 1919.
- GUZMÁN ARCE, Humberto.
 “Aportes de Tamayo a la sociología”. En *Signo: Una revista boliviana de cultura*. Dirigida por Juan Quiroz. La Paz, enero-febrero de 1957. N° 2, pp. 50-5.

HANKE, Lewis.

La lucha por la justicia en la conquista de América. Trad. Ramón Iglesia. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1949.

HONORABLE MUNICIPALIDAD DE LA PAZ

Homenaje a Franz Tamayo. La Paz, 1966.

HURTADO, Javier.

El katarismo. Editorial HISBOL. La Paz, 1986.

IPIÑA MELGAR, Enrique.

Cultura e identidad nacional: Ensayo de interpretación del ser nacional ante el pensamiento simbólico del aymara. Editorial Educacional. La Paz, 1988.

Paradigma del futuro: Reforma educativa en Bolivia. Santillana, Aula XXI. La Paz, 1996.

LORINI, Irma.

“Primeras manifestaciones del nacionalismo cultural en Bolivia”. En *Visiones e fin de siglo: Bolivia y América Latina en el siglo XX*. IFEA. Plural. Editado en Lima, 2001, pp. 49-66.

LOZADA, Blithz.

“La educación del indio en la *Creación de la pedagogía nacional*”. En *Kollasuyo*, Revista de la carrera de Filosofía. UMSA. 4ª época. N° 1. La Paz, 1987, pp. 41-53.

“Nietzsche, la *utopía andina* y la concepción aymara de la historia”. *Logos* N° 1. Asociación de Docentes de la Facultad de Humanidades. 2ª época. La Paz, 1993, pp. 26-31.

“Indios, tierra y violencia”. *Logos* N° 2, Asociación de Docentes de la Facultad de Humanidades. Año 2, 3ª época. La Paz, 1997, pp. 23-7.

“Orientaciones de la filosofía política para la transformación del sistema educativo”. En *Estudios Bolivianos* N° 11. IEB-UMSA, La Paz, 2004, pp. 39-120.

La educación intercultural en Bolivia: Valoración de experiencias y proyección política. Universidad Mayor de San Andrés, IEB. La Paz, 2005.

La formación docente en Bolivia. IESALC-UNESCO y Ministerio de Educación de Bolivia. Editorial Multimac. La Paz, 2005.

La transformación de la educación secundaria en Bolivia. Instituto de Estudios Bolivianos. Universidad Mayor de San Andrés. La Paz, 2006.

Diseño curricular y desempeño docente. Instituto de Estudios Bolivianos. Cuaderno de Investigación N° 11. Universidad Mayor de San Andrés. La Paz, 2006.

Cosmovisión, historia y política en los Andes. Vol. 8 de Colección de la Maestría en Historias Andinas y Amazónicas. Colegio de Historiadores de Bolivia. CIMA. 2ª ed. La Paz, 2008.

Filosofía de la historia I: Ensayos sobre el retorno, la utopía y el final de la historia. Instituto de Estudios Bolivianos. Universidad Mayor de San Andrés. La Paz, 2009.

“Franz Tamayo: Racismo, historia y educación”. Discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua. *Anuario* N° 24, revista de la corporación. La Paz, 2009, pp. 77-113.

La educación del indio en el pensamiento filosófico de Franz Tamayo. IEB. La Paz, 2010.

“La razón y la raza en Franz Tamayo”. En *Franz Tamayo. Ensayos críticos a cien años de la Creación de la pedagogía nacional*. Brecha, Ayni Ruway. La Paz, 2010, pp. 99-155.

LOZADA, Blithz & DOMIC, Galia.

Herencias culturales y educación para el cambio: Un inventario filosófico. Instituto de Estudios Bolivianos. Cuaderno de Investigaciones N° 3. UMSA. La Paz, 1998.

LOZADA, Blithz & IVANOVIC, María Emma.

“La irrupción de la conquista española sobre el ser del hombre andino”. En *Memoria del I Encuentro Boliviano de Filosofía*. Carrera de Filosofía. La Paz, 1988, pp. 175-99.

MANSILLA, Hugo Celso Felipe.

La crisis de la identidad nacional y la cultura política: Aproximaciones a una teoría crítica de la modernización. Producciones CIMA. La Paz, 2006.

- Respuesta al discurso de Blithz Lozada a su ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua “Franz Tamayo: Racismo, historia y educación”. *Anuario* N° 24. La Paz, 2009, pp. 114-9.
- “Prólogo” al libro de Blithz Lozada, *La educación del indio en el pensamiento filosófico de Franz Tamayo*, IEB-UMSA, La Paz, 2010, pp. 16-23.
- Una mirada crítica sobre el indianismo y la descolonización: El potencial conservador bajo el manto revolucionario*. Rincón ediciones. La Paz, 2014.
- Filosofía occidental y filosofía andina: Dos modelos de pensamiento en comparación*. Rincón ediciones. La Paz, 2016.
- MARIÁTEGUI, José Carlos.
Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1979.
- MAROF, Tristán (Gustavo Navarro).
“Apuntes sobre Franz Tamayo”. En *Ensayos críticos: Revoluciones bolivianas, guerras internacionales y escritores*. Editorial Juventud. La Paz, 1961.
- MARTÍNEZ SALGUERO, Jaime.
Franz Tamayo, el indagador del misterio. Casa Municipal de la Cultura. La Paz, 1979.
Tamayo, el hombre y la obra. Editorial Juventud. La Paz, 1991.
“El Illimani en Franz Tamayo”. En *Anales de la Academia Boliviana de la Lengua* N° 23. La Paz, 2008, pp. 137—142.
- MEDINA, Javier.
Diálogo de sordos: Occidente e indianidad. Una aproximación conceptual a la educación intercultural y bilingüe. Editorial del CEBIAE. La Paz, 2000.
- MESA, José de; GISBERT, Teresa & MESA GISBERT, Carlos.
Historia de Bolivia. Editorial Gisbert S.A. 3ª ed. actualizada. La Paz, 1999.
- MIDDENDORF, Ernst Wilhelm.
Die Aymara Sprache. F. A. Brockhaus. Leipzig, 1891.
- MIRANDA CASTAÑÓN, Edmundo.
Franz Tamayo, el olvidado. Editorial Arte Imagen. La Paz, 2009.
- MIRANDA LUIZAGA, Jorge.
Filosofía andina: Fundamentos, alteridad y perspectiva. Editorial HISBOL & Goethe Institut. La Paz, 1996.
- NIETZSCHE, Friedrich.
Así hablaba Zaratustra: Un libro para todos y para nadie. Porrúa. Sepan Cuantos. México, 1983.
Cfr. Trad. de Pedro González—Blanco. Editorial Nacional. México, 1977.
La genealogía de la moral: Un escrito polémico. Trad. Andrés Sánchez Pascual. Alianza Editorial. Colección Clásicos. 14ª reimpresión, Madrid, 1992.
- OBLITAS FERNÁNDEZ, Edgar.
Franz Tamayo y la ley capital. Editorial Graficar. Cochabamba, 1999.
- OLIVA DE COLL, Josefina.
La resistencia indígena ante la conquista. Siglo XXI. 6ª ed. México, 1986.
- OSBORNE, Harold.
“Los Scherzos de Tamayo”. Suplemento literario de *El Diario*, 17 de abril de 1955, pp. 1-2.
Publicado también en el N° 2 de *Signo: Una revista boliviana de cultura*. Dirigida por Juan Quiroz. La Paz, enero-febrero de 1957. N° 2.

- PALZA SOLIZ, Humberto.
 “Comentarios a la *Creación de la pedagogía nacional*”. En *Fundamentos de la extensión universitaria*. Universidad Mayor de San Andrés. La Paz, 1963.
- PAZ SOLDÁN, Alba María (Coord.).
Hacia una geografía del imaginario. Programa de Investigación Estratégica. La Paz, 2002.
- PÉREZ, Elizardo.
Warisata: La escuela ayllu. Empresa Industrial Gráfica E. Murillo. 1ª ed. La Paz, 1962.
- PIEPER, Josef.
Sobre los mitos platónicos. Trad. Claudio Gancho. Editorial Herder. Barcelona, 1984.
- PIÑEIRO IÑIGUEZ, Carlos.
Desde el corazón de América: El pensamiento boliviano en el siglo XX. Plural. La Paz, 2004.
- PLATÓN.
Apología de Sócrates, en *Diálogos*, Vol. 1. Trad. Carlos García Gual et al. Madrid, 1985.
La República, en *Diálogos*, Trad. Conrado Eggers Lan, Gredos, Madrid, 1988.
- POMA DE AYALA, Felipe Guamán.
El Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno [1615]. Edición crítica de John Murra y Rolena Adorno. Traducción del quechua: Jorge Urioste. Siglo XXI. 2ª ed. 3 Vol. México, 1988.
- PRUDENCIO ROMECÍN, Roberto.
 “Escritores bolivianos: Franz Tamayo”. En *Kollasuyo: Revista de la Escuela de Filosofía y Letras*. Editorial de la UMSA. La Paz, julio—agosto de 1944. N° 55, pp. 83—8.
Ensayos literarios. Librería Editorial Juventud. La Paz, 2ª edición, 1991.
- QUEZADA ARCE, Humberto.
 “Las Escuelas Normales, la formación y el mejoramiento docente”. 27 de octubre de 1953 en *Escuelas Normales: Perfiles históricos y documentales*. CEBIAE. La Paz, 1989.
- QUIROZ, Juan.
 “Prolegómenos al estudio de la obra poética de Franz Tamayo de Carlos Coello Vila”. En *Anales de la Academia Boliviana de la Lengua* N° 3. La Paz, 1987, pp. 75—6.
- REINAGA, Fausto.
Franz Tamayo y la revolución boliviana. Talleres de la Editorial Casegural. La Paz, 1956.
La revolución india. Partido Indio de Bolivia. La Paz, 1970.
Tesis india. Partido Indio de Bolivia. La Paz, 1975.
- RIVADENEIRA PRADA, Raúl.
 “Inauguración del coloquio sobre Franz Tamayo”. En *Anales de la Academia Boliviana de la Lengua* N° 21. La Paz, 2006, pp. 11—4.
 “Franz Tamayo en el periodismo boliviano”. En *Anales de la Academia Boliviana de la Lengua* N° 21. La Paz, 2006, pp. 15—40.
Escritores en su tinta. Véase “Soberbia y humildad en Franz Tamayo”. Editorial Greco. La Paz, 2009, pp. 29—68.
- ROCA, José Luis.
 “Bolivia en Arguedas y Tamayo”. En *Anuario de Estudios Americanos*. Separata del tomo XXVI: Historiografía y bibliografía americanista. Sevilla, 1969.
- SANDI, Marvin.
Meditaciones del enigma. Ed. del Seminario de Estudios Hispanoamericanos. Madrid, 1966.

- SANJINÉS, Javier.
El espejismo del mestizaje. Programa de Investigación Estratégica en Bolivia. La Paz, 2014.
- SEGUNDO GUZMÁN, Felipe.
El problema pedagógico en Bolivia. Imprenta Velarde. La Paz, 1910.
- SORIANO BADANI, Armando.
 “Poetas paceños”. Publicado en *Anales de la Academia Boliviana de la Lengua* N° 23. La Paz, 2008, pp. 155—76.
- SPENCER, Herbert.
El individuo contra el Estado. Trad. A. Gómez Pinilla. Ediciones Júcar. Biblioteca Histórica del Socialismo N° 46. Madrid, 1977
- TAMAYO SOLARES, Franz.
Manifiesto radical del Presidente del Partido para los radicales. Velarde. La Paz, 1919.
Doce artículos. Imprenta Velarde. La Paz, 1909. Publicados originalmente en *El Tiempo*.
Franz Tamayo: Obra escogida. Selección, prólogo y cronología de Mariano Baptista Gumucio. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1979.
Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia. En *Franz Tamayo: Obra escogida*. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1979. Cfr. 109—84. El 1° fascículo se publicó en 1905; el 2°, en 1924.
Creación de la pedagogía nacional [1910]. En *Franz Tamayo: Obra escogida*. Ayacucho. Caracas, 1979, pp. 3—107. 55 editoriales de *El Diario*.
Creación de la pedagogía nacional. Editorial Juventud. La Paz, 1986.
La Prometheida o las Oceánides: Tragedia lírica [1917]. Juventud. La Paz, 1986.
Epigramas griegos [1945]. Editorial Juventud. La Paz, 1986.
Odas [1898: *Odas, verso y prosa*]. Editorial Juventud. La Paz, 1987.
Nuevos Rubayat [1927]. Editorial Juventud. La Paz, 1987.
Scherzos [1932]. Editorial Juventud. La Paz, 1987.
Scopas [1939]. Editorial Juventud. La Paz, 1987.
Tamayo rinde cuenta [1947] – *Para siempre* [1942]. Editorial Juventud. La Paz, 1987.
Franz Tamayo interpela a Ricardo Jaimes Freyre (La forzada mediterraneidad boliviana: Versión taquigráfica de un brillante choque mental entre dos grandes oradores) [1922]. Editorial Juventud. La Paz, 1989.
Crítica del duelo [1912] – *Horacio y el arte lírico* [1915]. Conferencias. Editorial Juventud. La Paz, 2000.
- TAMAYO SANJINÉS, Isaac.
Habla Melgarejo. Editorial Puerta del Sol. La Paz, 1967.
- VALDÉS, Abraham.
La nación boliviana y Franz Tamayo. Alcaldía de La Paz, 1996.
- VASCONCELOS, José.
La raza cósmica. Espasa Calpe, México, 1948.
- VELASCO ARAGÓN, Luis.
 “Los grandes escritores andinos: Franz Tamayo”. En *Kollasuyo: Revista de la Escuela de Filosofía y Letras* N° 55. UMSA. La Paz, julio—agosto de 1944, pp. 51—62.
- VELASCO, Emma.
 “La k’apakocho: Sacrificios humanos en el incario”. En *Etnohistoria y antropología andina*. Museo Nacional de Historia. Lima, 1978.
- WIETHÜCHTER, Blanca (Coord.).
Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia. Programa de Investigación Estratégica. La Paz, 2002.
- YAPU, Mario.
En tiempos de Reforma Educativa: Escuelas primarias y formación docente. Publicación en dos volúmenes. Programa de Investigación Estratégica en Bolivia. Producciones EDOBOL. La Paz, 2003.

ÍNDICE

Presentación	11
Dra. Beatriz Rossells Montalvo Directora <i>ad interim</i> del Instituto de Estudios Bolivianos	
Prólogo	13
Dr. José Roberto Arze Arze Miembro de Número de la Academia Boliviana de la Lengua	
Introducción	17
PRIMER ENSAYO	21
La filosofía de Franz Tamayo	
1. El mundo de Franz Tamayo	21
2. La sociología de Arguedas y Tamayo	25
3. Poesía, pensamiento y filosofía	28
4. Filosofía política de la energía	33
5. Influencia filosófica de Tamayo	38
SEGUNDO ENSAYO	39
Poesía e historia en Franz Tamayo	
TERCER ENSAYO	51
El proyecto nacional de Franz Tamayo	
1. El contexto político del liberalismo	51
2. Interpretaciones críticas del pensamiento tamayano	52
3. Filosofía y política en Tamayo	54
CUARTO ENSAYO	59
Franz Tamayo: Educación, racismo y cultura política	
1. Educación e imaginario político	59
2. Crítica a la política educativa liberal	61
3. Sentimiento y pensamiento en Tamayo	64
4. La nación y una cultura política racista	67
BIBLIOGRAFÍA	69
ÍNDICE	77

